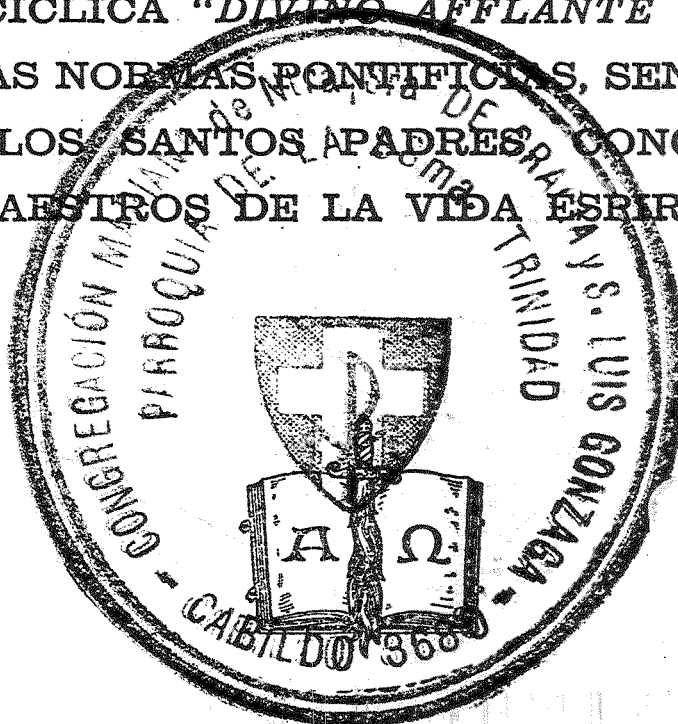


MONS. DR. JUAN STRAUBINGER

Profesor de Sagrada Escritura en el
Seminario "San José" de La Plata.

La Iglesia y la Biblia

LA ENCICLICA "DIVINO AFFLANTE SPIRITU"
Y OTRAS NORMAS PONTIFICIAS, SENTENCIAS
DE LOS SANTOS PADRES, CONCILIOS
Y MAESTROS DE LA VIDA ESPIRITUAL



EDITORIAL GUADALUPE
BUENOS AIRES

Nihil obstat. Villa Calzada, 17 de Junio de 1944.

P. Matías Kohlen, S.V.D., Cens. Ecl.

Imprimi potest. V. Calzada, 17 de Junio de 1944.

P. José Rieger, S.V.D., Sup. Prov.

Imprimatur. La Plata, 19 de Junio de 1944.

Mons. Dr. Luis A. Borla, Vic. Gen.

Hecho el registro que marca la ley. Propiedad de la
Asociación Cultural Esdeva. — Editorial Guadalupe.

I N D I C E

Introducción	9
Encíclica "Divino Afflante Spiritu"	29
Extracto de la Encíclica "Providentissimus Deus"	87
Parte práctica de la Encíclica "Spiritus Paraclitus"	105
Decreto del Concilio Tridentino sobre la edición y uso de la Sagrada Escritura	147
Decreto del Concilio Tridentino sobre la Reforma en la Enseñanza y Predicación de la Sagrada Escritura	153
Carta Apostólica "Vigilantiæ" de León XIII	160
Documento de la Pontificia Comisión Bíblica sobre la Explicación de la Sagrada Escritura	162
Decreto de la Sagrada Congregación de Estudios sobre el estudio de los Salmos	173
Respuesta de la Pontificia Comisión Bíblica acerca de las versiones de la Sagrada Escritura en las lenguas propias de cada país	177
Normas del Código Canónico para la lectura y publicación de la Sagrada Escritura	181
Apéndices: 1) Cien testigos-testimonios del valor espiritual y ascético de la lectura, meditación y estudio de la Sagrada Escritura	189
2) Oraciones antes y después de la lectura de la Sagrada Escritura	260
3) Reglas para leer con fruto la Sagrada Escritura	266
4) Láminas	271

INTRODUCCION

INTRODUCCION

Después de la divina Eucaristía, o mejor, junto con ella, nada puede ofrecerse a las almas tan precioso como la Palabra de Dios —el Verbo— explicada en forma que haga de la Escritura revelada el libro de la vida espiritual por excelencia. Porque, según la clásica expresión de S. Agustín: “*Verus Christus et in verbo et in carne*”, Jesús vive entre nosotros no sólo en la Eucaristía sino también en su santa Palabra, el Evangelio. Lo mismo supone el Kempis cuando dice: “*Sin estas dos cosas (Eucaristía y Sagrada Escritura) ya no podría yo vivir rectamente, porque la palabra de tu boca luz es del alma, y tu sacramento es pan de vida*” (Imit. de Cristo IV, 11).

Este concepto tan sobrenatural y divino de la Sagrada Escritura, trasciende de la nueva y admirable Encíclica “*Divino Afflante Spiritu*”, que acaba de brindarnos el Sumo Pontífice Pío XII. La Biblia, dice allí el Papa, no fué dada por Dios como objeto de curiosidad o de estudios, sino para que estas di-

vinas palabras nos pudieran “*instruir para la salvación mediante la fe que cree en Jesucristo*” y “*para que el hombre de Dios sea perfecto y esté apercebido para toda obra buena*” (II Tim. 3, 15 y 17).

Esta Encíclica bíblica que, más que las anteriores, hará época en los anales escriturísticos de la Cristiandad, nos llena de singular gozo y nos ha estimulado a preparar y editar la presente *colección de normas pontificias* referentes a la lectura y el estudio de la Sagrada Escritura, ya que vemos en tan magnífico documento la aprobación más competente de las actividades en el campo de la exégesis, en la edición de los Libros sagrados y en el apostolado de los órganos periodísticos, como nuestra “Revista Bíblica”; publicaciones que el Papa recomienda de un modo especial.

La Biblia el libro de espiritualidad por excelencia

La reciente Encíclica destaca

decisivo y transcendental el valor de la Sagrada Escritura como *libro de espiritualidad* por excelencia; medida cuyo mérito hemos de apreciar más que nadie los que, teniendo el privilegio de haber sido llamados al estudio y enseñanza del divino Libro, podemos descubrir y admirar cada día nuevos tesoros de

su sabiduría, insondable como un mar sin orillas (Eccli. 24, 35-39).

Lo que desea el Vicario de Jesucristo es “*que la Palabra de Dios, dirigida a los hombres por medio de las Sagradas Escrituras, sea cada día más total y perfectamente conocida y con más vehemencia amada*”; y, refiriéndose a los trabajos de los exégetas, no vacila en afirmar “*que los fieles y especialmente los sacerdotes, tienen la grave obligación de usar copiosa y santamente de ese tesoro reunido a lo largo de tantos siglos por los más altos ingenios*”.

Más aún, Pío XII exhorta con todo ardor apostólico, como ya sus predecesores Pío X y Benedicto XV, a la *lección diaria* de la Sagrada Escritura en las familias cristianas: “*Favorezcan, pues*”, dice el Papa a los Obispos, “*y presten ayuda a aquellas piadosas asociaciones que se proponen difundir entre los fieles las ediciones de la Biblia y en especial de los Evangelios y procurar con todo empeño que su lectura diaria se haga en las familias cristianas recta y santamente*”; lo que sin duda, y cien veces más, ha de servir de directiva a las familias de religiosos y religiosas, a los conventos, colegios y seminarios, todos los cuales, sin excepción alguna, harán de la Escritura su lectura diaria.

Ante tal alentadora voz del Vicario de Jesucristo, los amantes de la Sagrada Escritura se sentirán movidos a ofrecer un fervoroso “*sacrificio de alabanza*”, como tantas veces lo tributó David viéndose oído en sus oraciones y súplicas, al Padre de las luces, de quien procede *todo el bien que recibimos* (Sant. 1, 17).

La obra de los Sumos Pontífices

Y después de alabar, trabajar. Continuar la obra del renacimiento bíblico que los Sumos Pontífices han iniciado en sus Encíclicas “*Providentissimus Deus*”, “*Spiritus Paraclitus*” y “*Divino Afflante Spiritu*”, ensanchando progresivamente los horizontes hasta romper de una manera categórica con la reserva otrora impuesta por motivos circunstanciales y extraordinarios a raíz de la reforma protestante, pero hoy día suspendida por la Suma Autoridad Eclesiástica. Tan grande fué en aquellos tormentosos tiempos el abuso de la Palabra de Dios, que el Papa Pío IV se vió obligado a prohibir en el Índice (regla III y IV) la indiscreta lección de la Sagrada Escritura en lengua vulgar, disponiendo que se pidiese licencia al Ordinario o al Inquisidor.

En compensación, diríamos, y para que no se descuide “*aquel tesoro celestial de los libros sagrados*”, ordena el mismo Concilio de Trento (Ses. V del 17 de Jun. de 1546, cap. I de ref.) la *institución de cátedras de Sagrada Escritura en las Iglesias catedrales, conventos, colegios* y la creación de nuevas prebendas para ello en otras iglesias (Cf. Enchiridion Bibl. 50-57) y ordena que en las misas solemnes o en la celebración del culto divino de los días festivos y de las solemnidades se expongan las Divinas Letras (sacra eloquia) o las saludables enseñanzas (Ses. 14, c. 7).

En el año 1757 Benedicto XIV saca definitivamente del Índice las traducciones de la Biblia en lengua vulgar —la lectura de los textos originales y de la Vulgata latina nunca estuvo prohibida— y en adelante los Sumos Pontífices no se cansan de fomentar de todas maneras el estudio de la Palabra de Dios, erigiendo un *Instituto Bíblico* en las dos Capitales de la Cristiandad: Roma y Jerusalén; instituyendo la *Pontificia Comisión Bíblica* compuesta de los mejores escrituristas del orbe católico; inculcando sin cesar al clero el grave deber de *predicar todos los domingos el Evangelio*; aprobando *asociaciones católicas para la difusión del Evangelio y de la Biblia en general*; concediendo *indulgencias*

a los que lean el Evangelio, insistiendo en su *lección diaria* en los hogares cristianos; promoviendo *congresos del Evangelio* y *semanas bíblicas*; alentando la publicación de *revistas bíblicas*, etc., etc. Y después de todo eso, ¿puede haber todavía católicos que crean que la Biblia es un libro protestante que no le es permitido leer a un hijo de la Iglesia Católica? ¡Qué daño tan inmenso para la espiritualidad resultó de este infundado temor!

Gracias a las incesantes insistencias de los últimos Papas, la situación ha mejorado notablemente. Vemos brotar en todos los países católicos una nueva *primavera bíblica*, íntimamente unida al movimiento litúrgico y a la profundización del dogma central del Cuerpo místico: ¡Cristo en todos y todo en Cristo! El, por la Eucaristía y por su Palabra, vivificando a la Iglesia como la cabeza al Cuerpo, como la vid a los sarmientos!

**Aclaraciones sobre
cuestiones discutidas**

Además de estas preciosas normas prácticas, la nueva Encíclica brinda al mundo católico aclaraciones sobre importantes temas discutidos en el ambiente exegético. Así p. ej. nos estimula de un modo singular a emprender *nuevas traducciones según los originales hebreo y griego respectivamente*.

Este ideal, ya expresado por el Concilio Tridentino, y dejado a salvo por él, al elegir la Vulgata para el uso ordinario de la Iglesia, lo acentúa ahora el Pontífice con palabras y conceptos extraordinariamente expresivos, diciendo que los Padres de aquel Concilio “rogaron expresamente al Sumo Pontífice que en beneficio de las ovejas de Cristo confiadas a su Beatitud, procurase que, además de la edición Vulgata latina, la Iglesia Santa de Dios tenga, por obra suya, un código *griego* y uno *hebreo*, a ser posible corregido; y si entonces, por las dificultades de los tiempos y otros obstáculos, no se pudo responder plenamente a este deseo, al presente, como confiamos, sí que se podrá satisfacer con más amplitud y perfección, aunadas las fuerzas de todos los doctores católicos”.

Señala también el Papa cómo los teólogos escolásticos no poseyeron suficiente conocimiento del griego ni del hebreo para aprovechar el texto original, y afirma que éste tiene sin embargo “*mayor autoridad y peso que cualquier traducción antigua o moderna por buena que sea*”, por lo cual merece llamarse “ligero y descuidado” el que hoy se cierra el acceso a los textos originales. Confirma el Papa que la declaración de la Vulgata como “*auténtica*” en modo alguno

disminuye la autoridad y fuerza de los textos originales; pues esa elección de la Vulgata fué hecha “entre las versiones latinas que en aquella época circulaban”, no con respecto a los originales. Aclara, en fin, que esa autenticidad de la Vulgata “más bien merece el nombre de *jurídica* que el de *crítica*” (1).

“Por eso —así dice la Encíclica— esta autoridad de la Vulgata en cosas de doctrina no impide —más aún, casi exige en el día de hoy— que esta misma doctrina se compruebe y confirme por los mismos *textos originales* y que se invoque continuamente el auxilio de los mismos textos, con los cuales se aclare y patentice cada día más la recta significación de las Sagradas Letras”.

Concluye el Sumo Pontífice este capítulo de la Encíclica expresando el anhelo de que se realicen, al alcance de todos, “*versiones a las lenguas vivas*” y “directamente de los *textos originales*, como sabemos que se han hecho ya laudablemente en muchas regiones,

(1) Esta clara afirmación, que hasta hoy habría parecido arriesgada en quien no fuese el Sumo Pontífice, confirma lo expresado por el Dr. Steinmüller en su nueva y excelente obra “*Companion to the Scriptures*”, en la cual relata expresamente cómo fué desestimada por los Padres del Concilio la proposición del Cardenal Pacheco que pretendía que la versión Vulgata fuese adoptada con exclusión de todo otro texto.

con la aprobación de la autoridad eclesiástica”.

A la luz de estas lecciones de la Suma Autoridad de la Iglesia, vemos cuánto valor cobran esas versiones, como por ejemplo la excelente Biblia francesa de Crampon, no poco difundida ya entre nuestros estudiosos. Así quiera Dios se pueda ofrecer una, en tiempo no remoto, al público de habla española, que no la ha tenido nunca, pues sólo existe como tal la edición no católica llamada Versión Moderna, carente de los Libros Deuterocanónicos; y aun en ella hemos encontrado muchas cosas en que no sigue a los originales sino a la Vulgata.

Aspiramos a que en esa futura edición las notas no solamente señalen, como suele hacer Crampon, las diferencias con la Vulgata, añadiendo algunas explicaciones de exégesis más bien científica, sino que principalmente, como quiere el Papa, expongan “doctrina que sirva para aumento de la fe, y base de predicación”, o en otros términos, que sean ellas mismas predicación y elogio de las cosas reveladas. También a este respecto, la nueva Encíclica ha confirmado muy señaladamente, en su orientación y carácter, las notas de nuestra edición castellana de la Vulgata en curso de publicación, cuyo cuarto y último

volumen (3º del Ant. Test.) esperamos ofrecer en breve con el favor de Dios.

Directivas para los exégetas Aquellos que llevan el grave cargo de intérpretes y profesores de Sagrada Escritura, agradecerán asimismo las directivas que el Papa establece para la investigación del *sentido literal*, el primero de todos, y con el cual, según Santo Tomás, únicamente se puede argumentar: "*Omnes sensus (Scripturæ) fundantur super unum, scilicet litteralem, ex quo solo potest trahi argumentum*". La Pontificia Comisión Bíblica en una carta fechada el 30 de Agosto 1941 y dirigida a todos los Obispos de Italia, recalca ese mismo principio contra un autor anónimo que intentaba desacreditarlo. (Véase Rev. Bíbl. N° 20, p. 293-296).

Claro está que no se prohíbe investigar, como alimento de la piedad, otros sentidos que pueda tener la Palabra de Dios, pero siempre y ante todo hay que averiguar cuál fué el sentido que quiso expresar el autor sagrado. La nueva Encíclica dice al respecto: "Así pues, deduzcan (los exégetas) con toda diligencia la significación *literal* de las palabras con su conocimiento de las lenguas, acudiendo al contexto y comparando con

otros pasajes semejantes: subsidios todos de que suele echarse también mano en la interpretación de los escritores profanos, con el fin de que se aclare hasta la evidencia el pensamiento del autor. Pero los exégetas de las Letras Sagradas, recordando que en este caso se trata de la palabra inspirada por Dios, cuya custodia e interpretación fué encomendada por ese mismo Dios a la Iglesia, han de tener en cuenta con no menor diligencia las explanaciones y declaraciones del Magisterio de la Iglesia e igualmente las explicaciones dadas por los Santos Padres y también la “analogía de la fe”, como advirtió sabiamente León XIII en la Encíclica *Providentissimus Deus*”.

Del inmenso trabajo que aguarda a los expositores católicos, nos da una idea el mismo Papa hablando de lo que queda por hacer y añadiendo que puede *“tener la exégesis, como los tienen otras disciplinas, sus secretos propios insuperables para nuestras mentes e imposibles de descubrir por esfuerzo alguno”*.

¡Y con qué cariño tan paternal anima el Papa a los exégetas, “estos valientes obreros en la Viña del Señor”, a que continúen su difícil tarea, porque *“sólo muy pocas cosas hay cuyo sentido haya sido declarado por la autoridad de la Iglesia, y no son muchas más*

aquellas en las que sea unánime la sentencia de los Santos Padres. Quedan, pues, muchas otras y gravísimas, en cuya discusión y explicación se puede y debe ejercer libremente la agudeza e ingenio de los intérpretes católicos". ¡Y cómo los defiende y pide para ellos no solamente "imparcialidad y justicia", sino también "suma caridad" de parte de quienes creen que todo lo que es nuevo es por ello mismo sospechoso!

**La Sagrada Escritura
en los Seminarios**

No nos extrañe que el Sumo Pontífice toque también el problema del estudio de la Sagrada Escritura en los *Seminarios*, en los cuales muchas veces la Introducción ocupa más clases que la exégesis y la lectura del sagrado texto. Los sacerdotes no pueden cumplir con el deber de repartir al pueblo cristiano el pan de la Palabra de Dios "si ellos mismos mientras moraron en los Seminarios no se empaparon de activo y perenne amor hacia las Sagradas Escrituras".

"Conviértanse así las Letras divinas para los futuros sacerdotes de la Iglesia en fuente pura y perenne de la vida espiritual de cada uno y en alimento y fortaleza del oficio sagrado de la predicación que van a recibir. Si llegaran a conseguir esto los profesores de

esta importantísima asignatura en los seminarios, persuádanse con alegría de que han contribuído notablemente a la salvación de las almas, al progreso de la causa católica, al honor y la gloria de Dios y que han llevado a cabo una obra en estrechísima relación con su oficio apostólico”.

Gracias a la Encíclica que estudiamos se despeja también definitivamente el horizonte en la cuestión de intercalar *notas dentro del sagrado texto*. Resulta así igualmente confirmada por la Autoridad Eclesiástica la depuración que en nuestra edición de la Sagrada Escritura hemos hecho del texto de Torres Amat, y principalmente la eliminación de los agregados en bastardilla, que a veces han pasado, sin bastardilla, a los Misales para los fieles y otros libros litúrgicos, dando así ocasión a falsas interpretaciones. El Papa señala con respecto a los Códices la necesidad de “restablecer lo más perfectamente que se pueda el texto sagrado... librándolo en lo posible de glosas, lagunas, inversiones de palabras”, etc.; regla que sin duda alguna hemos de aplicar también a las ediciones modernas.

No puede ser, pues, sino muy grande nuestra esperanza en los *frutos* que, por el favor

de Dios, producirá la grandiosa Encíclica de Pío XII; esperanza que será compartida, lo sabemos, por cuantos cultivan en el Cuerpo Místico de Cristo esa fraternidad especialmente íntima y espiritual que nace del común amor a la Palabra, según enseña el Salmista cuando invita a reunirse con él a cuantos conocen los testimonios de Dios (Salmo 118, 79).

A esos amigos de la Sagrada Escritura, especialmente a los sacerdotes, van nuestros votos más fervientes por los frutos del apostolado de la Palabra, siembra común que hacemos a veces sin saberlo ni conocernos siquiera unos a otros, pero cuya fertilidad nos asegura “el Dueño de la mies” cuya gloria buscamos únicamente.

División de este libro Esta obra que hoy presentamos a los amantes de la Sagrada Escritura abarca en su primera parte al texto íntegro de la nueva Encíclica “Divino Afflante Spiritu”. A ésta se agregan otras *normas pontificias* acerca de la Biblia, aunque no todas (para ellas remitimos al lector al “Enchiridion Biblicum”), sino sólo aquellas que se refieren al “Apostolado bíblico”, es decir, las normas que tratan principalmente de la lectura, meditación y estudio práctico

de la Sagrada Escritura, sin pretender tampoco agotar con ello el tema, de suyo inagotable.

Una cosa nueva será para muchos, la nómina de "*Cien Testigos*" que van en el Apéndice y que muestran cómo, además de las autoridades eclesiásticas, los Padres y Doctores de la Iglesia, los Santos, los maestros de la vida espiritual, y los más destacados escritores católicos de nuestros días han recomendado el aprovechamiento de la Escritura como pan espiritual.

Por razones de brevedad hemos escogido solamente cierto número de esas innumerables joyas. En realidad podríamos llenar todo un volumen para evidenciar la continua preocupación de la Iglesia por cumplir los anhelos y la enseñanza del Apóstol de los gentiles: "*la Palabra de Cristo en toda su abundancia tenga su morada entre vosotros*" (Col. 3, 16).

Los testimonios alegados bastarían para probar la verdad de las palabras de J. Hogan citadas por el Cardenal Gomá: "Los primeros cristianos no tenían otro libro que la *Biblia*; ella les bastaba para inspirarles y guiarles; desde entonces, nada ha perdido de su autoridad ni de su fuerza para iluminar la inteligencia y determinar la voluntad. Ha-

brá otras fuentes de doctrina espiritual que podrán, en un momento, solicitarnos con mayor atractivo; pero las aguas son siempre más frescas en su *manantial*, y los más grandes y más sabios vuelven siempre a beber de ellas, repitiendo la frase de San Pedro: “*Señor, a quién iremos? Tú tienes las palabras de vida eterna*”.

Renovación espiritual

Concluimos con una consideración fundamental y muy olvidada que nos plantea el Apóstol de los gentiles: “*Renovaos en el espíritu de vuestra mente*” (Ef. 4, 23); y en otra parte: “*Vestíos del hombre nuevo, de aquel que se renueva por el conocimiento según la imagen del que lo creó*” (Col. 3, 10).

Renovémonos sí, por el *conocimiento*, meditando y estudiando apasionadamente el tesoro “todo deseable” que descubrimos, y eso es lo que la Sagrada Escritura nos da; es la *sabiduría* —saber y sabor a un tiempo— que en ella se prodiga gratis, y con la cual nos vienen todos los bienes, según ella misma promete (Sab. 7, 11).

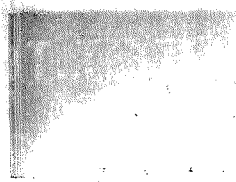
He aquí el camino, la “técnica” espiritual que nos brinda Dios y su Iglesia para iluminarnos y fortalecernos en la dolorosa y continua lucha con el pecado, y elevarnos a la

unión de amistad con El, al escuchar la miel de su Palabra y descubrir en ella la suavidad, los atractivos, las excelencias de Aquel que nos amó primero (I Juan 4, 10); que nos mira con ojos de misericordia como un padre mira a sus hijos (Salm. 102, 13), y cuyo amor llegó a la prueba suprema de darnos su Hijo único (Juan 3, 16), en el cual tiene puestas todas sus complacencias (Mat. 17, 5).

I

**ENCICLICA "DÍVINO
AFFLANTE SPIRITU"**

1-1



THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

I

ENCICLICA “DIVINO AFFLANTE SPIRITU”

(Traducción oficial de la Santa Sede)

A LOS VENERABLES HERMANOS PATRIAR-
CAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS Y
OTROS ORDINARIOS EN PAZ Y COMUNION
CON LA APOSTOLICA SEDE Y ASIMISMO A
TODO EL CLERO Y FIELES DE CRISTO DEL
ORBE CATOLICO

PIO PP. XII

VENERABLES HERMANOS, AMADOS HIJOS
SALUD Y BENDICION APOSTOLICA

INTRODUCCION

Ocasión de la Encíclica
“Providentissimus Deus”.
Modo de celebrar su
cincuentenario

Por inspiración
del divino Espí-
ritu escribieron
los Sagrados Es-

critores aquellos libros, que Dios, conforme
a su paterna caridad con el género humano,
quiso liberalmente dar “para enseñar, para
convencer, para corregir, para dirigir en la
justicia, a fin de que el hombre de Dios sea
perfecto y esté apercebido para toda obra
buena” (1). No es, pues, de admirar que la

(1) II Tim. III, 16 s.

Santa Iglesia, tratándose de este tesoro dado del cielo, que ella posee como preciosísima fuente y divina norma de la doctrina sobre la fe y las costumbres, así como lo recibió incontaminado de manos de los Apóstoles, así lo haya custodiado con todo esmero, defendido de toda falsa y perversa interpretación y empleado solícitamente en el ministerio de comunicar a las almas la salud sobrenatural, como lo atestiguan a toda luz casi innumerables documentos de todas las edades. Por lo que hace a los tiempos modernos, cuando de un modo especial corrían peligro las divinas Letras en cuanto a su origen y recta exposición de ellas, la Iglesia tomó a su cuenta el defenderlas y protegerlas todavía con mayor diligencia y empeño. De ahí que ya el Sacrosanto Sínodo Tridentino pronunció con decreto solemne que "deben ser tenidos por sagrados y canónicos los libros enteros con todas sus partes, tal como se han solido leer en la Iglesia católica y se hallan en la antigua edición vulgata latina" (2). Y en nuestro tiempo el Concilio Vaticano, a fin de reprobear las falsas doctrinas acerca de la inspiración, declaró que estos mismos libros se han de tener por sagrados y canónicos "no ya porque compuestos con la sola indus-

(2) Sesión IV, decr. 1; Ench. Bibl. núm. 45.

tria humana hayan sido después aprobados con su autoridad, ni solamente porque contengan la revelación sin error, sino porque escritos con la inspiración del Espíritu Santo tienen a Dios por autor, y como tales fueron entregados a la misma Iglesia" (3). Más adelante, cuando contra esta solemne definición de la doctrina católica, en la que a los libros "enteros con todas sus partes" se atribuye esta divina autoridad inmune de todo error, algunos escritores católicos osaron coartar la verdad de la Santa Escritura tan sólo a las cosas de fe y costumbres, y en cambio lo demás que perteneciera al orden físico o histórico reputarlo como "dicho de paso" y en ninguna manera —como ellos pretendían— enlazado con la fe, nuestro Antecesor de inmortal memoria León XIII en su Carta Encíclica *Providentissimus Deus*, dada el 18 de Noviembre del año 1893, reprobó justísimamente aquellos errores, y afianzó con preceptos y normas sapientísimas los estudios de los Divinos Libros.

Y toda vez que es conveniente conmemorar el término del año cincuentenario desde que fueron publicadas aquellas Letras Encíclicas que se tienen como la ley principal de los estudios bíblicos, Nos, según la solicitud

(3) Sesión III, cap. 2; Ench. Bibl. núm. 62.

que desde el principio del Sumo Pontificado manifestamos respecto de las disciplinas sagradas ⁽⁴⁾, juzgamos que había de ser oportunísimo, confirmar e inculcar por una parte lo que nuestro Antecesor sabiamente estableció y sus sucesores añadieron para afianzar y perfeccionar la obra, y decretar por otra lo que al presente parecen exigir las circunstancias, para más y más incitar a todos los hijos de la Iglesia, que se dedican a estos estudios, a una empresa tan necesaria y tan loable.

I

PARTE HISTÓRICA

SOLICITUD DE LEÓN XIII
Y SUS SUCESORES POR LOS ESTUDIOS
BIBLICOS

§ 1 — LA OBRA DE LEÓN XIII

Doctrina de la inerrancia o exclusión de todo error El primero y sumo empeño de León XIII fué el exponer la doctrina de la verdad contenida en los Sagrados Volúmenes y vindicarlos de las impugnaciones. Así fué que con graves palabras declaró que no hay absolutamente ningún error, cuando el hagiógrafo, hablando de cosas físicas, "se

(4) Sermón a los alumnos de los seminarios de Roma el 24 de junio de 1939; Acta Ap. Sedis XXXI (1939), págs. 245-251.

atuvo (en el lenguaje) a las apariencias de los sentidos”, como dice el Angélico⁽⁵⁾, expresándose “o con cierta manera de traslación, o como se estilaba aquellos tiempos en el lenguaje común y aun hoy se usa en muchas cosas de la vida cotidiana, aun entre los mismos hombres más doctos”. Añadiendo que ellos “los escritores sagrados, o por mejor decir —son palabras de San Agustín⁽⁶⁾— el Espíritu de Dios que por ellos hablaba, no quiso enseñar a los hombres estas cosas —a saber la íntima constitución de las cosas visibles— que de nada servían para su salvación”⁽⁷⁾; lo cual “útilmente ha de aplicarse a las disciplinas allegadas, principalmente a la historia”, es a saber, refutando “de modo análogo las falacias de los adversarios” y defendiendo “de sus impugnaciones la fidelidad histórica de la Sagrada Escritura”⁽⁸⁾. Y que no se ha de imputar el error al Escritor Sagrado, si “en la transcripción de los códices se les escapó algo menos exacto a los copistas”, o si “queda oscilante el sentido genuino de algún pasaje”. Por último, que no es lí-

(5) Cfr. I^a, II^ae. 70 art. 1 ad. 3.

(6) De Gen. ad litt. 2, 9, 20; PL. XXXIV, col. 270 s.; CSEL. XXVIII, III, 2, pág. 46.

(7) Leonis XIII, Acta XIII, pág. 355; Ench. Bibl. núm. 106.

(8) Cfr. Benedicto XV, Enc. “Spiritus Paraclitus”, Acta Ap. Sedis XII (1920), página 396; Ench. Bibl. núm. 471.

cito en modo alguno "o el restringir la inspiración de la Sagrada Escritura a algunas partes tan sólo, o el conceder que erró el mismo sagrado escritor", siendo así que la divina inspiración "por sí misma no sólo excluye todo error, sino que lo excluye y rechaza con la misma necesidad absoluta con la que es necesario que Dios, Verdad Suma, no sea en modo alguno autor de ningún error. Esta es la antigua y constante fe de la Iglesia" (9).

Ahora bien: esta doctrina, que con tanta gravedad expuso nuestro Predecesor León XIII, también Nos la proponemos con Nuestra autoridad y la inculcamos a fin de que todos la retengan religiosamente. Y decretamos que con no menor solicitud se obedezca también el día de hoy a los consejos y estímulos que él sapientísimamente añadió conforme al tiempo. Pues como surgieran nuevas y no leves dificultades y cuestiones, ya por los prejuicios del racionalismo que por doquiera perniciosamente cundía, ya sobre todo por las excavaciones y descubrimientos de monumentos antiquísimos, llevados a cabo por doquiera en las regiones orientales, el mismo Predecesor nuestro, impulsado por la

(9) Leonis XIII, Acta XIII, pág. 357 y siguientes; Ench. Bibl. núm. 109 ss.

solicitud de oficio apostólico, a fin que esta tan preclara fuente de la revelación católica no sólo estuviera abierta con más seguridad y abundancia para utilidad de la grey del Señor, sino también para no permitir que en manera alguna fuese contaminada, ardentemente deseó “que fuesen cada vez más los que sólidamente tomaran a su cargo y mantuviesen constantemente el patrocinio de las Divinas Letras; y que aquellos principalmente, a los que la divina gracia llamó al sagrado orden, emplearan cada día, como es justísimo, mayor diligencia e industria en leerlas, meditarlas y exponerlas”⁽¹⁰⁾.

Impulso dado a los estudios bíblicos: La Escuela Bíblica de Jerusalén, la Comisión Bíblica

Por lo cual el mismo Pontífice, así como ya hacía tiem-

po había alabado y aprobado la Escuela de Estudios Bíblicos fundada en San Esteban de Jerusalén, gracias a la solicitud del Maestro General de la Sagrada Orden de Predicadores, Escuela de la que, como él mismo dijo “el conocimiento de la Biblia recibió no leve incremento y los espera mayores”⁽¹¹⁾; así el

(10) Cfr. Leonis XIII, Acta XIII, pág. 328; Ench. Bibl. núm. 67 ss.

(11) Carta apost. “Hierosolymæ in cœnobio” de 17 septiembre 1892; Leonis XIII, Acta XII, págs. 239-241, véase pág. 240.

último año de su vida añadió todavía una nueva razón, para que estos estudios, tan encarecidamente recomendados por las Letras Encíclicas *Providentissimus Deus*, cada día se perfeccionasen más y con la mayor seguridad se adelantasen. En efecto: con las Letras Apostólicas *Vigilantiæ*, dadas el 30 del mes de Octubre del año 1902, estableció un Consejo, o como se dice Comisión, de graves varones, "que tuvieran por encomendado a sí el cargo de procurar y lograr por todos los medios, que los divinos oráculos hallen entre los nuestros en general aquella más exquisita exposición que los tiempos reclaman, y se conserven incólumes no sólo de todo hálito de errores, sino también de toda temeridad de opiniones"⁽¹²⁾; el cual Consejo también Nos, siguiendo el ejemplo de nuestros antecesores lo confirmamos y aumentamos de hecho, valiéndonos, como muchas veces antes, de su ministerio, para encaminar los intérpretes de los Sagrados Libros a aquellas sanas leyes de la exégesis católica, que enseñaron los Santos Padres y los Doctores de la Iglesia y los mismos Sumos Pontífices⁽¹³⁾.

(12) Cfr. Leonis XIII, Acta XXII, página 232 ss.; Ench. Bibl. núm. 130-141, véase números 130-132.

(13) Carta de la Pontificia Comisión Bíblica a los excelentísimos Arzobispos y Obispos de Italia, de 20 de agosto de 1941; Acta Ap. Sedis XXXIII (1941); páginas 465-472.

§ 2 — LA OBRA DE LOS SUCESTORES DE LEÓN XIII

Pío X: creación de grados académicos; pauta de estudios bíblicos; el Instituto Bíblico Y aquí no parece ajeno del asunto recordar con gratitud

las cosas principales y más útiles para el mismo fin que sucesivamente hicieron nuestros Antecesores, y que podríamos llamar complemento o fruto de la feliz empresa Leoniana. Y en primer lugar Pío X, queriendo “proporcionar un medio fijo de preparar un buen número de maestros, que, recomendables por su gravedad y pureza de doctrina, interpreten en las escuelas católicas los Divinos Libros”, ...instituyó “los grados académicos de licenciado y doctor en Sagrada Escritura... que habrían de ser conferidos por la Comisión Bíblica”⁽¹⁴⁾; luego dió una ley “sobre la norma de los estudios de Sagrada Escritura que se ha de guardar en los Seminarios de Clérigos”, con el designio de que los alumnos seminaristas “no sólo penetrasen y conociesen la fuerza, modo y doctrina de la Biblia, sino que pudiesen además ejercitarse en el ministerio de la divina pala-

(14) Carta Apost. *Scripturæ Sanctæ* de 23 de febrero de 1904; Pii X, Acta I, páginas 176-179; Ench. Bibl. núm. 142-150; véase números 143-144.

bra con competencia y probidad, y defender... de las impugnaciones los libros escritos bajo la inspiración divina" ⁽¹⁵⁾; finalmente, "para que en la ciudad de Roma se tuviera un centro de estudios más elevados relativos a los Sagrados Libros, que promoviese del modo más eficaz posible la doctrina bíblica y los estudios a ella anejos, según el sentido de la Iglesia católica", fundó el Pontificio Instituto Bíblico, que encomendó a la ínclita Compañía de Jesús y quiso estuviera "provisto de las más elevadas cátedras y todo recurso de erudición bíblica", y prescribió sus leyes y disciplina, declarando que en este particular "ponía en ejecución el saludable y provechoso propósito" de León XIII ⁽¹⁶⁾.

Pío XI: prescripción de Todo esto, finalmente, lo colmó
grados académicos; el Monasterio de San Jerónimo para la revisión
de la Vulgata nuestro próximo Predecesor de fe-

liz recordación Pío

XI, al decretar entre otras cosas, que ninguno fuese "profesor de la asignatura de Sagradas Letras en los Seminarios, sin haber legíti-

(15) Cfr. Carta Apost. Quoniam in re biblica de 27 de marzo de 1906; Pii X, Acta III, págs. 72-76; Ench. Bibl. números 155-173; véase núm. 155.

(16) Carta Apost. Vineam electam de 7 de mayo 1909; Acta Ap. Sedis I (1909), páginas 447-449; Ench. Bibl. núm. 293-306; véase núm. 296 y 294.

mamente obtenido, después de terminado el curso peculiar de la misma disciplina, los grados académicos en la Comisión Bíblica o en el Instituto Bíblico”. Y estos grados quiso que tuvieran los mismos efectos que los grados legítimamente otorgados en la Sagrada Teología o en el Derecho Canónico; y asimismo estableció, que a nadie se concediese “beneficio en que canónicamente se incluyera la carga de explicar al pueblo la Sagrada Escritura, si, además de otras condiciones, el sujeto no hubiese obtenido o la licencia o la láurea en Escritura”. Y exhortando a la vez juntamente tanto a los Superiores mayores de las Ordenes regulares, como a los Obispos del orbe católico, a enviar a las aulas del Instituto Bíblico, para obtener allí los grados académicos, los más aptos de sus alumnos, confirmó tales exhortaciones con su propio ejemplo, señalando de su liberalidad para este mismo fin rentas anuales ⁽¹⁷⁾.

El mismo Pontífice, después que con el favor y aprobación de Pío X, de feliz memoria, el año 1907 “se encomendó a los monjes Benedictinos el cargo de investigar y preparar los estudios en que haya de basarse la edición

(17) Cfr. Motu proprio *Bibliorum Scientiam* de 27 de abril de 1924; Act. Ap. Sedis XVI (1924), págs. 180-182; Ench. Bibl., números 518-525.

de la Versión Latina de las Escrituras, que recibió el nombre de Vulgata⁽¹⁸⁾, queriendo afianzar con mayor firmeza y seguridad esta misma "trabajosa y ardua empresa", que exige largo tiempo y subidos gastos, cuya grandísima utilidad habían evidenciado los egregios volúmenes ya dados a la pública luz, levantó desde sus cimientos el monasterio Urbano de San Jerónimo, que exclusivamente se dedicase a esta obra, y lo enriqueció abundantísimamente con biblioteca y todos los demás recursos de investigación⁽¹⁹⁾.

§ 3 — SOLICITUD DE LOS SUMOS PONTÍFICES POR EL USO Y DIFUSIÓN DE LA SAGRADA ESCRITURA

Ni parece que aquí debe pasarse en silencio, con cuánto ahinco los mismos Predecesores Nuestros, con diferentes ocasiones, recomendaron ora el estudio, ora la predicación, ora en fin la pía lectura y meditación de las Sagradas Escrituras. Porque Pío X, respecto de la Sociedad de San Jerónimo, que trata de persuadir a los fieles de Cristo la costumbre, en verdad loable, de leer y meditar los

(18) Carta al Rvmo. D. Aidano Gasquet de 3 de diciembre de 1907; Pii X, Acta IV, págs. 117-119; Ench. Bibl., número 285 ss.

(19) Const. Apost. Inter præcipuas de 15 de junio de 1933; Acta Ap. Sedis XXVI (1934), págs. 85-87.

santos Evangelios y hacerlo más accesible según sus fuerzas, la aprobó de todo corazón y la exhortó a que animosamente insistiera en su propósito, declarando “que esta obra es la más útil y que mejor responde al tiempo”, toda vez que contribuye no poco “a extirpar la idea de que la Iglesia se resiste a la lectura de las Sagradas Escrituras en lengua vulgar, o pone para ello impedimento”⁽²⁰⁾. Por su parte Benedicto XV, al cumplirse el ciclo del décimo quinto siglo, desde que dejó la vida mortal el Doctor Máximo en exponer las Sagradas Letras, después de haber esmeradísimoamente inculcado, ya los preceptos y ejemplos del mismo Doctor, ya los principios y normas dadas por León XIII y por Sí mismo, y recomendado otras cosas oportunísimas en estas materias y que nunca se deben olvidar, exhortó “a todos los hijos de la Iglesia, principalmente a los clérigos, a juntar la reverencia de la Sagrada Biblia con la piadosa lectura y asidua meditación de la misma”; y advirtió que “en estas páginas se ha de buscar el alimento, con que se sustente hasta llegar a la perfección la vida del espíritu” y que “la principal utilidad de la Escritura per-

(20) Carta al Emmo. Cardenal Cassetta. Qui piam de 21 de enero de 1907; Pii X, Acta IV, págs. 23-25.

tenece al ejercicio santo y fructuoso de la divina palabra”; y el mismo de nuevo alabó la obra de la Sociedad llamada con nombre del mismo San Jerónimo, gracias a la cual se divulgan en grandísima extensión los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles, “de suerte que ya no haya ninguna familia cristiana que carezca de ellos, y todos se acostumbren a su lectura y meditación cotidiana” (21).

§ 4 — FRUTOS DE ESTA ACCIÓN MÚLTIPLE

Y a la verdad es cosa justa y grata el confesar, que no sólo con estas instituciones, preceptos y estímulos de nuestros Antecesores, sino también con las obras y trabajos arrostrados por todos aquellos que diligentemente los secundaron, ya en estudiar, investigar y escribir, ya en enseñar y predicar, como también en traducir y propagar los Sagrados Libros, ha adelantado no poco entre los católicos la ciencia y uso de las Sagradas Escrituras. Porque son ya muchísimos los cultivadores de la Escritura Santa, que salieron ya y cada día salen de las aulas en las que se enseñan las más elevadas disci-

(21) Carta Encíclica Spiritus Paraclitus de 15 de septiembre de 1920; Acta Ap. Sedis XII (1920), págs. 385-422; Ench. Bibl., núm. 457-508; véase números 457, 495, 497, 491.

plinas en materia teológica y bíblica, y principalmente de Nuestro Pontificio Instituto Bíblico, los cuales, animados de ardiente afición a los Sagrados Volúmenes, imbuyen en este mismo espíritu el clero adolescente, y constantemente le comunican la doctrina que ellos bebieron. No pocos de ellos han promovido y promueven todavía con sus escritos los estudios bíblicos, o bien editando los sagrados textos redactados conforme a las normas del arte crítico, y explicándolos, ilustrándolos, traduciéndolos para su pía lección y meditación, o bien por fin cultivando y adquiriendo las disciplinas profanas útiles para la explanación de la Escritura. Así, pues, por estas y otras empresas que cada día se propagan y cobran fuerza, como, por ejemplo, las asociaciones en pro de la Biblia, los congresos, las Semanas de asambleas, las bibliotecas, las sociedades para meditar el Evangelio, concebimos la esperanza nada dudosa, de que en adelante crezcan doquiera más y más para bien de las almas la reverencia, el uso y el conocimiento de las Sagradas Letras, con tal que con firmeza, valentía y confianza retengan todos la regla de los estudios bíblicos prescrita por León XIII, explicada por sus Sucesores con más claridad y perfección, y por Nos confirmada y fomentada —que es

en realidad la única segura y confirmada por la experiencia—, sin dejarse arredrar en modo alguno por aquellas dificultades, que, como en las cosas humanas suele acontecer, nunca le faltarán tampoco a esta obra preclara.

II

P A R T E D O C T R I N A L

LOS ESTUDIOS BIBLICOS DE NUESTRO TIEMPO

Estado actual de los estudios bíblicos No hay quien no pueda fácilmente echar de ver, que las condiciones de los estudios bíblicos y de los que para los mismos son útiles han cambiado mucho en estos cincuenta años. Porque, pasando por alto otras cosas, cuando Nuestro Predecesor publicó su Letra Encíclica *Providentissimus Deus*, apenas se había comenzado a explorar en Palestina uno u otro lugar de excavaciones relacionadas con estos asuntos. Ahora en cambio las investigaciones de este género no sólo se han aumentado muchísimo en cuanto al número, sino que además, cultivadas con más severo método y arte por el mismo ejercicio, nos enseñan muchas más cosas y con más certeza. Y en efecto, cuanta luz brote de estas investigaciones para entender mejor y con

más plenitud los Sagrados Libros, lo saben todos los peritos, lo saben cuantos se consagran a estos estudios. Crece todavía la importancia de estas exploraciones por los documentos escritos hallados de vez en cuando, que contribuyen en mucho al conocimiento de las lenguas, letras, sucesos, costumbres y cultos más antiguos. Ni es de menor momento el hallazgo y la búsqueda, tan frecuente en esta edad nuestra, de papiros, que han tenido tanto valor para el conocimiento de las letras e instituciones públicas y privadas, principalmente del tiempo de Nuestro Salvador. Se han hallado además y editado con sagacidad vetustos códigos de los Sagrados Libros; se ha investigado con más extensión y plenitud la exégesis de los Padres de la Iglesia; finalmente, se ilustra con innumerables ejemplos el modo de hablar, narrar y escribir de los antiguos. Todo esto, que, no sin especial consejo de la providencia de Dios, ha conseguido esta nuestra época, invita en cierta manera y amonesta a los intérpretes de las Sagradas Letras a aprovecharse con denuedo de tanta abundancia de luz para examinar con más profundidad los Divinos Oráculos, ilustrarlos con más claridad y proponerlos con mayor lucidez. Y si, con sumo consuelo en el alma, vemos que los mismos

intérpretes estrenuamente han obedecido ya y siguen obedeciendo a esta invitación, ciertamente no es éste el último ni el menor fruto de las Letras Encíclicas *Providentissimus Deus*, con las que Nuestro Predecesor León XIII, como presagiando en su ánimo esta nueva floración de los estudios bíblicos, por una parte invitó al trabajo a los exégetas católicos, y por otra les señaló sabiamente cuál era el modo y método de trabajar. Pero también Nos con estas Letras Encíclicas queremos conseguir que esta labor no solamente persevere con constancia, sino que cada día se perfeccione y resulte más fecunda, puesta sobre todo Nuestra mira en mostrar a todos lo que resta por hacer, y con qué espíritu debe hoy el exégeta católico emprender tan grande y excelso cargo, y en dar nuevo acicate y nuevo ánimo a los operarios que trabajan constantemente en la viña del Señor.

§ 1 — RECURSO A LOS TEXTOS ORIGINALES

Estudio de las lenguas bíblicas Ya los Padres de la Iglesia, y en primer término San Agustín, al intérprete católico que emprendiese la tarea de entender y exponer las Sagradas Escrituras le recomendaban encarecidamente el estudio de las lenguas antiguas

y el volver a los textos primitivos⁽²²⁾. Con todo, llevaba consigo la condición de aquellos tiempos, que conocieran pocos la lengua hebrea, y éstos imperfectamente. Por otra parte en la edad media, cuando la Teología Escolástica florecía más que nunca, aun el conocimiento de la lengua griega desde mucho tiempo antes se había disminuído de tal manera entre los Occidentales, que hasta los mismos supremos Doctores de aquellos tiempos, al explicar los Divinos Libros, solamente se apoyaban en la versión latina, llamada Vulgata. Por el contrario en estos nuestros tiempos no solamente la lengua griega, que desde el renacimiento de las letras humanas en cierto sentido ha sido resucitada a nueva vida, es ya familiar a casi todos los cultivadores de la antigüedad, sino que aun el conocimiento de la lengua hebrea y de otras lenguas orientales se ha propagado grandemente entre los hombres doctos. Es tanta además ahora la abundancia de medios para aprender estas lenguas, que el intérprete de la Biblia, que, descuidándolas, se cierre la puerta para los textos originales, no puede en modo alguno evitar la nota de ligereza y

(22) Cfr., por ej., San Jerónimo. *Præf. in IV Evang. ad Damasum*, PL. XXIX, columnas 526-527. San Agustín, *De doctr. christ.* II, 16; PL. XXXIV, col. 42-43.

desidia. Porque al exégeta pertenece el andar como a caza, con sumo cuidado y veneración, aun de las cosas más mínimas, que, bajo la inspiración del Divino Espíritu, brotaron de la pluma del hagiógrafo, a fin de penetrar su mente con más profundidad y plenitud. Procure, por lo tanto, con diligencia adquirir cada día mayor pericia en las lenguas bíblicas y aun en las demás orientales, y corrobore su interpretación con todos aquellos recursos, que provienen de toda clase de filología. Lo cual, en verdad, lo procuró conseguir solícitamente San Jerónimo, según los conocimientos de su época; y así mismo no pocos de los grandes intérpretes de los siglos XVI y XVII, aunque entonces el conocimiento de las lenguas fuese mucho menor que el de hoy, lo intentaron con infatigable esfuerzo y no mediocre fruto. De la misma manera conviene que se explique aquel mismo texto original, que escrito por el sagrado autor tiene mayor autoridad y mayor peso, que cualquiera versión, por buena que sea, ya antigua, ya moderna; lo cual puede sin duda hacerse con mayor facilidad y provecho, si, respecto del mismo texto, se junta al mismo tiempo con el conocimiento de las lenguas una sólida pericia en el manejo de la crítica.

Importancia de la crítica textual Cuánta importancia se haya de atribuir a esta crítica, atinadamente lo advirtió San Agustín, cuando entre los preceptos que deben inculcarse al que estudia los Sagrados Libros puso por primero de todos el cuidado de poseer un texto exacto. “En enmendar los Códices —así el clarísimo Doctor de la Iglesia— debe ante todo estar alerta la vigilancia de aquellos que desean conocer las Escrituras Divinas, para que los no enmendados cedan su puesto a los enmendados”⁽²³⁾. Ahora bien, hoy este arte, que lleva el nombre de crítica textual y que se emplea con gran loa y fruto en la edición de los escritos profanos, con justísimo derecho se ejercita también, por la reverencia debida a la divina palabra, en los Libros Sagrados. Porque por su mismo fin logra que se restituya a su ser el sagrado texto lo más perfectamente posible, se purifique de las depravaciones introducidas en él por la deficiencia de los amanuenses, y se libre, cuanto se pueda, de las inversiones de palabras, repeticiones y otras faltas de la misma especie, que suelen furtivamente introducirse en los libros transmitidos de uno en otro por muchos siglos. Y apenas es necesario advertir que esta crítica, que desde hace al-

(23) De doctr. christ. II, 21; PL. XXXIV, col. 46.

gunos decenios no pocos han empleado absolutamente a su capricho y no pocas veces de tal manera, que pudiera decirse haberla los mismos usado para introducir en el sagrado texto sus opiniones prejuzgadas, hoy ha llegado a adquirir tal estabilidad y seguridad de leyes que se ha convertido en un insigne instrumento para editar con más pureza y esmero la divina palabra, y fácilmente puede descubrirse cualquier abuso. Ni es preciso recordar aquí —ya que es cosa notoria y clara a todos los cultivadores de la Sagrada Escritura— en cuánta estima ha tenido la Iglesia ya desde los primeros siglos hasta nuestros días estos estudios del arte crítica. Así es que hoy, después que la disciplina de este arte ha llegado a tanta perfección, es un oficio honorífico, aunque no siempre fácil, el procurar por todos los medios, que cuanto antes por parte de los católicos se preparen oportunamente ediciones tanto de los Sagrados Libros, como de las versiones antiguas, hechas conforme a estas normas, que junten, es a saber, con una reverencia suma del sagrado texto la escrupulosa observancia de todas las leyes críticas. Y ténganlo todos por bien sabido, que este largo trabajo no solamente es necesario para penetrar bien los escritos dados por divina inspiración, sino que

además es reclamado por la misma piedad por la que debemos estar sumamente agradecidos a aquel Dios providentísimo, que desde el trono de su majestad nos envió estos libros a manera de cartas paternales, como a propios hijos.

**Sentido del decreto
Tridentino sobre el
uso de la Vulgata.
Versiones en lenguas
vulgares**

Ni piense nadie que este uso de los textos primitivos, conforme a la razón de la crítica, sea en modo

alguno contrario a aquellas prescripciones que sabiamente estableció el Concilio Tridentino acerca de la Vulgata Latina⁽²⁴⁾. Documentalmente consta, que a los Presidentes del Concilio se dió el encargo de rogar al Sumo Pontífice a nombre del mismo Santo Sínodo—como, en efecto, lo hicieron—, mandase corregir primero la edición Latina, y luego, en cuanto se pudiese, la Griega y la Hebrea, con el designio de divulgarla al fin para utilidad de la Santa Iglesia de Dios⁽²⁵⁾. Y si bien, a la verdad, a este deseo no pudo entonces por las dificultades de los tiempos y otros impedimentos responderse plenamente, confiamos que al presente, aunadas las fuer-

(24) Decr. de editione et usu Sacrorum Librorum; Conc. Trid., ed. Soc. Goerres. t. V, p. 91 s.

(25) Ibidem, t. X, p. 271; cfr. t. V, p. 29, 59, 65; t. X, p. 446 ss.

zas de los doctores católicos, se pueda satisfacer con más perfección y amplitud. Mas por lo que hace a la voluntad del Sínodo Tridentino de que la Vulgata fuese la versión latina "que todos usasen como auténtica", esto en verdad, como todos lo saben, solamente se refiere a la Iglesia latina, y al uso público de la misma Escritura, y no disminuye sin género de duda en modo alguno la autoridad y valor de los textos originales. Porque no se trataba de los textos originales en aquella ocasión, sino de las versiones latinas que en aquella época corrían de una parte a otra, entre las cuales el mismo Concilio con justo motivo decretó que debía ser preferida la que "había sido aprobada en la misma Iglesia con el largo uso de tantos siglos". Así, pues, esta privilegiada autoridad o, como dicen, autenticidad de la Vulgata no fué establecida por el Concilio principalmente por razones críticas, sino más bien por su legítimo uso en las Iglesias durante el decurso de tantos siglos; con el cual uso ciertamente se demuestra que la misma está en absoluto inmune de todo error en materia de fe y costumbres; de modo que, conforme al testimonio y confirmación de la misma Iglesia, se puede presentar con seguridad y sin peligro de errar en las disputas, lecciones y predica-

ciones; y por tanto este género de autenticidad no se llama con nombre primario crítica, sino más bien jurídica. Por lo cual esta autoridad de la Vulgata en cosas doctrinales de ninguna manera prohíbe —antes por el contrario hoy más bien exige— que esta misma doctrina se compruebe y confirme por los textos primitivos, y que también sean a cada momento invocados como auxiliares estos mismos textos, por los cuales donde quiera y cada día más se patentice y exponga el recto sentido de las Sagradas Letras. Y ni aun siquiera prohíbe el decreto del Concilio Tridentino que, para uso y provecho de los fieles de Cristo y para más fácil inteligencia de la divina palabra, se hagan versiones en las lenguas vulgares, y eso aun tomándolas de los textos originales, como ya en muchas regiones vemos que loablemente se ha hecho, aprobándolo la autoridad de la Iglesia.

§ 2 — DE LA INTERPRETACIÓN

Importancia e investigación del sentido literal Armado egregiamente con el conocimiento de las lenguas antiguas y con los recursos del arte crítica, emprenda el exégeta católico aquel oficio, que es el supremo entre todos los que se le imponen: a saber,

el hallar y exponer el sentido genuino de los Sagrados Libros. Para el desempeño de esta obra tengan ante los ojos los intérpretes que, como la cosa principal de todas, han de procurar el distinguir bien y determinar cuál es el sentido de las palabras bíblicas llamado literal. Sea este sentido literal de las palabras el que ellos averigüen con toda diligencia, por medio del conocimiento de las lenguas, valiéndose del contexto y de la comparación con pasajes semejantes; a todo lo cual suele también apelarse en favor de la interpretación de los escritos profanos, para que aparezca en toda su luz la mente del autor. Sólo que los exégetas de las Sagradas Letras, acordándose que aquí se trata de la palabra divinamente inspirada, cuya custodia e interpretación fué por el mismo Dios encomendada a la Iglesia, no menos diligentemente tengan cuenta de las exposiciones y declaraciones del magisterio de la Iglesia, y así mismo de la explicación dada por los Santos Padres, como también de la “analogía de la fe”, como sapientísimamente lo advirtió León XIII en las Letras Encíclicas *Providentissimus Deus* ⁽²⁶⁾. Traten también con singular empeño de no exponer únicamente —cosa que con dolor ve-

(26) Leonis XIII. Acta XIII, p. 345-346; Ench. Bibl. núm. 94-96.

mos se hace en algunos comentarios— las cosas que atañen a la historia, arqueología, filología y otras disciplinas por el estilo; sino que, sin dejar de aportar oportunamente aquéllas, en cuanto puedan contribuir a la exégesis, muestren principalmente cuál es la doctrina teológica de cada uno de los libros o textos respecto de la fe y costumbres, de suerte que esta exposición de los mismos, no solamente ayude a los doctores teólogos para proponer y confirmar los dogmas de la fe, sino que sea también útil a los sacerdotes para explicar ante el pueblo la doctrina cristiana, y finalmente sirva a todos los fieles para llevar una vida santa y digna de un hombre cristiano.

Recto uso del sentido espiritual Una vez que hubieren dado tal interpretación, teológica ante todo, como hemos dicho, eficazmente obligarán a callar a los que, aseverando que en los comentarios bíblicos apenas hallan nada que eleve la mente a Dios, nutra el alma, promueva la vida interior, repiten que es preciso acudir a cierta interpretación espiritual, que ellos llaman mística. Cuán poco acertado sea este su modo de ver, lo enseña la misma experiencia de muchos, que, considerando y meditando una y otra vez la pala-

bra de Dios, perfeccionaron sus almas, y se sintieron movidos de vehemente amor a Dios; como también lo muestran a las claras la perpetua educación de la Iglesia y las amonestaciones de los mayores Doctores. Y no es que se excluya de la Sagrada Escritura todo sentido espiritual. Porque las cosas dichas o hechas en el Viejo Testamento, de tal manera fueron sapientísimamente ordenadas y dispuestas por Dios, que las pasadas significaran anticipadamente las que en el nuevo pacto de gracia habían de verificarse. Por lo cual el intérprete, así como debe hallar y exponer el sentido literal de las palabras, que el hagiógrafo pretendiera y expresara, así también el espiritual, mientras conste legítimamente que fué dado por Dios. Ya que solamente Dios pudo conocer y revelarnos este sentido espiritual. Ahora bien, este sentido en los Santos Evangelios nos lo indica y enseña el mismo divino Salvador; lo profesan también los Apóstoles, de palabra y por escrito, imitando el ejemplo del Maestro; lo demuestra la doctrina tradicional perpetua de la Iglesia; lo declara por último el uso antiquísimo de la liturgia, donde quiera que pueda rectamente aplicarse aquel conocido enunciado: La ley de orar es la ley de creer. Así, pues, este sentido espiritual, intentado y ordenado por

el mismo Dios, descúbranlo y propónganlo los exégetas católicos con aquella diligencia que la dignidad de la palabra divina reclama; mas tengan religiosa cautela en no proponer como sentido genuino de la Sagrada Escritura otros sentidos traslaticios. Porque aun cuando, principalmente en el desempeño del oficio de predicador, puede ser útil para ilustrar y recomendar las cosas de la fe, cierto uso más amplio del Sagrado Texto según la significación traslaticia de las palabras, siempre que se haga con moderación y sobriedad, nunca sin embargo debe olvidarse, que este uso de las palabras de la Sagrada Escritura le es como externo y añadido, y que sobre todo hoy no carece de peligro, cuando los fieles, aquellos especialmente que están instruídos en los conocimientos tanto sagrados como profanos, buscan qué es lo que Dios en las Sagradas Letras nos da a entender, y no más bien qué es lo que el facundo orador o escritor expone, empleando con cierta destreza las palabras de la Biblia. Ni tampoco aquella “palabra de Dios viva y eficaz y más penetrante que espada de dos filos, y que llega hasta la división del alma y del espíritu, y de las coyunturas”⁽²⁷⁾, necesita de afeites o de acomodación humana, para mover y sa-

(27) Hebr. 4, 12.

cudir los ánimos; porque las mismas Sagradas Páginas, redactadas bajo la inspiración divina, tienen por sí mismas abundante sentido genuino; enriquecidas por divina virtud, tienen fuerza propia; adornadas con soberana hermosura, brillan por sí mismas y resplandecen, con tal que sean por el intérprete tan íntegra y cuidadosamente explicadas, que se saquen a luz todos los tesoros de sabiduría y prudencia en ellas ocultos.

Cómo se debe fomentar el estudio de los Santos Padres y de los grandes intérpretes

En este desempeño podrá el exégeta católico egregiamente

ayudarse del industrioso estudio de aquellas obras, con las que los Santos Padres, los Doctores de la Iglesia e ilustres intérpretes de los pasados tiempos expusieron las Sagradas Letras. Porque ellos, aun cuando a veces estaban menos pertrechados de erudición profana y conocimiento de lenguas que los intérpretes de nuestra edad, sin embargo, en conformidad con el oficio que Dios les dió en la Iglesia, culminan por cierta suave perspicacia de las cosas celestes y admirable agudeza de entendimiento, con las que íntimamente penetran las profundidades de la divina palabra, y ponen en evidencia todo cuanto puede con-

ducir a la ilustración de la doctrina de Cristo y santidad de la vida. De doler es, en verdad, que tan preciosos tesoros de la antigüedad cristiana sean demasiado poco conocidos a no pocos de los escritores de nuestros tiempos, y que tampoco los cultivadores de la historia de la exégesis hayan todavía llevado a término todo aquello que, para investigar con perfección y estimar en su punto cosa de tanta importancia, parece necesario. Ojalá surjan muchos, que, examinando con diligencia los autores y obras de la interpretación católica de las Escrituras, y agotando, por decirlo así, las casi inmensas riquezas que aquellos acumularon, contribuyan eficazmente a que por un lado aparezca más claro cada día cuán hondamente penetraron ellos e ilustraron la divina doctrina de los Sagrados Libros, y por otro también los intérpretes actuales tomen ejemplo de ello y saquen oportunos argumentos. Pues así por fin se llegará a lograr la feliz y fecunda unión de la doctrina y espiritual suavidad de los antiguos en el decir con la mayor erudición y arte de los modernos, para producir, sin duda, nuevos frutos en el campo de las divinas Letras, nunca bastante-mente cultivado, nunca exhausto.

§ 3 — PUNTOS A LOS QUE ESPECIALMENTE DEBEN ATENDER LOS INTÉRPRETES DE NUESTRO TIEMPO

Condición actual de la exégesis Es además muy justo esperar que también nuestros tiempos puedan contribuir en algo a la interpretación más profunda y exacta de las Sagradas Letras. Puesto que no pocas cosas, sobre todo entre las concernientes a la historia, o apenas o no suficientemente fueron explicadas por los expositores de los pasados siglos, toda vez que les faltaban casi todas las noticias necesarias para ilustrarlas mejor. Cuán difíciles fuesen y casi inaccesibles algunas cuestiones para los mismos Padres, bien se echa de ver, por omitir otras cosas, en aquellos esfuerzos, que muchos de ellos repitieron, para interpretar los primeros capítulos del Génesis; y así mismo por los repetidos tanteos de San Jerónimo para traducir los Salmos de tal manera que se descubriese con claridad su sentido literal, o expresado en las palabras mismas. Hay por fin otros libros o sagrados textos, cuyas dificultades ha descubierto precisamente la época moderna, desde que por el conocimiento más profundo de la antigüedad han nacido nuevos

problemas, que hacen penetrar con más exactitud en el asunto. Van, pues, fuera de la realidad algunos, que, no penetrando bien las condiciones de la ciencia bíblica, dicen sin más que al exégeta católico de nuestros días no le queda nada que añadir a lo que ya produjo la antigüedad cristiana; cuando por el contrario estos nuestros tiempos han planteado tantos problemas, que exigen nueva investigación y nuevo examen, y estimulan no poco el estudio activo del intérprete moderno.

Se ha de tener en cuenta la índole del escritor sagrado

Porque nuestra edad, así como acumula nuevas cuestiones y nuevas dificultades, así también, por el favor de Dios, suministra nuevos recursos y subsidios de exégesis. Entre estos parece digno de peculiar mención, que los teólogos católicos, siguiendo la doctrina de los Santos Padres y principalmente del Angélico y Común Doctor, han explorado y propuesto la naturaleza y los efectos de la inspiración bíblica mejor y más perfectamente, que como solía hacerse en los siglos pretéritos. Porque partiendo del principio de que el escritor sagrado al componer el libro es órgano o instrumento del Espíritu Santo, con la circunstancia de ser vivo y dotado de razón; rectamente observan

que él, bajo el influjo de la divina moción, de tal manera usa de sus facultades y fuerzas, que fácilmente puedan todos colegir del libro nacido de su acción "la índole propia de cada uno y por decirlo así sus singulares caracteres y trazos"⁽²⁸⁾. Así, pues, el intérprete con todo esmero, y sin descuidar ninguna luz que hayan aportado las investigaciones modernas, esfuércese por averiguar cuál fué la propia índole y condición de vida del escritor sagrado, en qué edad floreció, qué fuentes utilizó ya escritas ya orales, y qué formas de decir empleó. Porque a nadie se oculta que la norma principal de interpretación es aquella, en virtud de la cual se averigua con precisión y se define qué es lo que el escritor pretendió decir, como egregiamente lo advierte San Atanasio: "Aquí, como conviene hacerlo en todos los demás pasajes de la divina Escritura, se ha de observar, con qué ocasión habló el Apóstol; se ha de entender con cuidado y fidelidad, cuál es la persona, cuál el asunto que le movió a escribir, no sea que uno, ignorándolo, o entendiendo algo ajeno a ello, vaya descarriado del verdadero sentido"⁽²⁹⁾.

(28) Cfr. Benedicto XV, encíclica "Spiritus Paraclitus"; Acta Ap. Sedis XII (1920), p. 390; Ench. Bibl., n. 461.

(29) Contra Arianos I, 54; PG. XXIV, col. 123.

Importancia del género literario, especialmente en la historia

Por otra parte, cuál sea el sentido *literal*, no es mu-

chas veces tan claro en las palabras y escritos de los antiguos Orientales, como en los escritores de nuestra edad. Porque no es con solas las leyes de la gramática o filología, ni con solo el contexto del discurso con lo que se determina qué es lo que ellos quisieron significar con las palabras; es absolutamente necesario que el intérprete se traslade mentalmente a aquellos remotos siglos del Oriente, para que, ayudado convenientemente con los recursos de la historia, arqueología, etnología, y de otras disciplinas, discierna y vea con distinción qué géneros literarios, como dicen, quisieron emplear y de hecho emplearon los escritores de aquella edad vetusta. Porque los antiguos Orientales no empleaban siempre las mismas formas y las mismas maneras de decir que nosotros hoy, sino más bien aquellas que estaban recibidas en el uso corriente de los hombres de sus tiempos y países. Cuáles fuesen éstas, no lo puede el exégeta como establecer de antemano, sino con la escrupulosa indagación de la antigua literatura del Oriente. Ahora bien, esta investigación, llevada a cabo en estos últimos decenios con mayor cuidado y diligencia que antes, ha ma-

nifestado con más claridad qué formas de decir se usaron en aquellos antiguos tiempos, ora en la descripción poética de las cosas, ora en el establecimiento de las normas y leyes de la vida, ora por fin en la narración de los hechos y acontecimientos. Esta misma investigación ha probado ya lúcidamente que el pueblo israelítico se aventajó singularmente entre las demás antiguas naciones orientales en escribir bien la historia, tanto por la antigüedad, como por la fiel relación de los hechos, lo cual en verdad se concluye también por el carisma de la divina inspiración y por el peculiar fin de la historia bíblica, que pertenece a la religión. No por eso se debe admirar nadie, que tenga recta inteligencia de la inspiración, de que también entre los Sagrados Escritores, como entre los otros de la antigüedad, se hallen ciertas artes de exponer y narrar; ciertos idiotismos, sobre todo propios de las lenguas semíticas; las que se llaman aproximaciones, y ciertos modos de hablar hiperbólicos; más aún, a veces hasta paradojas para imprimir las cosas en la mente con más firmeza. Porque ninguna de aquellas maneras de hablar, de que entre los antiguos, particularmente entre los Orientales, solía servirse el humano lenguaje para expresar sus ideas, es ajena de los Libros Sagrados, con

esta condición, empero, que el género de decir empleado en ninguna manera repugne a la santidad y verdad de Dios, según que, conforme a su sagacidad, lo advirtió ya el mismo Doctor Angélico por estas palabras: “En la Escritura las cosas divinas se nos dan al modo que suelen usar los hombres”⁽³⁰⁾. Porque así como el Verbo sustancial de Dios se hizo semejante a los hombres en todas las cosas “excepto el pecado”⁽³¹⁾, así también las palabras de Dios, expresadas en lenguas humanas, se hicieron semejantes en todo al humano lenguaje, excepto el error; lo cual en verdad lo ensalzó ya con sumas alabanzas San Juan Crisóstomo, como una *sincatábasis* o “condescendencia” de Dios pródigo, y afirmó una y varias veces que se halla en los Sagrados Libros⁽³²⁾.

Por esta razón el exégeta católico, a fin de satisfacer a las necesidades actuales de la ciencia bíblica, al exponer la Sagrada Escritura y mostrarla y probarla inmune de todo error, válgase también prudentemente de este medio, indagando qué es lo que la forma de decir o el género literario, empleado por el

(30) Comment. ad Hebr., cap. I, lectio IV.

(31) Hebr. 4, 15.

(32) Cfr. v. g. In Gen. I, 4 (PG. LIII, col. 34-35; In Gen. II, 21 (ib. col. 121); In Gen. III, 8 (ib., col. 135); Hom. 15 in Joh., ad I, 18 (PG. LIX, col. 87 s.).

hagiógrafo, contribuye para la verdadera y genuina interpretación; y se persuade que esta parte de su oficio no puede descuidarse sin gran detrimento de la exégesis católica. Puesto que no raras veces —para no tocar sino este punto— cuando algunos reprochándolo cacarean que los Sagrados Autores se descarriaron de la fidelidad histórica, o contaron las cosas con menos exactitud, se averigua que no se trata de otra cosa sino de aquellas maneras corrientes y originales de decir y narrar propias de los antiguos, que a cada momento se empleaban mutuamente en el comercio humano, y que en realidad se usaban en virtud de una costumbre lícita y común. Exige, pues, una justa equidad del ánimo, que, cuando se encuentran estas cosas en el divino oráculo, el cual, como destinado a hombres, se expresa con palabras humanas, no se las arguya de error, no de otra manera que cuando se emplean en el uso cotidiano de la vida. Así es que, conocidas y exactamente apreciadas las maneras y artes de hablar y escribir en los antiguos, podrán resolverse muchas dificultades, que se objetan contra la verdad y fidelidad histórica de las Divinas Letras; ni será menos apropósito este estudio para conocer más plenamente y con mayor luz la mente del Sagrado Autor.

**Se han de promover
los estudios de los
antigüedades bíblicas**

Así, pues, nuestros cultivadores de estudios bíblicos pongan también su atención en esto con la debida diligencia, y no omitan nada de nuevo que hubieren aportado sea la arqueología, sea la historia antigua, o el conocimiento de las antiguas letras, y cuanto sea apto para mejor conocer la mente de los escritores vetustos y su manera, forma y arte de razonar, narrar y escribir. Y en esta cuestión aun los varones católicos del estado seglar tengan en cuenta que no sólo contribuyen a la utilidad de la doctrina profana, sino que son también beneméritos de la causa cristiana, si se entregan, como es razón, con toda constancia y empeño a la exploración e investigación de la antigüedad, y ayudan conforme a sus fuerzas a resolver las cuestiones de este género, hasta ahora menos claras y transparentes. Porque todo conocimiento humano, aun no sagrado, así como nativa dignidad y excelencia —por ser una cierta participación finita de la infinita ciencia de Dios— así recibe una nueva y más alta dignidad y como consagración, cuando se emplea para ilustrar con más clara lumbre las mismas cosas divinas.

§ 4 — MODO DE TRATAR LAS CUESTIONES MÁS DIFÍCILES

Dificultades felizmente resueltas con los estudios modernos Por la exploración tan adelantada, que arriba dijimos, de las antigüedades orientales, por la investigación más esmerada del mismo texto primitivo, y asimismo por el más amplio y diligente conocimiento ya de las lenguas bíblicas, ya de todas las que pertenecen al Oriente, con el auxilio de Dios felizmente ha acontecido, que no pocas de aquellas cuestiones, que en la época de Nuestro Predecesor de inmortal recordación León XIII suscitaron contra la autenticidad, antigüedad, integridad y fidelidad histórica de los Libros Sagrados los críticos ajenos a la Iglesia o también hostiles a ella, hoy se hayan eliminado y resuelto. Puesto que los exégetas católicos, valiéndose justamente de las mismas armas de ciencia, de que nuestros adversarios no raras veces abusaban, han presentado por una parte aquellas interpretaciones, que están en conformidad con la doctrina católica y la genuina sentencia heredada de nuestros mayores, y por otra parecen haberse al mismo tiempo capacitado para resolver las dificultades, que o las nuevas exploraciones y nuevos inventos

trajeran, o la antigüedad hubiere dejado a nuestra época para su resolución. De aquí ha resultado, que la confianza en la autoridad y verdad histórica de la Biblia, debilitada en algunos un tanto por tantas impugnaciones, hoy entre los católicos se haya restituído a su entereza; más aún, no faltan escritores no católicos, que, emprendiendo investigaciones con sobriedad y equidad, han llegado al punto de abandonar los prejuicios de los modernos y volver, a lo menos acá y allá, a las sentencias más antiguas. El cual cambio de situación se debe en gran parte a aquel trabajo infatigable, con que los expositores católicos de las Sagradas Letras, sin dejarse arredrar en modo alguno de las dificultades y obstáculos de todas clases, con todas sus fuerzas se empeñaron en usar debidamente de los medios que la investigación actual de los eruditos proporcionaba para resolver las nuevas cuestiones, ora en el campo de la arqueología, ora en el de la historia y filología.

**Dificultades todavía no resueltas
o insolubles**

Nadie, con todo eso, se admire, que no se hayan todavía resuelto y vencido todas las dificultades, sino que aun hoy haya graves problemas que preocupan no poco los ánimos de los exégetas católicos. Y

en este caso no hay que decaer de ánimo; ni se debe olvidar, que en las disciplinas humanas no acontece de otra manera que en la naturaleza: a saber, que los comienzos van creciendo poco a poco y que no pueden recogerse los frutos sino después de muchos trabajos. Así ha sucedido, que algunas disputas que en los tiempos anteriores se tenían sin solución y en suspenso, por fin en nuestra edad con el progreso de los estudios se han resuelto felizmente. Por lo cual tenemos esperanza que aun aquellas, que ahora parezcan sumamente enmarañadas y arduas, lleguen por fin con el constante esfuerzo a quedar patentes en plena luz. Y si la deseada solución se retarda por largo tiempo, y el éxito feliz no nos sonríe a nosotros, sino que acaso se relega a que lo alcancen los venideros, nadie por eso se incomode, siendo, como es, justo que también a nosotros nos toque lo que los Padres, y especialmente San Agustín⁽³³⁾, avisaron en su tiempo: a saber que Dios con todo intento sembró de dificultades los Sagrados Libros, que él mismo inspiró, para que no sólo nos excitáramos con más intensidad a revolverlos y escudriñarlos, sino tam-

(33) Cfr. S. Agust., Epíst. 149 ad Paulinum, n. 34 (PL. XXXIII, col. 644); De diversis quæstionibus, q. 53, n. 2 (ib. XL, col. 36); Enarr. in Ps. 146, n. 12 (ibid. XXXVII, col. 1.907).

bién, experimentando saludablemente los límites de nuestro ingenio, nos ejercitáramos en la debida humildad. No es, pues, nada de admirar, si de una u otra cuestión no se ha de tener jamás respuesta completamente satisfactoria, siendo así que a veces se trata de cosas oscuras y demasiado lejanamente remotas de nuestros tiempos y de nuestra experiencia, y pudiendo también la exégesis, como las demás disciplinas más graves, tener sus secretos, que, inaccesibles a nuestros entendimientos, no puedan descubrirse con ningún esfuerzo.

Se han de buscar Con todo, en tal
las soluciones positivas condición de cosas
el intérprete católico, movido por un amor eficaz y esforzado de su ciencia, y sinceramente devoto a la Santa Madre Iglesia, por nada debe cejar en su empeño de emprender una y otra vez las cuestiones difíciles no desenmarañadas todavía, no solamente para refutar lo que opongan los adversarios, sino para esforzarse en hallar una explicación sólida, que de una parte concuerde fielmente con la doctrina de la Iglesia, y nominalmente con lo por ella enseñado acerca de la inmunidad de todo error en la Sagrada Escritura, y de otra satisfaga también debidamente a las

conclusiones ciertas de las disciplinas profanas. Y por lo que hace a los conatos de estos estrenuos operarios de la viña del Señor, recuerden todos los demás hijos de la Iglesia, que no sólo se han de juzgar con equidad y justicia, sino también con suma caridad; los cuales, a la verdad, deben estar alejados de aquel espíritu poco prudente, con el que se juzga que todo lo nuevo, por lo mismo de serlo, debe ser impugnado, o tenerse por sospechoso. Porque tengan en primer término ante los ojos, que en las normas y leyes dadas por la Iglesia se trata de la doctrina de fe y costumbres; y que entre las muchas cosas que en los Sagrados Libros, legales, históricos, sapienciales y proféticos se proponen, son solamente pocas aquellas cuyo sentido haya sido declarado por la autoridad de la Iglesia, ni son muchas aquellas de las que haya unánime consentimiento de los Padres. Quedan, pues, muchas, y ellas muy graves, en cuyo examen y exposición se puede y debe libremente ejercitar la agudeza y el ingenio de los intérpretes católicos, a fin de que cada uno conforme a sus fuerzas contribuya a la utilidad de todos, al adelanto cada día mayor de la doctrina sagrada y a la defensa y honor de la Iglesia. Esta verdadera libertad de los hijos de Dios, que retenga fielmente la doc-

trina de la Iglesia, y como don de Dios reciba con gratitud y emplee todo cuanto aportare la ciencia profana, levantada y sustentada, eso sí, por el empeño de todos, es condición y fuente de todo fruto sincero y de todo sólido adelanto en la ciencia católica, como preclaramente lo amonesta nuestro Antecesor de feliz recordación León XIII, cuando dice: “Si no es con el consentimiento de los ánimos y colocados en firme los principios, no será posible esperar de los esfuerzos aislados de muchos grandes frutos en esta ciencia” (34).

§ 5 — USO DE LA SAGRADA ESCRITURA EN LA INSTRUCCIÓN DE LOS FIELES

Varias maneras de emplear la Sagrada Escritura en el ministerio sagrado

Quien considere aquellos enormes traba-

jos que la exégesis católica se ha echado sobre sí por casi dos mil años, para que la palabra de Dios concedida a los hombres por las Sagradas Letras se entienda cada día con más profundidad y perfección y sea más ardientemente amada, fácilmente se persuadirá que a los fieles de Cristo, y sobre todo a los sacerdotes, incumbe la grave obligación de servirse

(34) Carta apost. “Vigilantiæ”; Leonis XIII. Acta XII, pág. 237; Ench. Bibl. n. 136.

abundante y santamente de este tesoro, acumulado durante tantos siglos por los más excelsos ingenios. Porque los Sagrados Libros no se los dió Dios a los hombres para satisfacer su curiosidad o para suministrarles materia de estudio e investigación, sino, como lo advierte el Apóstol, para que estos divinos oráculos nos pudieran "instruir para la salud por la fe que es en Cristo Jesús" y "a fin de que el hombre de Dios fuese perfecto y estuviese apercebido para toda obra buena" (35).

Los sacerdotes, pues, a quienes está encomendado el cuidado de la eterna salvación de los fieles, después de haber indagado ellos con diligente estudio las sagradas páginas, y habérselas hecho suyas con la oración y meditación, expongan cuidadosamente estas soberanas riquezas de la divina palabra en sermones, homilías y exhortaciones; confirmen asimismo la doctrina cristiana con sentencias tomadas de los Sagrados Libros, ilústrenla con preclaros ejemplos de la historia sagrada, y nominalmente del Evangelio de Cristo nuestro Señor, y todo esto —evitando con cuidado y diligencia aquellas acomodaciones propias del capricho individual y sacadas de cosas muy ajenas al caso, lo cual no es uso, sino abuso de la divina palabra— expónganlo con

(35) Cfr. II Tim. III, 15, 17.

tanta elocuencia, con tanta distinción y claridad, que los fieles no sólo se muevan y se inflamen a poner en buen orden su vida, sino que conciban también en sus ánimos suma veneración a la Sagrada Escritura. Por lo demás esta veneración procúrenla aumentar más y más cada día los sagrados Prelados en los fieles encomendados a ellos, dando auge a todas aquellas empresas, con las que varones llenos de espíritu apostólico se esfuerzan loablemente en excitar y fomentar entre los católicos el conocimiento y amor de los Sagrados Libros. Favorezcan, pues, y presten su auxilio a todas aquellas pías asociaciones, que tengan por fin editar, y difundir entre los fieles ejemplares impresos de las Sagradas Escrituras, principalmente de los Evangelios, y procurar con todo empeño que en las familias cristianas se tenga ordenada y santamente cotidiana lectura de ellas; recomienden eficazmente la Sagrada Escritura, traducida en la actualidad a las lenguas vulgares con aprobación de la autoridad de la Iglesia, ya de palabra, ya con el uso práctico, cuando lo permiten las leyes de la liturgia; y o tengan ellos, o procuren que las tengan otros sagrados oradores de gran pericia, disertaciones o lecciones de asuntos bíblicos. Y por lo que atañe a las revistas, que periódicamente

se editan en varias partes del mundo con tanta loa y tanto fruto, ya para tratar y exponer cuestiones según la norma científica, ya para acomodar los frutos de estas investigaciones o al ministerio sagrado o a la utilidad de los fieles, todos los sagrados ministros les presten su ayuda según sus fuerzas, y divúlguenlos oportunamente entre los varios grupos y clases de su grey. Y los mismos sacerdotes en general estén persuadidos de que todas estas cosas y todas las demás por el estilo que el celo apostólico y el sincero amor de la divina palabra inventare, a propósito para este designio, han de serles un eficaz auxiliar en el cuidado de las almas.

Formación bíblica en los Seminarios Pero a nadie se le esconde que todo esto no pueden los sacerdotes llevarlo a cabo en regla, si primero ellos mismos, mientras permanecieron en los Seminarios, no bebieron este activo y perenne amor de la Sagrada Escritura. Por lo cual los sagrados Prelados, sobre quienes carga el paternal cuidado de sus Seminarios, vigilen con diligencia para que también en este punto nada se omita, que pueda ayudar a la consecución de este fin. Y los maestros de Sagrada Escritura de tal manera lleven a cabo en los Seminarios la enseñanza

bíblica, que armen a los jóvenes que han de formarse para el sacerdocio y para el ministerio de la divina palabra con aquel conocimiento de las divinas Letras y los imbuyan en aquel amor hacia ellas, sin los cuales no se pueden obtener abundantes frutos de apostolado. Por lo cual la exposición exegética atienda principalmente a la parte teológica, evitando las disputas inútiles y omitiendo aquellas cosas que nutren más la curiosidad que la verdadera doctrina y piedad sólida; propongan el sentido llamado literal y sobre todo el teológico con tanta solidez, explíquenlo con tal competencia e incúlquenlo con tal ardor, que en cierto modo sus alumnos experimenten lo que los discípulos de Jesucristo que iban a Emaús, los cuales, después de oídas las palabras del Maestro, exclamaron: “¿No es cierto que nuestro corazón se abrasaba dentro de nosotros, mientras nos descubría las Escrituras?”⁽³⁶⁾. De este modo las divinas Letras sean para los futuros sacerdotes de la Iglesia por un lado fuente pura y perenne de la vida espiritual de cada uno, y por otra alimento y fuerza del sagrado cargo de predicar que han de tomar a su cuenta. Y a la verdad, si esto llegaren a conseguir los profesores de esta gravísima asignatura en los

(36) Luc. XXIV, 32.

Seminarios, persuádanse con alegría, que han contribuído en sumo grado a la salud de las almas, al adelanto de la causa católica, al honor y gloria de Dios, y que han llevado a término una obra la más íntimamente unida con el ministerio apostólico.

Oportunidad de la palabra de Dios en este tiempo de guerra: consuelo para los atribulados, camino de justicia para todos

Estas cosas, que hemos dicho, Venerables Hermanos y

amados hijos, si bien en todas las épocas son necesarias, urgen sin duda mucho más en nuestros luctuosos tiempos, mientras los pueblos y las naciones casi todas se sumergen en un piélago de calamidades, mientras la gigantesca guerra acumula ruínas sobre ruinas y muertes sobre muertes, y mientras, excitados mutuamente los odios acerbísimos de los pueblos, vemos con sumo dolor que en no pocos se extingue no sólo el sentido de la cristiana benignidad y caridad, sino aun de la misma humanidad. Ahora bien: a estas mortíferas heridas del comercio humano ¿quién otro puede poner remedio, sino aquel, a quien el Príncipe de los Apóstoles, lleno de amor y de confianza, invoca con estas frases: "Señor ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida

eterna”⁽³⁷⁾. Es, pues, necesario reducir a todos y con todas las fuerzas a este misericordiosísimo Redentor nuestro; porque El es el divino consolador de todos los afligidos; El es quien a todos —sea que presidan con pública autoridad, sea que estén sujetos con el deber de obediencia y sumisión— enseña la probidad digna de este nombre, la justicia integral, y la caridad generosa; El es finalmente, y sólo El, quien puede ser firme fundamento y sostén de la paz y de la tranquilidad. “Porque nadie puede poner otro fundamento, fuera del puesto, que es Cristo Jesús”⁽³⁸⁾. Y a este Cristo, autor de la salud, tanto más plenamente le conocerán los hombres, tanto más intensamente le amarán, tanto más fielmente le imitarán, cuanto con más afición se sientan movidos al conocimiento y meditación de las Sagradas Letras, especialmente del Nuevo Testamento. Porque, como dijo el Estridonés: “El ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo”⁽³⁹⁾, y “si algo hay que en esta vida interese al hombre sabio, y le persuada a permanecer con igualdad de ánimo entre los aprietos y torbellinos del mundo, creo que más que nada es la meditación y

(37) Jo. VI, 69.

(38) Cor. III, 11.

(39) S. Jerónimo: in Isaiam, prologus; PL. XXIV, col. 17.

ciencia de las Escrituras" (40). > Porque de aquí sacarán los que se ven fatigados y oprimidos con adversidades y ruinas verdadero consuelo y divina virtud para padecer, para aguantar; aquí, en los Santos Evangelios, se presenta a todo Cristo, sumo y perfecto ejemplar de justicia, caridad y misericordia; y al género humano desgarrado y trepidante le están abiertas las fuentes de aquella divina gracia, postergada la cual y dejada a un lado, no podrán los pueblos ni los directores de los pueblos iniciar, ni establecer ninguna tranquilidad de situación ni concordia de los ánimos; allí finalmente aprenderán todos a Cristo, "que es cabeza de todo principado y potestad" (41) y "que fué hecho para nosotros por Dios sabiduría y justicia y santificación y redención" (42).

CONCLUSION

**Exhortación a los
cultivadores de los
estudios bíblicos**

Expuestas, pues, y recomendadas aquellas cosas que tocan a la adaptación de los estudios de las Sagradas Escrituras a las necesidades de hoy, resta ya,

40) Id., in Ephesios, prologus; PL. XXVI, col. 439.

(41) Col. II, 10.

(42) Col. II, 10.

Venerables Hermanos y amados hijos, que a todos y cada uno de aquellos cultivadores de la Biblia, que son devotos hijos de la Iglesia y obedecen fielmente a su doctrina y normas, no sólo les felicitamos con ánimo paternal por haber sido elegidos y llamados a cargo tan excelso, sino que también les demos nuevo aliento, para que continúen en cumplir con fuerzas cada día renovadas, con todo empeño, y con todo cuidado la obra felizmente comenzada. Excelso cargo, decimos: ¿qué hay, en efecto, más sublime que escudriñar, explicar, proponer a los fieles, defender contra los infieles la misma palabra de Dios, dada a los hombres por inspiración del Espíritu Santo? Se apacienta y nutre con este alimento espiritual el mismo espíritu del intérprete “para recuerdo de la fe, para consuelo de la esperanza, para exhortación de la caridad”⁽⁴³⁾. “Vivir entre estas ocupaciones, meditar estas cosas, no conocer, no buscar nada más, ¿no os parece que es un goce anticipado en la tierra del reino celeste?”⁽⁴⁴⁾. Apaciéntense también con este mismo manjar las almas de los fieles, para sacar de él conocimiento y amor de Dios y el propio aprovechamiento y felicidad de sus almas. Entré-

(43) Cfr. S. Agustín, contra Faustum. XIII, 18;

(44) San Jerónimo, Ep. 53, 10; PL. XXII, col. 549; CSEL. LIV, página 463.

guense, pues, de todo corazón a este negocio los expositores de la divina palabra. "Oren, para entender"⁽⁴⁵⁾; trabajen para penetrar cada día con más profundidad en los secretos de las Sagradas Páginas; enseñen y prediquen, para abrir también a otros los tesoros de la palabra de Dios. Lo que en los siglos pretéritos llevaron a cabo con gran fruto aquellos preclaros intérpretes de la Sagrada Escritura, emúlenlo también según sus fuerzas los intérpretes del día, de tal manera, que como en los pasados tiempos, así también al presente tenga la Iglesia eximios Doctores en exponer las Divinas Letras; y los fieles de Cristo, gracias al trabajo y esfuerzo de ellos, perciban toda la luz, fuerza persuasiva y alegría de las Sagradas Escrituras. Y en este empleo, arduo en verdad y grave, tengan también ellos "por consuelo los Santos Libros"⁽⁴⁶⁾ y acuérdense de la retribución que les espera: toda vez que aquellos "que hubieren sido sabios brillarán como la luz del firmamento; y los que enseñan a muchos la justicia, como estrellas por toda la eternidad"⁽⁴⁷⁾.

Entre tanto, mientras a todos los hijos de la Iglesia, y nominalmente a los profesores

(45) S. Agustín, De doctr. christ. III, 56; PL. XXXIV, col. 89.

(46) I Mach. XII, 9.

(47) Dan. XII, 3.

de la ciencia bíblica, al clero adolescente y a los sagrados oradores ardientemente les deseamos, que, meditando continuamente los oráculos de Dios, gusten cuán bueno y suave es el espíritu del Señor⁽⁴⁸⁾; a vosotros todos y a cada uno en particular, Venerables Hermanos y amados hijos, como prenda de los dones celestes y testimonio de Nuestra paterna benevolencia, os impartimos de todo corazón en el Señor la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, el día XXX del mes de Setiembre, en la festividad de San Jerónimo, Doctor Máximo en exponer las Sagradas Escrituras, el año MCMXLIII, quinto de Nuestro Pontificado.

PIO PP. XII.

(48) Cfr. Sap. XII, 1.

II

OTRAS NORMAS PONTIFICIAS PARA LA LECTURA Y ESTUDIO DE LA SAGRADA ESCRITURA

Como decíamos en la Introducción no pretendemos ofrecer una colección completa de las normas pontificias, sino solamente las relacionadas con los fines prácticos de este folleto. Nos limitamos, pues, a las más importantes de aquellas enseñanzas y sabias medidas que los Sumos Pontífices han promulgado para acercar la Biblia al pueblo y para promover los estudios bíblicos en general.

II

OTRAS NORMAS PONTIFICIAS PARA LA LECTURA Y ESTUDIO DE LA SAGRADA ESCRITURA

1. EXTRACTO DE LA ENCICLICA “PROVIDENTISSIMUS DEUS” DE LEON XIII

(18 de Nov. de 1893. Véase Revista Bíblica Nº 26)

El auxilio de la revelación sobrenatural. Dios providentísimo, que por un designio admirable de amor elevó en un principio al género humano a la participación de su divina naturaleza, y que después lo redimió de la mancha y desgracia común y lo restituyó a su primitiva dignidad, le confirió también el precioso auxilio de descubrirle, por modo sobrenatural, los tesoros escondidos de su divinidad, de su sabiduría y de su misericordia.

Esta “revelación sobrenatural” se encuentra, “según la fe de la Iglesia universal”, “en las tradiciones no escritas” y “en los libros

escritos", que se llaman sagrados y canónicos. Estos se llaman así porque "fueron escritos por inspiración del Espíritu Santo y por consiguiente, tienen a Dios por autor, y como tales fueron entregados a la Iglesia" (Conc. Vat. Sess. 3, cap. 2 de Revelatione).

Es pues muy grande la excelencia y dignidad de las Escrituras; están compuestas por Dios mismo, como autor. Contienen los más profundos misterios del mismo Dios, sus designios y sus obras. De aquí se deduce la excelencia y utilidad máxima de aquella parte de la Sagrada Teología, que se ocupa de defender e interpretar los divinos Libros.

Exhortación al estudio de la Biblia. Bien sabemos, Venerables Hermanos, que existen no pocos católicos, hombres inteligentes y sabios, que se dedican con entusiasmo a defender y propagar el conocimiento y la más amplia inteligencia de los Divinos Libros. Justipreciamos su trabajo y sus frutos. Exhortamos vehementemente a otros, de cuyo talento, doctrina y piedad mucho se puede esperar, a dedicarse también a esta santa ocupación. Deseamos, en efecto, ardientemente que un mayor número de fieles, emprendan como conviene y constantemente el estudio de las Divinas Letras. Y

principalmente, aquellos, a quienes la divina Gracia llamó a las órdenes sagradas. Pongan ellos cada día mayor diligencia en leerlas, meditarlas, y explicarlas, lo cual con toda justicia se les puede exigir.

Utilidad del estudio de la Biblia. El ejemplo de Jesús. La causa principal para recomendar tanto este estudio (además de su excelencia misma y de la obediencia debida a la palabra de Dios), consiste en la multiplicidad de utilidades, que nos aporta, según nos lo asegura el Espíritu Santo, fidelísimo en sus promesas: *“Toda Escritura inspirada por Dios, es también útil para enseñanza, para reprensión, para corrección, para el amaestramiento en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea cabal, apercebido para toda buena obra”* (2 Tim. 3, 16 s.). Con ese fin comunicó Dios las Escrituras a los hombres. El ejemplo de Cristo Nuestro Señor y de los Apóstoles nos lo muestra. En efecto, Jesús mismo, que “con sus milagros conquistó autoridad, y por su autoridad mereció fe, y por la fe se atrajo a la muchedumbre” (S. Agustín, De util. cred. 14, 32), acostumbraba apelar a las Sagradas Letras como testimonio de su misión divina. Porque por medio de ellas hace ver que El

es enviado de Dios y también Dios mismo; saca de ellas enseñanzas para instruir a sus discípulos y para confirmar su doctrina. Invoca los testimonios de la Biblia para defenderlos de la mala interpretación de los falsarios y para seguir con ellos contra la doctrina de los Fariseos y Saduceos; y los vuelve contra Satanás, cuando éste lo tentaba con desvergüenza; emplea las palabras de la Biblia hasta el último instante de su vida; y una vez resucitado, las explica a sus discípulos, hasta el momento mismo en que asciende a la gloria del Padre.

El ejemplo de los Apóstoles. En cuanto a los Apóstoles, Jesús les concedió la gracia de "que se obrasen milagros y portentos por las manos de ellos" (Act. 14, 3). Ello no obstante, los Apóstoles recordando aquellas palabras y ejemplos del Maestro, sacaron de los Divinos Libros gran eficacia para difundir ampliamente entre las naciones la sabiduría cristiana, vencer la obstinación de los judíos, sofocar las nacientes herejías. Esto se hace patente a quien examina sus discursos (especialmente los de S. Pedro). Están como tejidos con textos del Antiguo Testamento, usados como argumentos firmísimos en favor de la Nueva Ley. Lo mismo

consta abiertamente de los Evangelios de Mateo y Juan, y de las Epístolas Católicas. Y, asimismo, de una manera abundantísima, consta por el testimonio de aquel que “se gloriaba de haber estudiado en la escuela de la Ley de Moisés y los Profetas, para poder decir confiadamente, armado con las armas espirituales: *“las armas de nuestra milicia no son humanas; su poder viene de Dios”* (S. Hier. Epist. 53 ad 103 ad Paulinum 3 - Cf. Act. 22, 3; II Cor. 10, 4).

La Biblia hace conocer a Cristo y a su Iglesia. Que el ejemplo de Cristo Nuestro Señor y de los Apóstoles haga entender a todos, principalmente a los soldados nuevos de la milicia sagrada, cuánto han de estimar las Divinas Letras, con qué afición, con qué culto se han de acercar a este, llamémoslo así, arsenal de armas. En efecto, los que deben defender la verdad católica, sea entre los doctos, o entre los ignorantes, no encontrarán en ninguna parte enseñanzas tan amplias y tan copiosas acerca de Dios, sumo y perfectísimo bien, y acerca de sus obras que manifiestan su gloria y su amor. Y en cuanto al Salvador del género humano, nada existe sobre El tan fecundo y tan expresivo como los textos que uno encuentra en

toda la Biblia, y S. Jerónimo tuvo razón de afirmar "que ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo" (S. Hier. In. Is. Prol.).

La Biblia y la predicación. La Escritura tiene una virtud propia y singular, que le proviene del soplo divino del Espíritu Santo. Ella consiste en comunicar al orador sagrado autoridad, libertad apostólica y elocuencia robusta y vencedora. Quienquiera que hable, penetrado del espíritu y de la fuerza de la palabra divina, no habla "solamente en palabras, *sino también con poder, y con Espíritu Santo y con gran plenitud*" (Cf. I Thess. 1, 5). En cambio, hablan fuera de tono y neciamente, quienes al tratar asuntos religiosos y proclamar los divinos preceptos no proponen casi otra cosa que razones de ciencia y prudencia humanas, fiándose más de sus propios argumentos que de los divinos. Su discurso deslumbra con fuego fatuo; pero necesariamente es lánguido y frío porque carece del fuego de la palabra de Dios (Cf. Jer. 23, 29), y está muy lejos de aquella virtud propia de la palabra divina: "*Porque viva es la palabra de Dios, y eficaz y más penetrante que ninguna espada de dos filos, y que llega hasta la división del alma y del espíritu* (Hebr. 4, 12). Todo hombre sensato,

debe reconocerlo: hay en las Sagradas Letras una elocuencia admirablemente variada, admirablemente rica y digna de grandes cosas. Esto es lo que S. Agustín comprendió y demostró perfectamente (S. Aug. De doctr. christ. 4, 6, 7) y lo que la experiencia permite confirmar en los trabajos de los más ilustres oradores sagrados. Ellos agradecidos a Dios, han confesado deber su fama a la meditación piadosa y al asiduo trato de la Biblia.

Los Santos Padres y la Biblia. Conocedores a fondo de estas riquezas los SS. Padres haciendo de ellas un gran uso, no cesan en sus alabanzas a la Biblia y a sus frutos. En muchísimos lugares la llaman tesoro abundantísimo de las doctrinas celestiales, fuente perenne de salvación; prado fértil y huerto amenísimo, en el cual la grey del Señor, de un modo admirable, se alimenta y deleita. Citemos las palabras de S. Jerónimo al Clérigo Nepociano: "Lee con frecuencia las Divinas Escrituras; más aún, nunca se aparte de tus manos el Sagrado Libro. Aprende lo que has de enseñar... la palabra del sacerdote debe condimentarse con la lectura de las Escrituras". Lo mismo dice S. Gregorio Magno, el cual describe mejor que otro alguno las obligaciones de los pastores de la Iglesia.

"Es necesario, dice, que quienes se dedican al ministerio de la predicación, no se aparten del estudio de la Biblia" (S. Greg. Reg. Past. 2, 11 al 22; Moral. 18, 26 al 14).

Y aquí nos place recordar la admonición de S. Agustín: "Quien no se aplica a oír en su interior la Palabra de Dios, será hallado vacío en su predicación externa" (S. Agust. Sermo 179, 1). Y el mismo Gregorio recomienda a los predicadores "que antes de predicar a los demás, se prediquen a sí mismos; no sea que se abandonen por ocuparse de los otros" (S. Greg. M. Reg. Past. 3, 24 al 48). Pero esto ya lo advirtió antes el Apóstol, guiado del ejemplo y doctrina de Cristo, el "*cual comenzó obrando y enseñando*" (Cf. Act. 1, 1). Pues a todo el orden clerical, y no al solo Timoteo, dirigió aquel mandato: "*Atiende a ti y a la doctrina, insiste en ello; porque haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyen*" (I Tim. 4, 16). En las Sagradas Letras se hallan documentos de eximia utilidad para la salvación y perfección propia y ajena. Los Salmos celebran a menudo su excelencia. Pero si queremos aprovecharnos de ellos, notemos lo siguiente: No basta prestar atento oído a la palabra divina; es necesario también aplicarse a ella con pura y piadosa voluntad, porque los libros sagrados

no son un libro cualquiera; han sido dictados por el Espíritu Santo; encierran, por consiguiente, cosas de gravísima importancia y muchas veces recónditas y dificultosas, y para interpretarlos y exponerlos “tenemos” siempre “necesidad de la llegada” (S. Jerónimo, In Miq. 1, 10) del mismo Espíritu Santo, esto es, de su luz y de la gracia. Y éstas, como enseña en muchas ocasiones el Salmista, se han de recabar con humilde súplica y conservar con la santidad de la vida.

Leyes de la Iglesia, acerca de la predicación del Evangelio. Y en esto con toda razón se ha preocupado siempre la Iglesia y ha dictado sabias disposiciones para que no sea relegado al olvido aquel tesoro espiritual de la Sagrada Escritura, que el Espíritu Santo entregó a los hombres con tanta generosidad. No solamente ha impuesto a todos sus ministros la obligación de leerla en gran parte y de meditarla piadosamente en el rezo del Oficio cotidiano sino que ha decretado que las Escrituras sean enseñadas e interpretadas en las iglesias catedrales, en los monasterios y en los conventos de regulares que ofrecieran las mayores posibilidades; ha ordenado que, por lo menos los domingos y fiestas solemnes, se alimente

a los fieles con las palabras de salvación del Evangelio. A la prudencia y a la diligencia de la Iglesia se debe el cultivo, en todo tiempo vivo y fructífero, de los estudios de la Sagrada Escritura.

En los comienzos del cristianismo. En apoyo de nuestra argumentación y de nuestras exhortaciones nos place recordar que desde los comienzos del cristianismo todos los hombres connotados por la santidad de su vida y por el conocimiento de las verdades divinas, se dieron de lleno al estudio de las Sagradas Letras. Señalemos a los más inmediatos discípulos de los Apóstoles, entre los cuales hemos de recordar a: Clemente Romano, Ignacio Antioqueno y Policarpo, a los apologistas, especialmente a Justino e Ireneo, quienes en sus epístolas y libros defendiendo y propagando el conocimiento de los dogmas católicos, encontraron la fe, el vigor, la gracia y la piedad, que les prodigaron los santos Libros. Y fué así cómo en las escuelas catequísticas y teológicas, que surgieron en muchas Sedes Episcopales, siendo célebre entre ellas la Alejandrina y la Antioquena. Casi toda la instrucción que se daba en ellas consistía en la lectura, explicación y defensa de la divina Palabra escrita.

Elección de maestros. Sea, pues, nuestro primer cuidado que en los Seminarios y Academias eclesiásticas, se enseñe la Sagrada Escritura en la forma que lo exigen la importancia de la misma materia en sí misma, y las necesidades de nuestra época. Por lo cual nada debe preocuparnos tanto como la prudente selección de los maestros. Para tal cargo no se ha de tomar hombres cualesquiera; sino tales, a quienes el grande amor, diuturno manejo, y meditación de la Biblia y un conveniente caudal de doctrina, los haya hecho recomendables e idóneos para el oficio. Y hay que proveer con tiempo a los que después hayan de suceder a éstos. Convendrá por tanto, donde se pueda, elegir algunos alumnos de entre los mejores, para que una vez terminados laudablemente los estudios de teología, se dediquen enteramente a la Sagrada Biblia. Y déseles el tiempo conveniente para profundizar su estudio. Así elegidos y preparados los maestros, cumplan confiadamente su cometido. Y para que procedan en él de la mejor manera posible y produzcan los debidos frutos, pasamos a darles con detención algunas indicaciones.

La introducción bíblica. Atiendan cuidadosamente desde el principio a las inte-

ligencias de los alumnos, de modo que les formen un criterio apto para defender los Divinos Libros y comprender su doctrina. A esto se dirige el tratado de *introducción bíblica*, del cual el alumno ha de sacar el conocimiento necesario para defender la integridad y autoridad de la Biblia, para investigar y obtener su legítimo sentido, para prevenir y refutar de raíz las falacias de los adversarios. Es de suma importancia el haber discutido esto concienzuda y ordenadamente desde el principio con la ayuda de la teología, ya que todo el estudio subsiguiente de la Escritura se ha de apoyar en estos fundamentos y debe aclararse con esta luz.

La interpretación. Luego se ha de dedicar el maestro con el mayor empeño a la parte más fructuosa de esta ciencia, que es la interpretación. Y de tal modo que los alumnos hallen la manera de usar las riquezas de la divina palabra para provecho de la religión y la piedad. Comprendemos ciertamente que no es posible explicar con detención en la clase toda la Escritura, dada su amplitud y la premura del tiempo. Sin embargo, ya que es necesario enseñar el recto camino de interpretar útilmente, evite el maestro uno y otro extremo: el de aquellos que

pasan delibando rápidamente un libro tras otro; y el de los que insisten inmoderadamente en una sola parte de un mismo libro. En las clases ordinarias acontece no poderse obtener lo que en las Academias mayores, esto es: que se exponga tal o cual libro de manera continuada y abundante. Pero sí, se ha de conseguir a todo trance que algunas partes especialmente elegidas para la interpretación, sean tratadas de una manera convenientemente amplia. Así los discípulos introducidos y enseñados como con una muestra podrán por sí mismos penetrar gustosamente el sentido de lo restante, durante toda su vida.

Versiones y códigos primigenios. El profesor, ateniéndose a la costumbre de los mayores, explicará la versión vulgata; la cual mandó el Concilio Tridentino considerar "como auténtica en las públicas lecciones, disputas, predicaciones y exposiciones" (Sess. 4 decr. de edit. et usu Libr. Sacr.). La cual recomienda también el uso cotidiano de la Iglesia. Se han de tener en cuenta asimismo las demás versiones que manejó con aprecio la antigüedad cristiana, y principalmente los códigos primigenios. Pues aunque la Vulgata reproduce bien el sentido general

del hebreo y del griego; con todo, si en ella se ha introducido algo ambiguo o menos preciso será de provecho, como enseña Agustín, "una mirada a la lengua primitiva" (S. Agust. De Doctr. Christ. 3, 4). Ni hay para qué decir cuánto empeño se ha de poner en esto, siendo como es "el oficio del comentador exponer no lo que él quiera, sino lo que siente aquel, al cual interpreta" (S. Hier. Ep. 48 al 50 ad Pamm. 17).

Investigación del sentido. Después de haber terminado, donde fuere necesario, con toda diligencia la "lección" auténtica; se pasa entonces a investigar y proponer el sentido. Lo primero que se ha de recomendar es que se observen los principios de interpretar comúnmente aprobados, con especial empeño allí principalmente donde más urge el ataque de los adversarios. Por esto, al estudio interno de averiguar el significado de las mismas palabras, la consecución de las ideas, la semejanza de los lugares, y otras cosas semejantes; únase también la ilustración externa de notas de erudición. Pero téngase mucho cuidado de no dar a estas cuestiones externas y eruditas más importancia y tiempo que a los mismos Libros Divinos. Ni se cargue a los jóvenes con un fárrago

pesado de noticias, que más estorban que aprovechan.

El campo de los doctores privados. Con esta ley llena de sabiduría, la Iglesia de ningún modo retarda o coerce la investigación subsiguiente de la ciencia bíblica, sino más bien la libra del error, y la ayuda en gran manera a su verdadero progreso. Porque a cualquier doctor privado está patente un gran campo, en el cual se ejercite su propia industria de interpretar, y ciertamente con provecho de la Iglesia. A la verdad, en los lugares de la Divina Escritura, que aun carecen de exposición cierta y definida, puede suceder así, por suave disposición de la Divina Providencia, que con este estudio previo, madure el juicio de la Iglesia. Y en los lugares definidos, puede el doctor privado igualmente aprovechar: o explicándolos más ampliamente al común de los fieles, y a los doctos más ingeniosamente; o convenciendo más victoriosamente a los adversarios. En fin, gobiérnese el intérprete católico por esta norma inviolable: Cuando los autores sagrados, inspirados del Espíritu Santo (como acontece en muchos lugares del N. T.) o la Iglesia, asistida del mismo espíritu “por medio de definición solemne, o por medio de

su magisterio ordinario y universal" (Conc. Vat. Sess. 3 cap. 3 de fide), han declarado auténtico el sentido de alguna parte de la Escritura; se ha de mantener incólume su interpretación. Y demuestre con los instrumentos de su ciencia que cabe esa sola interpretación, según las leyes de la sana hermenéutica. En cuanto a las demás partes de la Escritura, se ha de seguir la analogía de la fe; y se ha de usar, como norma suprema, la doctrina católica, como se ha recibido de la Iglesia; porque siendo uno mismo el autor de los Sagrados Libros y de la doctrina depositada en la Iglesia, no puede suceder que se deduzca legítimamente de ellos un sentido que discrepe con la doctrina de ésta. Por lo tanto, se ha de rechazar como inepta y falsa una interpretación que ponga como en lucha entre sí a los autores inspirados, o que se oponga a la doctrina de la Iglesia.

El sentido obvio y literal. Pero no piense por ello que le está cerrado el camino para proseguir más allá inquiriendo y exponiendo, cuando hubiere justa causa; con tal que se siga religiosamente aquel sabio aviso de Agustín, esto es: que no se aparte en lo más mínimo del sentido obvio y literal, a no ser que alguna razón prohíba mantenerlo, o la ne-

cesidad obligue a dejarlo (S. Agust. De Gen. ad litt. 8, 7, 15). Y este aviso se ha de retener tanto más firmemente, cuanto más amenaza el peligro de errar, en medio de tanto deseo de novedades y licencia de opiniones. No descuide tampoco las interpretaciones alegóricas de los Padres, principalmente cuando dimanen del sentido literal y se apoyen en la autoridad de muchos. Porque tal modo de interpretar lo ha recibido la Iglesia, de los Padres; y ella misma lo ha aprobado con su ejemplo, como se ve en la liturgia. No que los Padres hayan pretendido con él demostrar los dogmas, sino que lo han reconocido de provecho, como alimento de la virtud y la piedad.

Exhortación a los clérigos. Será muy conducente para conseguirlo, el que haya muchos bien preparados del grupo clerical, que también en esto luchen por la fe y rechacen los ataques de los enemigos, revestidos principalmente *de la armadura de Dios*, que aconseja el Apóstol (Ef. 6, 13-18), y que no desconozcan las nuevas armas y modo de pelear de los enemigos. Lo cual menciona hermosamente el Crisóstomo entre los oficios sacerdotales: “Debemos tener un empeño inmenso que *la palabra de Cristo habite en nosotros abundantemente* (Col. 3, 16); porque no he-

mos de estar preparados para una sola clase de lucha; sino que la guerra es múltiple, y los enemigos son variados; y no usan todos las mismas armas, ni se preparan a atacarnos de una sola manera. Por lo cual es necesario que quien ha de entrar en la lucha con todos, conozca las maquinaciones y táctica de todos; que sea a la vez sagitario y hondero y conductor, jefe y soldado, de infantería y caballería, marino y agresor de muros: Porque si no conoce todos los modos de luchar, sabrá el diablo, por la parte que haya sido descuidada, meter sus asaltantes que dispersarán las ovejas" (S. Juan Crisóstomo. De Sacerd. 4, 4).

Subsidios pecuniarios. Aquí es grato recordar lo que han hecho algunos católicos: han fundado sociedades, y por medio de ellas, proporcionan dinero en abundancia para poner a los doctos en posibilidad de entregarse a estos estudios, teniendo a su disposición toda clase de medios. Es realmente un modo óptimo de emplear el dinero, y oportunísimo en estos tiempos. Porque a medida que desaparece para los católicos en sus estudios la esperanza del apoyo oficial, tanto más conviene que aumente la pronta y abundante generosidad de las personas privadas. De modo que los que han recibido riquezas de

parte de Dios, las empleen para defender el tesoro de la doctrina revelada.

Exhortaciones. Pongan en práctica nuestros consejos y mandatos, los que se dedican a esos estudios auxiliares. En el escribir y enseñar empleen sus conocimientos para rebatir a los enemigos de la verdad y para defender la fe de los jóvenes. Así podrán alegrarse de haber prestado un servicio a las Sagradas Letras, y de haber ayudado a la causa católica, de la manera que la Iglesia tiene derecho a esperar de la piedad y ciencia de sus hijos.

Esto es, Venerables Hermanos, lo que Dios nos ha movido a decir y mandar en esta oportunidad, acerca de los estudios de la Sagrada Escritura. Ahora toca a vosotros hacerlo guardar y observar religiosamente. De este modo se hará más patente nuestro agradecimiento a Dios por el beneficio de habernos comunicado la palabra de su divina Sabiduría. Se seguirán grandes utilidades; y se producirá el bien que deseamos para la formación de los jóvenes clérigos, por los que estamos tan solícitos, los cuales son la esperanza de la Iglesia. Con vuestra autoridad y exhortaciones procurad que el estudio de la Biblia sea apreciado como es justo, y florezca

en los Seminarios y Academias, de vuestra jurisdicción. Integramente y esplendorosamente florezca, según los sanos principios y ejemplos de los SS. Padres y la tradición de los tiempos, de modo que sirva para defensa los mayores. Y se acreciente con el correr de y gloria de la verdad católica, la cual ha sido dada por Dios para la salud eterna de los pueblos.

Finalmente, exhortamos con amor paterno a todos los alumnos y ministros de la Iglesia que recurran a las Sagradas Letras siempre con sumo afecto de reverencia y de piedad. Porque nadie podrá alcanzar como es necesario, de un modo saludable, su inteligencia, si no ha depuesto la arrogancia de la ciencia *terrena*, y ha excitado santamente en sí mismo el deseo de la sabiduría *que viene de lo alto* (Jac. 3, 15-17). Una vez que la mente se ha llenado de esta ciencia de la divina palabra, podrá con suma facilidad conocer y evitar lo que haya de fraude en la ciencia humana, percibirá también sus frutos legítimos, y los referirá a las cosas eternas. Con ella principalmente enardecido el ánimo, tenderá con nueva fuerza a los premios de la virtud y del amor divino: *Felices los que investigan sus palabras, y lo buscan de todo corazón* (Ps. 118, 2).

2. PARTE PRACTICA DE LA ENCICLICA “SPIRITUS PARACLITUS” DE BENEDICTO XV

(15 de Septiembre de 1920)

Hay que amar las Sagradas Escrituras. Al tomar al gran Doctor (S. Jerónimo) como guía y maestro, no sólo se conseguirán las ventajas que Nos hemos ya señalado, sino muchas más todavía y de mucha consideración. Nos tenemos empeño, Venerables Hermanos, en recordarlas en breves palabras.

Señalaremos primero, puesto que se presenta ante todo a Nuestro espíritu, ese amor apasionado de la Biblia de que dan testimonio en San Jerónimo todos los rasgos de su vida y sus palabras del todo impregnadas del Espíritu de Dios, amor que se esforzó en encender cada día más, en las almas de los fieles: “*Ama la Sagrada Escritura, parece decirles a todos al dirigirse a la virgen Demetria, y la Sabiduría te amará; aficiónate a ella y ella te guardará; hónrala y recibirás sus caricias. Que ella sea para ti como tus collares y tus aros*” (Ep. 130, 20).

La lectura asidua de la Escritura, el estudio profundizado y muy atento de cada libro, más aún de cada proposición y de cada palabra, le permitieron familiarizarse con el sagrado texto más que ningún otro escritor de la antigüedad eclesiástica. Si según el parecer de todos los críticos imparciales, la versión de la Vulgata elaborada por nuestro Doctor deja muy atrás a las demás versiones antiguas, porque se estima que reproduce el original con mayor exactitud y elegancia, esto se debe a aquel conocimiento de la Biblia unido a un espíritu muy agudo. Esta Vulgata, que una decisión del Concilio Tridentino manda considerar como auténtica y seguir en la enseñanza y la liturgia, "como estando consagrada por el largo uso que ha hecho de ella la Iglesia durante tantos siglos", es nuestro vivo deseo siempre que la gran bondad de Dios nos dé vida, verla corregida y devuelta a su pureza primitiva, al tenor del texto auténtico de los manuscritos, labor ardua y de largo aliento, felizmente confiada a los Benedictinos por Nuestro Predecesor Pío X, de feliz memoria, y que suministrará, Nos estamos completamente seguros, nuevos recursos para la inteligencia de las Escrituras.

Ese amor de San Jerónimo por la Escritura se revela muy particularmente en sus cartas,

a tal punto que éstas semejan un tejido de citas de la Sagrada Escritura. Así como San Bernardo encontraba insípida la página que no contuviera el dulcísimo nombre de Jesús, nuestro Doctor no saboreaba ningún escrito donde no resplandeciesen luces de las Escrituras. Así podía escribir con toda sencillez, en una carta a San Paulino, en otro tiempo brillante senador y cónsul, recientemente convertido a la fe de Cristo: *“Si tuvieseis ese fundamento (me refiero a la ciencia de las Escrituras) vuestros trabajos, lejos de perder, ganarían un cierto perfeccionamiento y no cederían el paso a ningún otro por la elegancia, por la ciencia y por la pureza de la forma... Unid a esa docta elocuencia el gusto o inteligencia de las Escrituras y os veré muy pronto colocado en el primer lugar de nuestros escritores (Ep. 58, 9, 2, 11, 2).*

Cómo descubrir los tesoros de la Escritura. Pero ¿qué vía y qué métodos seguir para buscar, con la agradable esperanza de descubrirlo, ese precioso tesoro que el Padre Celestial ha dado a sus hijos como consolución en su destierro? San Jerónimo nos lo indica él mismo con su ejemplo. El nos pide, ante todo, que aportemos al estudio de la Escritura una cuidadosa preparación y un cora-

zón bien dispuesto. Veámoslo a él mismo, después de su bautismo: para apartar los obstáculos exteriores, que podían contrariar su piadoso designio, imitando al personaje del Evangelio que, "*en su dicha*" de haber encontrado un tesoro, "*va, vende todo cuanto tiene y compra aquel campo*" (Matth. 13, 44), se despide de los placeres efímeros y frívolos de este mundo, se apasiona por la soledad y abraza una vida austera, con tanto más ardor, cuanto más cuenta se dió del peligro que había corrido hasta entonces su salvación en medio de las seducciones del vicio.

Debía, además, después de haber apartado esos obstáculos, disponer su espíritu para adquirir la ciencia de Jesucristo y revestirse de Aquel que es "*manso y humilde de corazón*". Había experimentado en efecto las mismas repugnancias que Agustín confesaba haber él mismo probado, cuando emprendía el estudio de las Sagradas Letras. Después de haberse sumergido durante su juventud en la lectura de Cicerón y demás autores profanos, Agustín quiso llevar su espíritu hacia la Sagrada Escritura: "*Me pareció, escribe, indigna de ser comparada a las bellezas ciceronianas. Mi énfasis tenía horror a su simplicidad y mi inteligencia no penetraba su médula: se la penetra tanto mejor cuanto más pequeño uno se*

hace, pero yo sentía repugnancia en hacerme pequeñuelo, y la hinchazón de mi suficiencia me agigantaba a mis propios ojos” (S. Aug. Conf. 3, 5; Cf. 8, 12). Como Agustín, Jerónimo gustaba a tal punto de la literatura profana, hasta en el fondo de su soledad, que la pobreza de estilo de las Escrituras le impedía aún reconocer en ellas a Cristo en su humildad. “*Así, dice, llevaba mi locura, hasta privarme de comer, por leer a Cicerón. Después de haber pasado muchas noches sin dormir y después de haber derramado lágrimas, que hacía brotar de mi corazón el recuerdo de mis faltas pasadas, tomaba a Plauto entre mis manos. Si llegaba a suceder que por una mudanza de ánimo emprendiese la lectura de los profetas, su estilo exótico me sublevaba y cuando mis ojos enceguecidos permanecían cerrados a la luz, acusaba yo, no a mis ojos, sino al sol”* (Ep. 22, 30, 2). Muy pronto, sin embargo, tanto se enamoró de la locura de la cruz, que ha quedado como prueba viviente de las facilidades que ofrece un espíritu humilde y piadoso para la inteligencia de la Biblia.

Consciente como lo estaba de que “*en la explicación de las Sagradas Escrituras, tenemos siempre necesidad del auxilio del Espíritu Santo”* (In Mich. 1, 10, 15) y que para

la lectura y la interpretación de los Santos Libros hay que atenerse al sentido que el Espíritu Santo se proponía al tiempo de escribirse (In Gal. 5, 19), Jerónimo invoca con sus súplicas, fortalecidas por las oraciones de sus amigos, el socorro de Dios y las luces del Espíritu Santo. Se cuenta también que al comenzar sus Comentarios de los Libros Santos se encomendaba a la gracia de Dios y a las oraciones de sus hermanos, a quienes atribuía el buen éxito, cuando los había terminado.

Hay que invocar al Espíritu Santo. Así como para con la gracia divina, se entrega del todo a la autoridad de la tradición, y tanto que puede afirmar haber aprendido *"todo lo que sabe, no por sí mismo, es decir, en la escuela de aquel tristísimo maestro que es el orgullo, sino junto a los ilustres doctores de la Iglesia"* (Ep. 108, 26, 2). En efecto, declara que jamás confió en sus propias fuerzas en materia de Sagradas Escrituras. (Ad Domnionem et Rogatianum in I Par. Præf.) y he aquí cómo, en una carta a Teófilo de Alejandría, formulaba la ley según la cual había ordenado su vida, y sus santos trabajos: *"Sabe, con todo, le dice, que nada hay que más nos importe que salvaguardar los*

derechos del cristianismo, no cambiar nada al lenguaje de los Padres y no perder jamás de vista esta fe romana, cuyo elogio hizo el Apóstol” (Ep. 63, 2).

Autoridad Suprema de la Cátedra de Pedro. Con toda su alma se entrega y somete Jerónimo a la Iglesia, maestra soberana en la persona de los Romanos Pontífices. Y así desde el desierto de Siria, donde es el blanco de los ataques de las facciones heréticas, queriendo poner en mano de la Sede apostólica la solución de la controversia de los Orientales sobre el misterio de la Santísima Trinidad, escribe al Papa Dámaso: *“Me ha parecido conveniente consultar a la Cátedra de Pedro, así como a la fe glorificada por el Apóstol, pidiendo hoy el alimento de mi alma allí mismo donde, en otro tiempo, recibí la librea de Cristo. No queriendo otro guía que Cristo, me mantengo en estrecha comunión con Vuestra Beatitud, es decir con la Cátedra de Pedro. Yo sé que sobre esta piedra está edificada la Iglesia. Dad Vuestra sentencia os lo suplico: Si así lo decidís, yo no titubearé en admitir hasta tres hipóstasis; si lo ordenáis, aceptaré que una fe nueva reemplace la de Nicea y que nosotros, los ortodoxos, nos sirvamos de las mismas fórmulas que los*

arrianos" (Ep. 15, 1, 2, 4). Por último, en carta siguiente, renueva esta notable confesión de su fe. *"Entretanto grito a quien quiera oírme: estoy unido a quienquiera que lo esté a la Cátedra de Pedro"* (Ep. 16, 2, 2). Perseverantemente fiel, en el estudio de la Escritura, a esta regla de fe, invoca este único argumento para refutar una falsa interpretación del texto sagrado: *"Pero es que la Iglesia de Dios, no admite esta opinión"* (In. Dan. 3, 37); y ved aquí las únicas palabras, por las cuales rechaza un libro apócrifo, que había invocado contra él el hereje Vigilancio: *"Ese libro, no lo he leído jamás. ¿Qué necesidad tenemos de recurrir a aquello que la Iglesia no reconoce?"* (Adv. Vigil. 6).

Un celo tan ardiente para salvaguardar la integridad de la fe lo envolvía en polémicas muy vehementes contra los hijos rebeldes de la Iglesia, que consideraba como sus enemigos personales: *"Me bastará contestar que jamás he dado tregua a los herejes y que he puesto todo mi celo en hacer de los enemigos de la Iglesia mis enemigos personales"* (Dial. c. Pelag. Prol. 2). Y en una carta a Rufino escribe: *"Hay un punto, sobre el cual, no podré estar de acuerdo contigo: transigir con los herejes, no mostrarme católico"* (Contra Ruf. 3, 43). Sin embargo, contristado por

la defección de éstos, les suplicaba que volvieresen al regazo de su afligida Madre, única fuente de salvación (In. Mich. 1, 10), y en favor de aquellos “*que habían salido de la Iglesia abandonando la doctrina del Espíritu Santo, para seguir su propio parecer*”, pedía para ellos la gracia de su vuelta a Dios con todo el fervor de su alma (In Is. I, 6, c. 16, 1-15).

¡Venerables Hermanos! Si fué siempre necesario que todos los clérigos y que todos los fieles se impregnasen del espíritu del gran Doctor, nunca ha sido más necesario que en nuestra época, en que numerosos espíritus se levantan con orgullosa terquedad contra la soberana autoridad de la revelación divina y del magisterio de la Iglesia. Sabéis en efecto, y León XIII ya nos lo advertía, “*qué hombres son los que se encarnizan en esta lucha, y a qué artificios y a qué armas recurren*”. Un deber urgente os impone suscitar para esta sagrada causa defensores los más numerosos y más competentes que sea posible conseguir, a quienes les será necesario combatir, no sólo contra los que negando todo orden sobrenatural, no reconocen ni revelación ni inspiración divina, sino también medirse con aquellos que sedientos de novedades profanas, osan interpretar las Sagradas Es-

crituras, como un libro puramente humano, rechazan las opiniones recibidas de la Iglesia desde la más remota antigüedad, o llevan el desprecio de su magisterio hasta desdeñar, sepultar en el silencio, acomodar a su propio sentir, desnaturalizándolos, ya sea con hipocresía, ya sea con cinismo, las Constituciones de la Sede Apostólica y los decretos de la Comisión pontifical para los estudios bíblicos. ¡Ojalá pudiésemos ver a todos los católicos seguir la regla de oro del Santo Doctor, y que dóciles a las órdenes de su Madre, tengan la modestia de no sobrepasar los límites tradicionales fijados por los Padres y aprobados por la Iglesia! Pero volvamos a nuestro asunto.

Lectura cotidiana de la Biblia. Una vez armados los espíritus de piedad y de humildad, Jerónimo los convida al estudio de la Biblia. Y antes que nada, recomienda incansablemente a todos la lectura cotidiana de la palabra divina. *"Libremos nuestro cuerpo del pecado y se abrirá nuestra alma a la sabiduría; cultivemos nuestra inteligencia mediante la lectura de los Libros Santos: que nuestra alma encuentre allí su alimento de cada día"* (In Tit. 3, 9).

No se excluyen las mujeres de la lectura de la Biblia. En su comentario de la Epístola a los Efesios, escribe: *“Debemos, pues, con el mayor ardor leer las Escrituras y meditar día y noche la Ley del Señor; así podremos distinguir, como ejercitados cambistas, las monedas buenas de las falsas”* (In Eph. 4, 31). No excluye por lo demás de esta obligación común ni siquiera las mujeres, casadas o solteras. A la matrona romana Leta le da sobre la educación de su hija, entre otros consejos el siguiente: *“Cercioraos de que estudie cada día algún pasaje de las Escrituras... que en vez de las alhajas y sederías se aficione a los Libros Divinos... Tendrá que aprender antes el Salterio, distraerse con sus cantos, y extraer de los Proverbios de Salomón una regla de vida. El Eclesiastés le enseñará a hollar los bienes del mundo; Job le brindará un modelo de fortaleza y de paciencia. Pasará en seguida a los Evangelios, que deberá tener siempre entre las manos. Asimilará ávidamente los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas. Después de haber recogido esos tesoros en el místico cofre de su alma, estudiará a los profetas, el Heptateuco, los libros de los Reyes y de los Paralipómenos, para terminar comprendiendo el Cantar de los Cantares”* (Ep. 107, 9,

12). Da las mismas directivas a la virginal Eustoquia: "*Sé muy asidua en la lectura y estudia lo más posible. Que el sueño te encuentre con el libro en la mano, y que sobre la página sagrada caiga tu cabeza agobiada por el cansancio*" (Ep. 22, 17; Cf. ibid. 29, 2).

En el elogio fúnebre que envió a Eustoquia, de su madre Paula, alababa también a esta gran santa por haber llevado con su hija tan adelante el estudio de las Escrituras, que las conocía a fondo y las sabía de memoria. Añadía además: "*Destacaré este detalle, que parecerá tal vez increíble en una doncella: quiso aprender el hebreo, que yo mismo estudiaba en parte desde mi juventud al precio de hartas fatigas y sudores, y que continuó aún profundizando con incesante labor para no olvidarlo; llegó a poseerlo tan bien que cantaba los salmos en hebreo y hablaba dicha lengua, sin ningún acento latino. Este hecho se reproduce hoy en su santa hija Eustoquia*" (Ep. 108, 26). Y se cuida de no olvidar tampoco a Santa Marcela, muy versada igualmente en la ciencia de las Escrituras (Ep. 127, 7).

El encanto del Divino Libro. ¿Quién no ve las ventajas y goces que reserva a los espí-

ritus bien dispuestos la lectura piadosa de los Libros Santos?

Apenas toméis contacto con la Biblia, animados de sentimientos de piedad, de fe sólida, de humildad y por el deseo de perfeccionaros, encontraréis y podréis gustar el pan bajado del cielo, y en vosotros se verificará la palabra de David: *“Los secretos y los misterios de tu sabiduría, me los has revelado”* (Ps. 50, 8); en esta mesa de la divina palabra se halla en efecto verdaderamente *“la doctrina santa que enseña la verdadera fe”*, levanta el velo (del santuario) y conduce con seguridad hasta el Santo de los Santos” (Imit. Chr. 4, 11, 4).

En cuanto a Nos, Venerables Hermanos, a ejemplo de San Jerónimo, jamás cesaremos de exhortar a todos los cristianos a que hagan su lectura cotidiana de la Biblia, principalmente en los Santísimos Evangelios de Nuestro Señor, así como en los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas, esforzándose en hacerlos savia de su espíritu y sangre de sus venas.

Un sitio para el Evangelio en cada hogar. Con ocasión de este centenario, se presenta también a Nuestro pensamiento, el grato recuerdo de la Sociedad de San Jeró-

nimo, recuerdo tanto más querido cuanto que Nos mismos hemos tomado parte en los primeros pasos y en la organización definitiva de esta obra; felices de haber podido comprobar sus pasados progresos, nos complacemos en augurarlos aún mayores para lo porvenir. Vosotros conocéis, Venerables Hermanos, el objeto de esta Sociedad: extender la difusión de los cuatro Evangelios y de los Hechos de los Apóstoles, de manera que esos Libros tengan en lo sucesivo un sitio en toda familia cristiana y que cada uno tome por costumbre leerlos y meditarlos cada día.

Esta obra que Nos amamos mucho por haber verificado su utilidad, deseamos vivamente verla propagarse y desarrollarse por todas partes mediante la constitución, en cada una de nuestras diócesis, de Sociedades del mismo nombre y del mismo propósito, unidas al centro de Roma.

Hay que multiplicar las ediciones. En igual orden de ideas, los más preciosos servicios se prestan a la causa católica por aquellos que, en diversos países, han puesto y ponen aún lo mejor de su celo, en editar, en formato cómodo y atrayente, y difundir todos los Libros del Nuevo Testamento y los que han podido del Antiguo Testamento. Este

apostolado ha sido por cierto singularmente fecundo para la Iglesia de Dios, puesto que así, un gran número de almas se acercan desde entonces a *“esta mesa de la doctrina celestial que Nuestro Señor ha hecho poner para el universo cristiano, por medio de sus profetas, apóstoles y doctores”* (Imit. Ch. IV, 11, 4).

La ciencia bíblica es indispensable al sacerdote. Pero ese deber, que Jerónimo inculca a todos los fieles, de estudiar el texto sagrado, lo impone muy particularmente a aquellos que *“han tomado sobre sí el yugo de Cristo”* y cuya vocación celestial es predicar la palabra de Dios.

He aquí la exhortación que, en la persona del monje Rusticus, dirige a todos los clérigos: *“Mientras estés en tu patria, haz de tu celda un paraíso, come los frutos variados de las Escrituras; pon tus delicias en estos Santos Libros y goza de su intimidad... Ten siempre la Biblia en tus manos y bajo tus ojos; aprende palabra por palabra del Salterio, que tu oración sea incesante, tu corazón vigile constantemente y permanezca cerrado a los pensamientos vanos”* (Ep. 125, 7, 3; 11, 1).

Al sacerdote Nepociano le da esta norma: *"Relee con frecuencia las divinas Escrituras, más aún, que el Santo Libro no se aparte jamás de tus manos. Aprende allí lo que luego has de enseñar. Permanece firmemente adherido a la doctrina tradicional que te ha sido enseñada, a fin de estar en condiciones de exhortar según la santa doctrina y de refutar a aquellos que la contradicen"* (Ep. 52, 7, 1).

Después de haber recordado a San Paulino los preceptos dados por San Pablo a sus discípulos Timoteo y Tito sobre la ciencia de las Escrituras, agrega: *"La santidad sin la ciencia de las Escrituras no aprovecha a nadie porque, si bien podría edificar a la Iglesia de Cristo por el espectáculo de una vida virtuosa, la perjudica en realidad, porque no es capaz de rechazar el ataque de sus contradictores"*.

El Profeta Malaquías, o mejor dicho, el mismo Señor decía por boca de Malaquías: *"Ve a consultar a los sacerdotes sobre la Ley"*. Es, pues, deber del sacerdote informar sobre la Ley, a los que le interrogan. Leemos además en el Deuteronomio: *"Pregúntaselo a tu padre y él te lo indicará; a tus sacerdotes, y ellos te lo dirán"*. Al final de su santísima visión dice Daniel que los justos brillan como las estrellas, y que los inteligentes, es decir,

los justos que poseen las Escrituras, como el firmamento. “*¿Ves tú qué distancia separa la santidad sin la ciencia, de la ciencia unida a la santidad? La primera nos hace semejantes a las estrellas, y la segunda al mismo cielo*” (Ep. 53, 3).

En otra ocasión, en una carta a Marcela, trata irónicamente de “la virtud sin ciencia” de algunos clérigos: Esta ignorancia, según ellos, les sirve de santidad, y se declaran discípulos de los pescadores del lago, como si la santidad de éstos hubiese consistido en no saber nada” (Ep. 27, 1, 2).

Pero no son únicamente éstos los ignorantes, observa San Jerónimo, los que cometen la falta de no conocer las Escrituras, sino que es también el caso de algunos clérigos instruídos; y emplea el Santo los términos más severos para urgir a los sacerdotes al contacto asiduo con los Libros Santos. Debéis tratar con gran celo, Venerables Hermanos, de grabar cada vez más profundamente las enseñanzas del santo exégeta, en el espíritu de vuestros clérigos y de vuestros sacerdotes. Uno de vuestros primeros deberes, ¿no es acaso llamarles cuidadosamente la atención sobre lo que exige de ellos la misión divina, que se les ha confiado, si no quieren mostrarse indignos de ella? “*Porque los labios*

del sacerdote serán los guardianes de la ciencia y es a su boca a quien se pedirá la enseñanza, porque es el ángel del Señor de los ejércitos" (Mal. 2, 7). Que sepan, pues, que no deben descuidar el estudio de las Escrituras, ni entregarse a él con un espíritu distinto de aquel que León XIII expresamente impuso en su carta encíclica *Providentissimus Deus*.

El Instituto Bíblico Pontificio. Obtendrán ciertamente los más hermosos resultados si frecuentan el Instituto Bíblico que fundó nuestro antecesor inmediato, en cumplimiento del voto de León XIII, para el mayor bien de la Iglesia, como lo prueba elocuentemente la experiencia de los diez últimos años. La mayor parte no tienen la posibilidad de hacerlo, por lo cual es de desear, Venerables Hermanos, que a instigación vuestra y bajo vuestros auspicios, vengan a Roma miembros escogidos de uno y de otro clero del mundo entero para entregarse a los estudios bíblicos en Nuestro Instituto. Los estudiantes que correspondan a este llamamiento tendrán muchos motivos para seguir las lecciones de este alto establecimiento. Unos (y ved aquí el fin principal del Instituto) profundizarán las ciencias bíblicas con el objeto "*de ponerse*

en condiciones de enseñarlas a su vez, en particular o en público, por la pluma o por la palabra, y defender el honor de dichas ciencias, ya sea como profesores, en las escuelas católicas, ya sea como escritores, campeones de la verdad católica" (Pius X, in Lit. Ap. Vineá Electa 7 maii 1909); otros, ya consagrados al sagrado ministerio, podrán acrecentar los conocimientos que adquirieron durante sus estudios teológicos en cuanto se refiere a Sagrada Escritura, autoridades exegéticas, cronología y topografía bíblicas. Este complemento de sus estudios tendrá la principal ventaja de hacer de ellos ministros perfectos de la palabra divina y prepararlos para todas las formas del bien (Conf. II Tim. 3, 17).

Venerables Hermanos, el ejemplo y las autorizadas declaraciones de San Jerónimo nos han indicado las virtudes necesarias para leer y estudiar la Biblia. Oigámoslo ahora decir hacia dónde debe tender el conocimiento de las Sagradas Letras y cuál debe ser el objetivo de este estudio.

La Biblia es ante todo alimento de la vida espiritual. Lo que se ha de buscar ante todo en la Escritura es el alimento que sustentará nuestra vida espiritual, y la hará ade-

lantar en la vía de la perfección. Con ese fin San Jerónimo se acostumbró a meditar día y noche la Ley del Señor, y a alimentarse en las Sagradas Escrituras del pan descendido del cielo y del maná celestial que encierra en sí todas las delicias (Tract. de Ps. 147). ¿Cómo podría nuestra alma prescindir de ese alimento? ¿Y cómo es posible que el sacerdote señale a los demás el camino de la salvación si él mismo descuida de instruirse por la meditación de la Escritura? ¿Y con qué derecho podría jactarse de ser en el ministerio sagrado *"el guía de los ciegos, la luz de aquellos que andan en tinieblas, el doctor de los ignorantes, el maestro de los niños que halla en la Ley la regla de la ciencia y de la verdad"* (Rom. 2, 19) *si se niega a escudriñar esta ciencia de la Ley y cierra la entrada de su alma a la luz de lo alto?* ¡Ah! cuántos ministros sagrados, por haber descuidado la lectura de la Biblia, perecen ellos mismos de hambre y dejan perecer un grandísimo número de almas, según lo que está escrito: *"los niños pedían pan y no había quien se lo diera"* (Lam. 4, 4); y *"Está desolada horrorosamente toda la tierra, porque no hay quien medite en su corazón"* (Jer. 12).

En segundo lugar, es menester, según las necesidades, extraer de las Escrituras los ar-

gumentos que han de iluminar, confirmar y defender los dogmas de la fe. Es lo que hizo maravillosamente San Jerónimo en sus combates contra los herejes de su tiempo. ¡Qué armas más afiladas y sólidas encontraba en los textos de la Escritura, cuando quería confundir a esos adversarios! Sus obras todas lo atestiguan claramente. Si los exégetas de hoy imitasen su ejemplo, resultaría sin duda esta ventaja —“resultado necesario y deseable en extremo”, decía Nuestro antecesor en su Carta Encíclica *Providentissimus Deus*— que “el aprovechamiento de la Escritura influirá sobre toda la ciencia teológica, siendo algo así como su alma”.

La Biblia, substancia viva de la predicción. Por último, la Escritura servirá principalmente para santificar y fecundar el ministerio de la divina palabra. Y aquí Nos es particularmente grato poder confirmar, por el testimonio del gran Doctor, las directivas que Nos mismos hemos dado sobre la predicción sagrada, en nuestra carta encíclica “*Humani Generis*”, y realmente si el ilustre comentarista aconseja tan vivamente y tan a menudo a los sacerdotes la lectura asidua de los Santos Libros, es sobre todo con el fin de que desempeñen dignamente su ministerio

de enseñanza y de predicación. La palabra, en efecto, perdería toda influencia y toda autoridad como también toda eficacia para la formación de las almas, si no se inspirase en la Sagrada Escritura y no recibiese de ella su fuerza y su vigor. *"La lectura de los Libros Santos será como el condimento de la palabra del sacerdote"* (Ep. 52, 8, 1). Porque cada palabra de la Sagrada Escritura es como una trompeta que hace resonar en los oídos de los creyentes su voz poderosa y compulsiva" (In Amos 3, 3); y *"nada es más impresionante que un ejemplo sacado de las Sagradas Escrituras"* (In Zach. 9, 15).

En cuanto a las enseñanzas del Santo Doctor acerca de las reglas que han de observarse, en el uso de la Biblia, y que se dirigen, en primer término, a los exégetas, los sacerdotes no deben perderlas de vista en la predicación de la divina palabra.

Nos advierte primero, que por medio de un examen muy atento de las mismas palabras de la Escritura, hemos de cerciorarnos sin ninguna duda posible, de lo que escribió el autor sagrado: Nadie ignora en efecto que Jerónimo acostumbraba en caso de necesidad, recurrir al texto original y comparar entre ellas las distintas interpretaciones, pesar el alcance de las palabras y, si descubría un

error, investigar su origen, de manera de alejar de la lectura toda vacilación. En seguida enseña nuestro Doctor, hay que buscar el sentido y la idea, que se esconden bajo las palabras, pues para discurrir sobre la Sagrada Escritura, importa menos la palabra que su sentido (Ep. 29, 1, 3).

Tomar en toda la revelación el sentido literal sin descuidar el espiritual. En esta búsqueda del sentido, Nos lo reconocemos sin dificultad, San Jerónimo, a ejemplo de los doctores latinos y de algunos doctores griegos del período anterior, rindió al principio un culto tal vez exagerado a las interpretaciones alegóricas. Pero su amor a los Libros Santos, sus esfuerzos perseverantes para identificarlos y penetrarlos a fondo, le permitieron hacer cada día un nuevo progreso en la justa apreciación del sentido literal y formular sobre este punto sólidos principios. Vamos a resumirlos, pues aun hoy día ellos constituyen la norma segura que todos deben seguir para desentrañar de los Libros Santos todo su sentido.

Ante todo debemos aplicar nuestro espíritu a descubrir el sentido literal e histórico: *“Doy siempre al lector prudente el consejo de no aceptar interpretaciones supersticiosas y que*

aislan trozos del texto, siguiendo el capricho de la imaginación, sino examinar lo que precede, lo que acompaña y lo que sigue y establecer una unión para todo el pasaje en cuestión" (In Matth. 25, 13).

Todas las otras maneras de interpretar las Escrituras, agrega, están basadas sobre el sentido literal (Cf. in Ez. 38, 1; 41, 23; 42, 13; in Marc. 1, 13-31; Ep. 129, 6, 1, etc.); y no es el caso de creer que ese sentido falta cada vez que se encuentra una expresión figurada, pues "*sucede a menudo que la misma historia está llena de metáforas y emplea un estilo figurado*" (In Hab. 3, 14). Algunos pretenden que nuestro Doctor, declaró de ciertos pasajes de la Escritura, que no tenían sentido histórico. El les contesta de antemano: "*Sin negar el sentido histórico, preferimos adoptar el sentido espiritual*" (In Marc. 9, 1-7; Cf. in Ez. 40, 24, 27).

Una vez establecido con certeza el sentido literal o histórico, San Jerónimo busca sentidos menos obvios y más profundos para alimentar su espíritu con un manjar más escogido. Pide, en efecto, a propósito del Libro de los Proverbios, y aconseja en varias ocasiones para otros libros de la Escritura, no atenerse tan sólo al sentido literal, "*sino ca-*

var más hondo en busca del sentido divino, así como se busca el oro en el seno de la tierra, la nuez bajo la cáscara, el fruto que se esconde bajo la piel erizada de la castaña" (In Eccl. 12, 9). Así también al indicar a San Paulino "el sendero que debe seguirse en el estudio de las Sagradas Escrituras", le decía: "*Aunque cada pasaje de los Divinos Libros tenga una cáscara viva y cambiante su médula es más dulce aun. Quien quiere saborear la almendra, rompe la cáscara"* (Ep. 58, 9, 1).

San Jerónimo hace observar, sin embargo, que si se trata de descubrir ese sentido oculto, conviene usar de cierta discreción, "*no sea que el deseo de las riquezas del sentido espiritual, nos haga aparecer desdeñando la pobreza del sentido histórico"* (In Eccl. 2, 24). Por eso es que reprocha a muchos interpretaciones místicas de autores antiguos de descuidar completamente apoyarse en el sentido literal: "*No es posible que tantas promesas como cantaron en el sentido literal los labios de los santos profetas, queden reducidas a no ser ya otra cosa que fórmulas vacías y términos materiales de una simple figura de retórica; ellas deben, al contrario, descansar en un terreno firme y sólo cuando queden establecidas sobre los cimientos de la historia*

podrán elevarse hasta la cumbre del sentido místico (In Amos 9, 6).

Seguir el método de Cristo y de los Apóstoles. Juiciosamente observa a este respecto que no hay que apartarse del método de Cristo y de los Apóstoles, pues bien que el Antiguo Testamento no haya sido para ellos sino como la preparación y la sombra de la Nueva Alianza y bien que interpreten, por consiguiente, en sentido figurado un gran número de sus pasajes, no por eso reducen a figuras todo el conjunto de las Antiguas Escrituras. En apoyo de su tesis, San Jerónimo, invoca frecuentemente el ejemplo del Apóstol San Pablo que, para citar un caso, *"al exponer las figuras místicas de Adán y Eva, no negaba que hubiesen sido creados, sino que colocando la interpretación mística sobre el cimiento de la historia, escribía: "Por eso es que el hombre dejará..." (In Is. 6, 1-7).*

Los comentaristas de las Sagradas Letras y los predicadores de la palabra de Dios ganarán con seguir el ejemplo de Cristo y de los Apóstoles y con no descuidar según las directivas de León XIII, "las transposiciones alegóricas u otras análogas que los Padres han hecho de ciertos pasajes, sobre todo si fluyen del sentido literal y están confirmadas

por la autoridad de un gran número de Padres"; por último al tomar por base el sentido literal ganarán con elevarse discreta y mesuradamente hasta interpretaciones más altas; percibirán con San Jerónimo la profunda verdad de la palabra del Apóstol: "*Toda Escritura es divinamente inspirada y útil para enseñar, para convencer, para corregir, para formar en la justicia*" (II Tim. 3, 16), y así el tesoro inagotable de las Escrituras los proveerá con un gran caudal de hechos y de ideas, para orientar por este medio con unción y fortaleza hacia la santidad la vida y la conducta de los fieles.

Grave peligro de caer en el "Evangelio del hombre". En cuanto al modo de exponer y de expresar, siendo la fidelidad lo que se busca en los dispensadores de los misterios de Dios, Jerónimo pone por principio que hay que atenerse ante todo a "*la exactitud de la interpretación*" y que "*el deber del comentarista es exponer, no ideas personales sino las del autor que comenta*" (Ep. 49 al. 48; 17, 7); por lo demás "*el orador sagrado —agrega—, está expuesto cualquier día al grave peligro de convertir, por una interpretación defectuosa, el Evangelio de Cristo en el evangelio del hombre*" (In Gal. 1, 11).

En segundo lugar *"en la explicación de las Sagradas Escrituras, no es el estilo rebuscado y adornado con flores de retórica lo que corresponde usar, sino el valor científico y la sencillez de la verdad"* (In Amos Præf. in 1, 3). Al conformarse a esta regla para la redacción de sus obras, declara en sus comentarios, que tenía por objeto no *"hacer aplaudir"* sus palabras, *"sino hacer comprender en su verdadero sentido las excelentes palabras de los demás"* (In Gal. Præf. in 1, 3). La explicación de la divina palabra reclama, decía Jerónimo, lenguaje *"que no tenga sabor de afectación, sino que descubra la idea objetiva, desentrañe el sentido, alumbre los pasajes oscuros, y no sea entorpecido por la floración excesiva de los recursos dialécticos"* (Ep. 36, 14, 2; Cf. Ep. 140, 1, 2).

Parece conveniente reproducir aquí algunos pasajes de San Jerónimo que muestran claramente el horror que le causaba la elocuencia propia de los retóricos, los cuales con la resonancia y emisión vertiginosa de palabras completamente huecas, sólo aspiran a conseguir vanos aplausos: *"No vayas a ser, le aconseja al sacerdote Nepociano, un declamador y un molino inagotable de palabras; familiarízate más bien con los sentidos ocultos de la Escritura y posee a fondo los mis-*

terios de tu Dios. Decir muchas palabras y hacerse apreciar por la volubilidad del lenguaje a los ojos del vulgo ignorante, es cosa de necios" (Ep. 52, 8, 1). "*Los espíritus cultivados, con que se cuenta hoy día, no se preocupan para nada de asimilarse la médula de las Escrituras, sino de acariciar los oídos de la multitud con flores de retórica"* (Dial. c. Lucif. 11). "*No quiero decir nada de aquellos que, como yo mismo en otro tiempo, no llegan a abordar el estudio de las Sagradas Escrituras, sino después de haber frecuentado la literatura profana y halagado el oído de la muchedumbre por su estilo florido, y que toman todas sus propias palabras por la ley de Dios sin dignarse averiguar lo que quisieron decir los profetas y los apóstoles, antes adaptan a su modo de ver testimonios que no le son conformes; como si fuese grande elocuencia, y no la peor de todas, falsificar los textos y atraer por la violencia la Escritura a servir los fines que ellos persiguen"* (Ep. 53, 7, 2). "*Porque careciendo de la autoridad de las Escrituras, estos parteros perderían todo poder de persuasión, ya que parecen apoyar en los sagrados textos la falsedad de su doctrina"* (In Tit. 1, 10).

Ahora bien, esta elocuente palabrería y aquella locuaz ignorancia "no tienen nada de

incisivo, de vivaz ni de vital; no son más que un compuesto desnutrido, marchito e inconsistente, que únicamente produce humildes plantas y hierbas muy pronto secas y cascadas". En cambio, la doctrina del Evangelio, hecha al contrario de sencillez "produce bastante más que humildes plantas" y, así el imperceptible grano de mostaza "se hace árbol, de suerte que las aves del cielo... vienen a cobijarse en sus ramas" (In Matth. 13, 32).

Por eso en todo buscaba Jerónimo esta santa sencillez del lenguaje que no excluye el brillo ni la belleza. *"Que otros se aficionen a disertar con voz enfática torrentes de palabras; en cuanto a mí, me contento en hablar para hacerme comprender y, al tratar de las Escrituras, con imitar la sencillez de las mismas Escrituras"* (Ep. 36, 14, 2). En efecto, *"sin renunciar a los atractivos del lenguaje, la exégesis católica, debe velarlos y evitarlos, a fin de alcanzar, no vanas escuelas de filósofos y un puñado de discípulos, sino todo el género humano"* (Ep. 48 al 49, 4, 3). Si los sacerdotes jóvenes ponen en práctica estos consejos y estos preceptos; si los sacerdotes mayores no los olvidan, abrigamos la confianza de que su santo ministerio será muy provechoso para las almas de los fieles.

El paraíso en la tierra. Nos queda aún por recordar, Venerables Hermanos, “los “dulces frutos” que extrajo San Jerónimo de la “amarga semilla de las Sagradas Letras” con la esperanza de que su ejemplo inflamará a los sacerdotes y a los fieles confiados a vuestro cuidado en el deseo de conocer y de experimentar ellos también la saludable virtud del sagrado texto.

Esta superabundancia de exquisitas delicias espirituales que llenaban el alma del piadoso anacoreta, Nos preferimos que las aprendáis, por decirlo así, de su propia boca, más bien que por Nos mismos. Escuchad, pues, en qué términos habla de esta ciencia sagrada a Paulino, su “colega, compañero y amigo”: “*Dime, pues, hermano muy querido: ¿No te parece acaso que vivir en medio de estos misterios, meditarlos, no querer saber o buscar otra cosa, no te parece que esto es ya el paraíso en la tierra?*” (Ep. 53, 10, 1).

“*¿Dime tú, pregunta a Paula, su discípula, acaso hay algo más santo que este misterio; algo más seductor que estos placeres? ¿Qué alimento, qué miel más dulce que conocer los designios de Dios, ser admitido en su santuario, penetrar el pensamiento del Creador y enseñar las palabras de tu Señor, de que hacen burla los sabios de este mundo y que*

rebosan, empero, de sabiduría espiritual? Dejemos a los demás gozar de su riqueza, beber en una copa exornada de piedras preciosas, engalanarse con sedas resplandecientes, saciarse con los aplausos de la muchedumbre, sin que la variedad de placeres consiga agotar sus tesoros: las delicias nuestras consistirán en meditar día y noche la Ley del Señor, en golpear a la puerta hasta que se abra, en recibir de la Trinidad la mística limosna de los panes, y en andar guiados por el Señor, sobre el oleaje del siglo" (Ep. 30, 13). Nuevamente a Paula y a la hija de ésta, Eustoquia, escribe en su comentario de la epístola a los Efesios: "Si hay alguna cosa, oh Paula y Eustoquia, que pueda sujetarnos aquí abajo a la sabiduría y que en medio de las tribulaciones y torbellinos del mundo conserve el equilibrio de nuestra alma, yo creo que es ante todo la meditación y la ciencia de las Escrituras" (In Eph. Prol.).

Porque recurría a éstas, le aconteció que agobiado de íntimos y hondos pesares y herido en su cuerpo por la enfermedad, no dejaba de disfrutar de la paz y de la alegría del corazón: esta alegría, no se detenía a saborearla en una vana ociosidad, sino que este fruto de la caridad se transformaba en caridad activa al servicio de la Iglesia de Dios

a quien el Señor tiene confiado el depósito de la palabra divina.

La Biblia exalta a la Iglesia. Y, en efecto, cada página de las Sagradas Letras de ambos Testamentos le contaba las glorias de la Iglesia de Dios. Casi todas las mujeres célebres y virtuosas de que habla con honor el Antiguo Testamento, ¿no eran acaso figuras de esta Esposa mística de Cristo? El sacerdocio y los sacrificios, las costumbres y las solemnidades, la casi totalidad de los hechos narrados en el Antiguo Testamento, ¿no eran acaso como la sombra de la Iglesia? Y esto de hallar divinamente realizadas en la Iglesia tantas promesas de los salmos y de los profetas? Y él mismo, ¿no conocía acaso por el anuncio que hizo Nuestro Señor y los Apóstoles, los insignes privilegios de esta Iglesia? ¿Cómo, entonces, la ciencia de las Escrituras, no había de inflamar el corazón de Jerónimo en un amor cada día más ardiente para con la Esposa de Cristo?

Nos sabemos ya, Venerables Hermanos, qué profundo respeto, qué amor tan entusiasta profesaba por la Iglesia Romana y la Cátedra de Pedro. Sabemos con cuánto vigor combatía a los enemigos de la Iglesia. Al prodigar sus aplausos a su joven compañero

de armas, Agustín, que sostenía los mismos combates, se congratulaba de haberse atraído como él, el furor de los herejes y le escribe: "*¡Honor a ti por tu valor! El mundo entero tiene los ojos fijos en ti. Los católicos veneran y reconocen en ti al restaurador de la fe de los primeros días y, lo que es una señal más gloriosa todavía, todos los herejes te maldicen y me persiguen contigo con un odio igual, hasta llegar a matarnos por el deseo, en su impotencia para inmolarnos con la espada*" (Ep. 141, 2; Cf. Ep. 134, 1). Este testimonio encuentra excelente confirmación en Sulpicio Severo, por Postumiano: "*Una lucha de todos los instantes y un duelo no interrumpido con los malos han concentrado sobre Jerónimo los odios de los perversos. En él los herejes odian al que no cesa de atacarlos; los clérigos al que les reprocha sus vidas y sus crímenes. Mas todos los hombres virtuosos, sin excepción, lo aman y admiran*" (Postumianus Apud. Sulp. Sev. Dial. 1, 9).

Este odio de los herejes y de los malos, hizo padecer a Jerónimo muchos sufrimientos, sobre todo cuando los Pelagianos se arrojaron sobre el monasterio de Belén y lo saquearon, pero soportó con igualdad de ánimo todos los malos tratamientos y los ultrajes y no se desalentó, pronto como estaba para

morir por la defensa de la fe cristiana: “*Lo que causa mi alegría, escribe a Apronio, es saber que mis hijos combaten por Cristo; que Aquel en quien creemos fortalece en nosotros este celo valeroso, a fin de que estemos prontos para derramar nuestra sangre por su fe... Las persecuciones de los herejes han arruinado del todo nuestro monasterio en cuanto a sus riquezas materiales, pero la bondad de Cristo lo colma de riquezas espirituales. Más vale no tener pan que comer, antes que perder la fe*” (Ep. 139).

Si jamás permitió al error extenderse impunemente, no puso menor celo en levantarse, en términos enérgicos, contra las malas costumbres, queriendo en la medida de sus fuerzas “presentar” a Cristo “*una Iglesia gloriosa, sin mancha, sin arruga, ni cosa semejante, sino santa e inmaculada*” (Eph. 5, 27). ¡Qué vigor en los reproches que dirige a los que profanaban por una vida culpable su dignidad sacerdotal! ¡Con qué elocuencia se alza contra las costumbres paganas que infestaban en gran parte la misma ciudad de Roma! Para contener por todos los medios aquel desbordamiento de todos los vicios y de todos los crímenes, les opone la excelencia y belleza de las virtudes cristianas, convencido justamente que no existe más poderoso preserva-

tivo contra el mal que el amor de las cosas más puras. Con instancia reclama para la juventud una educación piadosa y honesta, induce con graves consejos a los esposos a llevar una vida pura y santa, insinúa en las almas más delicadas el culto de la virginidad, no encuentra suficientes elogios para la austeridad pero deliciosa violencia de la vida interior, recuerda con todas sus fuerzas el primer precepto de la religión cristiana —el precepto de la caridad unida al trabajo—, cuya observancia debía arrancar la sociedad humana a los trastornos y devolverle la tranquilidad del orden.

Recordemos esta hermosa palabra que le decía a San Paulino a propósito de la caridad: *"El verdadero templo de Cristo, es el alma del fiel: adorna este santuario, engalánalo, deposita en él tus ofrendas y recibe en él a Cristo. ¿De qué sirve recubrir los muros con piedras preciosas, si Cristo se muere de hambre en la persona del pobre?"* (Ep. 58, 7, 1). En cuanto a la ley del trabajo, la recordaba a todos con tal ardor, por medio de sus escritos y mejor aún por los ejemplos de toda su vida, que Postumiano, después de haber permanecido seis meses junto a Jerónimo en Belén, le rindió este testimonio en Sulpicio Severo: *"Siempre se le encuentra de-*

dicado a la lectura, enteramente sumergido en los libros; ni de día ni de noche toma descanso; constantemente lee o escribe" (Postumianus apud Sulp. Sev., Dial. 1, 9).

Por otra parte, su ardiente amor por la Iglesia se exhala de sus comentarios, donde no pierde ocasión de celebrar a la Esposa de Cristo. Citemos, entre otros, este pasaje del comentario al Profeta Ageo: "*Se vió acudir lo más selecto de todas las naciones, y la gloria llenó la casa del Señor, es decir la Iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad... Estos metales preciosos dan más esplendor a la Iglesia del Salvador que antes a la Sinagoga; con estas piedras vivas está construída la casa de Cristo, cuya corona es una paz eterna"* (In Agg. 2, 1). En otro pasaje, dice, comentando a Miqueas: "*Venid, subamos hasta la casa del Señor: hay que subir, si se quiere llegar hasta Cristo y hasta la casa del Dios de Jacob, la Iglesia, casa de Dios, columna y fundamento de la verdad"* (In Mich. 4, 1). Por último, en el prefacio del comentario a San Mateo: "*La Iglesia fué edificada sobre base de roca por una palabra del Señor; ella es a quien el rey introdujo en su habitación, ella es a quien tendió la mano por la abertura de una secreta entrada"* (In Matth., Prol.).

Como se ve en los últimos extractos citados, nuestro Doctor exalta la unión íntima del Señor con la Iglesia. No se puede separar a la cabeza de su cuerpo místico; por eso el amor a la Iglesia viene necesariamente del amor a Cristo, que debe ser mirado como el fruto principal, y dulce entre todos, de la ciencia de las Escrituras.

"Ignorar las Escrituras, es ignorar a Cristo". En efecto, Jerónimo estaba a tal punto convencido de que este conocimiento del sagrado texto es la vía ordinaria que lleva al conocimiento y al amor de Nuestro Señor, que no vacilaba en afirmar: "*Ignorar las Escrituras, es ignorar al mismo Cristo*" (In Is., Prol.; Cf. Tract. de Ps. 77). Escribe en este sentido a Santa Paula: "*¿Cómo podríamos vivir sin la ciencia de las Escrituras, a través de las cuales se aprende a conocer a Cristo, que es la vida de los creyentes?*" (Ep. 30, 7). Hacia Cristo, en efecto, convergen como hacia su centro todas las páginas de ambos Testamentos; y comentando el pasaje del Apocalipsis, donde trata del río y del árbol de vida, Jerónimo escribe esta notable sentencia: ["No hay más que un río que mana debajo del trono de Dios, y es la gracia del Espíritu Santo, y esta gracia del Espíritu Santo está

encerrada en las Sagradas Escrituras, es decir, en ese río de las Escrituras. Y éste corre entre dos riberas que son el Antiguo y el Nuevo Testamento y en cada orilla se encuentra plantado un árbol que es Cristo” (Tract. de Ps. 1).

No hay que extrañar entonces, que en sus piadosas meditaciones, Jerónimo acostumbrase a referir a Cristo todo lo que leía en los Libros Santos: *“Para mí, cuando leo el Evangelio y encuentro testimonios sacados de la Ley, testimonios extraídos de los profetas, no considero sino a Cristo; si he visto a Moisés, si he visto a los Profetas, ha sido tan sólo para comprender lo que ellos dicen de Cristo. Cuando un día entre yo en el esplendor de Cristo y brille ante mis ojos su luz deslumbradora comparable a la del sol refulgente, ya no veré la luz de una lámpara. Enciende tú una lámpara en pleno día, ¿acaso dará luz? Cuando brilla el sol, la luz de la lámpara se desvanece; en la misma forma, cuando se goza de la presencia de Cristo, la Ley y los profetas desaparecen. Nada quito a la gloria de la Ley ni de los profetas; antes, por el contrario, los alabo por ser los anunciadores de Cristo. Cuando leo la Ley y los profetas el fin que me propongo no es limitarme a la Ley y a los profetas, sino por la*

Ley y los profetas llegar hasta Cristo" (Tract. in Marc. 9, 1-7). Y así lo vemos elevarse maravillosamente, por el comentario de las Escrituras, hasta el conocimiento y el amor del Señor Jesús y encontrar allí la perla preciosa de que habla el Evangelio: "*No hay más que una perla preciosa entre todas, el conocimiento del Salvador, el misterio de su pasión y el secreto de su resurrección*" (In Matth. 13, 45). El amor que lo consumía por Cristo lo llevaba, pobre y humilde con Cristo, a libertarse sin reservas de todos los lazos de las preocupaciones terrenales; a no buscar sino a Cristo; a dejarse conducir por su Espíritu; a vivir con El en la más estrecha unión; a estampar como un sello en su propia vida la efigie de Cristo paciente; a no tener deseo más ardiente que el de sufrir con Cristo y para Cristo.

Así se explica lo que escribía en el momento de embarcarse, cuando, muerto Dámaso, pérfidos enemigos, hostigándolo con sus vejaciones, lo obligaron a alejarse de Roma: "*Algunos pueden considerarme como un criminal, agobiado bajo el peso de todas las culpas, y esto no es nada en comparación con mis pecados. Tienes razón, sin embargo, de creer en el interior de tu alma hasta en la virtud de los pecadores... Doy gracias a*

mi Dios de merecer el odio del mundo... ¿Qué parte de sufrimiento he soportado yo, el soldado de la Cruz? La calumnia me cubrió con el oprobio del crimen: pero yo sé que con buena o mala fama se llega al reino de los cielos" (Ep. 45, 1, 6). Y he aquí en qué términos exhortaba a la piadosa doncella Eustoquia a soportar valerosamente por Cristo los sufrimientos de la vida presente: "*Grande es el sufrimiento, pero grande también la recompensa en imitar a los mártires, en imitar a los apóstoles, en imitar a Cristo...*" Todos estos sufrimientos que acabo de enumerar parecen bien penosos al que no ama a Cristo. Aquel, por el contrario, que considera toda la pompa del siglo como cieno inmundo; para quien todo lo que hay debajo del sol es vanidad; que no quiere enriquecerse sino de Cristo; que se asocia a la muerte y a la resurrección de su Señor y que crucifica su carne con sus vicios y concupiscencias, aquél podrá repetir con toda libertad: "*¿Quién nos separará de la caridad con que nos ama Cristo?*" (Ep. 22, 38).

Jerónimo saboreaba, pues, muy abundantes frutos en la lectura de los Libros Santos; allí es donde extraía esas luces interiores que lo hacían adelantar cada día más en el conocimiento y el amor de Cristo; de allí sacaba

ese espíritu de oración del cual habló tan bien en sus escritos; allí por último es donde adquiriría esa admirable familiaridad con Cristo, cuyas dulzuras lo animaban a tender sin tregua, por el rudo sendero de la cruz, a la conquista de la palma del triunfo.

Asimismo, el impulso de su corazón lo llevaba sin cesar hacia la Santísima Eucaristía: *"Ninguno, en efecto, es más rico que aquel que lleva el cuerpo del Señor en cesta de mimbre y su sangre en una ampolla"* (Ep. 125, 20, 4).

Tenía la misma veneración afectuosa hacia la Santísima Virgen, cuya perpetua virginidad defendió con todas sus fuerzas; y la Madre de Dios, ideal acabado de todas las virtudes, era el modelo que proponía de ordinario a las esposas de Cristo (Ep. 22, 28, 3).

3. DECRETO DEL CONCILIO TRIDENTINO SOBRE LA EDICION Y USO DE LA SAGRADA ESCRITURA

(Ses. IV del 8 de Abril de 1546)

Considerando, además de esto, el mismo sacrosanto Concilio, que se podrá seguir mucha utilidad a la Iglesia de Dios, si se declara qué edición de la Sagrada Escritura se ha de tener por *auténtica* entre todas las ediciones latinas que corren; establece y declara que se tenga por tal en las lecciones públicas, disputas, sermones y exposiciones, esta misma antigua edición *Vulgata*, aprobada en la Iglesia por el largo uso de tantos siglos; y que ninguno, por ningún pretexto, se atreva o presuma desecharla.

Decreta, además, con el fin de contener los ingenios insolentes, que ninguno fiado en su propia sabiduría, se atreva a *interpretar la misma Sagrada Escritura* en cosas pertenecientes a la fe, y a las costumbres que miran a la propagación de la doctrina cristiana, violentando la Sagrada Escritura para apoyar sus dictámenes, contra *el sentido que le ha*

dado y da la santa Madre Iglesia, a la que privativamente toca determinar el verdadero sentido e interpretación de las Sagradas Letras; ni tampoco contra el unánime consentimiento de los santos Padres, aunque en ningún tiempo se hayan de dar a luz estas interpretaciones. Los Ordinarios declaren los contraventores, y castíguenlos con las penas establecidas por el derecho.

Y queriendo también, como es justo, poner freno en esta parte a los *impresores*, que ya sin moderación alguna, y persuadidos de que les es permitido cuanto se les antoja, imprimen sin licencia de los superiores eclesiásticos la Sagrada Escritura, notas sobre ella, y exposiciones indiferentemente de cualquier autor, omitiendo muchas veces el lugar de la impresión, muchas fingiéndolo, y lo que es de mayor consecuencia, sin nombre de autor, y además de esto, tienen de venta sin discernimiento y temerariamente semejantes libros impresos en otras partes; decreta y establece, que en adelante se imprima con la mayor enmienda que sea posible la Sagrada Escritura, principalmente esta misma antigua edición *Vulgata*; y que a nadie sea lícito imprimir ni procurar se imprima libro alguno de cosas sagradas, o pertenecientes a la religión, sin nombre de autor; ni venderlos en adelante,

ni aun retenerlos en su casa, si primero no los examine y apruebe el Ordinario; so pena de excomunión, y de la multa establecida en el canon del último Concilio de Letrán.

Si los autores fueren *Regulares*, deberán, además del examen y aprobación mencionada, obtener licencia de sus superiores, después que éstos hayan revisto sus libros según los estatutos prescritos en sus Constituciones.

Los que comunican o publican *manuscritos*, sin que antes sean examinados y aprobados, quedan sujetos a las mismas penas que los impresores. Y los que los tuvieren o leyeren, sean tenidos por autores, si no declaran los que lo hayan sido.

Dése también por escrito la aprobación de semejantes libros, y aparezca ésta autorizada al principio de ellos, sean manuscritos o sean impresos; y todo esto, es a saber, el examen y aprobación se ha de hacer de gracia, para que así se apruebe lo que sea digno de aprobación, y se repruebe lo que no la merezca.

Además de esto, queriendo el sagrado Concilio reprimir la *temeridad* con que se aplican y tuercen a cualquier asunto profano las palabras y sentencias de la Sagrada Escritura; es a saber, a bufonadas, fábulas, vanidades, adulaciones, murmuraciones, supersticiones, impíos y diabólicos encantos, adivinaciones,

suertes y libelos infamatorios; ordena y manda para extirpar esta irreverencia y menosprecio, que ninguno en adelante se atreva a valerse de modo alguno de palabras de la Sagrada Escritura, para estos ni semejantes abusos; que todas las personas que profanen y violenten de este modo la palabra divina, sean reprimidas por los Obispos con las penas de derecho y a su arbitrio.

4. DECRETO DEL CONCILIO TRIDENTINO SOBRE LA REFORMA EN LA ENSEÑANZA Y PREDICACION DE LA SAGRADA ESCRITURA

(Ses. V del 17 de Junio de 1546)

CAPITULO I

Insistiendo el mismo sacrosanto Concilio en las piadosas constituciones de los Sumos Pontífices, y de los Concilios aprobados, y adoptándolas, y ampliándolas, estableció y decretó, con el fin de que no quede oscurecido y despreciado el *celestial tesoro de los sagrados Libros*, que el Espíritu Santo comunicó a los hombres con suma liberalidad; que en las iglesias en que hay asignada prebenda, o prestamera, u otro estipendio, bajo cualquier nombre que sea, para los lectores de sagrada Teología, obliguen los Obispos, Arzobispos, Primados, y demás Ordinarios de los lugares, y compelan aun por la privación de los frutos, a los que obtienen tal prebenda, prestamera o estipendio, a que *expongan e interpreten la Sagrada Escritura* por sí mismos, si fueren capaces, y si no lo fuesen, por substitutos idóneos que deben ser elegidos por

los mismos Obispos, Arzobispos, Primados y demás Ordinarios. En adelante empero, no se ha de conferir la prebenda, prestamera o estipendio mencionado sino a personas idóneas, y que puedan por sí mismas desempeñar esta obligación; quedando nula e inválida la provisión que no se haga en estos términos.

En las *iglesias metropolitanas o catedrales* (*), si la ciudad fuese famosa, o de mucho vecindario, así como en las colegiatas que haya en población sobresaliente, aunque no esté asignada a ninguna diócesis, con tal que sea el clero numeroso, en las que no haya destinada prebenda alguna, prestamera, o el estipendio mencionado; se ha de tener por destinada y aplicada perpetuamente para este efecto ipso facto, la prebenda primera que de cualquier modo vaque, a excepción de la que vaque por resignación, y a la que no esté anexa otra obligación y trabajo incompatible. Y por cuanto puede no haber prebenda alguna en las mismas iglesias, o no ser suficiente la que haya; deba el mismo

(*) A esta explicación de la Sagrada Escritura se refiere también el canon 400 del *Código Canónico*, que dice: "*El Canónigo Teologal debe explicar públicamente en la Iglesia la Sagrada Escritura, en los días y horas fijados por el Obispo después de consultar al Cabildo. Sin embargo, si le parece más provechoso al Obispo, puede encargarle la explicación de otros argumentos de la doctrina católica*".

Metropolitano u Obispo, dar providencia con acuerdo del cabildo, para que haya la *lección o enseñanza de la Sagrada Escritura*, ya asignando los frutos de algún beneficio simple, cumplidas no obstante las cargas y obligaciones que éste tenga; ya por contribución de los beneficiados de su ciudad o diócesis, o del modo más cómodo que se pueda; con la condición no obstante de que de modo ninguno se omitan por éstas otras lecciones establecidas o por la costumbre, o por cualquiera otra causa.

Las *iglesias* cuyas rentas anuales fueran *cortas*, o donde el clero y pueblo sea tan pequeño que no pueda haber cómodamente en ellas cátedra de teología, tengan a lo menos un *maestro* que ha de elegir el Obispo con acuerdo del cabildo, que enseñe de balde la gramática a los clérigos y otros estudiantes pobres, para que puedan, mediante Dios, pasar al estudio de la *Sagrada Escritura*; y por esta causa se han de asignar al maestro de gramática los frutos de algún beneficio simple, que percibirá sólo el tiempo que se mantenga enseñando, con tal que no se defraude al beneficio del cumplimiento debido a sus cargas; o se le ha de pagar de la mesa capitular o episcopal algún salario correspondiente; o si esto no puede ser, busque

el mismo Obispo algún arbitrio proporcionado a su iglesia y diócesis, para que por ningún pretexto se deje de cumplir esta piadosa, útil y fructuosa determinación.

Haya también *cátedra de Sagrada Escritura* en los *monasterios* de monjes en que cómodamente pueda haberla; y si fueren omisos los Abades en el cumplimiento de esto, oblíguenles a ello por medios oportunos los Obispos de los lugares, como delegados en este caso de la Sede Apostólica.

Haya igualmente *cátedra de Sagrada Escritura* en los *conventos* de los demás Regulares, en que cómodamente puedan florecer los estudios; y esta cátedra la han de dar los capítulos generales o provinciales a los maestros más dignos.

Establézcase también en los *estudios públicos* (en que hasta ahora no se haya establecido) por la piedad de los religiosísimos Príncipes y Repúblicas, y por su amor a la defensa y aumento de la fe católica, y a la conservación y propagación de la sana doctrina, *cátedra tan honorífica*, y más necesaria que todo lo demás; y restablézcase donde quiera que antes se haya fundado y esté abandonada.

Y para que no se propague la impiedad bajo el pretexto de la piedad, ordena el mis-

mo sagrado Concilio, que ninguno sea admitido al magisterio de esta enseñanza, sea pública o privada, sin que antes sea *examinado* y *aprobado* por el Obispo del lugar sobre su vida, costumbres e instrucción; mas esto no se entienda con los lectores que han de enseñar en los conventos.

Y en tanto que ejerzan su *magisterio* en escuelas públicas los que enseñan la *Sagrada Escritura*, y los escolares que estudien en ellas, gocen y disfruten plenamente de todos los privilegios sobre la percepción de frutos, prebendas, y beneficios concedidos por derecho común en las ausencias.

CAPITULO II

Siendo no menos necesaria a la república cristiana la *predicación del Evangelio*, que su enseñanza en la cátedra, y siendo aquel el principal ministerio de los Obispos; ha establecido y decretado el mismo santo Concilio que todos los Obispos, Arzobispos, Primados y restantes Prelados de las Iglesias están obligados a predicar el *sacrosanto Evangelio de Jesucristo* por sí mismos, si no estuviesen legítimamente impedidos.

Pero si sucediese que los Obispos, y demás mencionados, lo estuviesen, tengan obligación, según lo dispuesto en el Concilio gene-

ral, a escoger *personas hábiles* para que desempeñen fructuosamente el ministerio de la predicación. Si alguno despreciare dar cumplimiento a esta disposición, quede sujeto a una severa pena.

Igualmente los Archiprestes, los Curas y los que gobiernan iglesias parroquiales, u otras que tienen cargo de almas, de cualquier modo que sea, instruyan con discursos edificativos por sí, o por otras personas capaces si estuvieren legítimamente impedidos, a lo menos en los *domingos y festividades solemnes*, a los fieles que les están encomendados, según su capacidad, y la de sus ovejas; enseñándoles lo que es necesario que todos sepan para conseguir la salvación eterna, anunciándoles con brevedad y claridad los vicios que deben huir, y las virtudes que deben practicar, para que logren evitar las penas del infierno y conseguir la eterna felicidad.

Mas si alguno de ellos fuese *negligente* en cumplirlo, aunque pretenda, so cualquier pretexto, estar exento de la jurisdicción del Obispo, y aunque sus iglesias se reputen de cualquier modo exentas, o acaso anexas, o unidas a algún monasterio, aunque éste exista fuera de la diócesis, con tal que se hallen efectivamente las iglesias dentro de ella; no puede por falta de la providencia y solicitud pas-

toral de los Obispos estorbar que se verifique lo que dice la Escritura: "*Los niños pidieron pan y no había quien se lo partiese*".

En consecuencia, si amonestados por el Obispo no cumplieren esta obligación dentro de tres meses, sean precisados a cumplirla por medio de *censuras eclesiásticas*, o de otras penas a voluntad del mismo Obispo; de suerte, que si le pareciese conveniente, aun se pague a otra persona que desempeñe aquel ministerio, algún decente estipendio de los frutos de los beneficios, hasta que arrepentido el principal poseedor cumpla con su obligación.

Y si hallaren algunas iglesias parroquiales sujetas a monasterios de ninguna diócesis, cuyos Abades o Prelados regulares fuesen *negligentes* en las obligaciones mencionadas; sean compelidos a cumplirlas por los Metropolitanos en cuyas provincias estén aquellas diócesis, como delegados para esto de la Sede Apostólica; sin que pueda impedir la ejecución de este decreto costumbre alguna o exención, apelación, reclamación o recurso, hasta tanto se conozca y decida por juez competente, quien debe proceder sumariamente, y atendida sola la verdad del hecho.

5. CARTA APOSTOLICA "VIGILANTIÆ" DE LEON XIII (Extracto)

(30 de Octubre de 1902)

Conscientes del cuidado y diligencia con que debemos, por oficio, antes que ningún otro, conservar y defender el depósito de la fe, redactamos el año 1893 la Carta Encíclica "*Providentissimus Deus*", en la que reuníamos de intento muchas cosas referentes al estudio de la Sagrada Escritura. Pues la magnitud y utilidad del asunto exigían que, en cuanto de Nos dependiese, tratáramos ampliamente todo lo que a estas disciplinas se refiere, sobre todo en circunstancias en que la erudición cada vez más creciente de los tiempos modernos abre paso a nuevas, y a veces temerarias cuestiones. Por eso recordamos a la universalidad de los católicos, máxime a los constituídos en órdenes sagradas, cuáles fueren sus obligaciones en esta materia, de acuerdo a sus posibilidades; y cuidadosamente indicamos por qué caminos convenía que fueran dirigidos tales estudios. Y no han quedado sin efecto tales documentos.

Son dignos de recordarse los testimonios de satisfacción que de inmediato se apresuraron en hacernos llegar los Directores de los estudios sagrados y muchos otros doctos varones al comprobar la oportunidad y gravedad de las cosas que habíamos prescrito, comprometiéndose a llevarlas a la práctica con toda diligencia. Y con no menor agrado recordamos la emulación que surgió entre los católicos en esta materia difundiéndose por doquier el entusiasmo por tales estudios.

No son pocas las cosas sobre las cuales no existe todavía una exposición clara y definida de la Iglesia, y por ende es lícito a los doctores privados seguir y defender la opinión que probaren. Pero sabido es que en estos lugares tienen que guardar como norma la analogía de la fe y la doctrina católica. También hay que cuidar mucho de que en las vehementes discusiones no se traspasen los términos de la mutua caridad ni que en las disputas se parezca poner en tela de juicio las verdades reveladas y las tradiciones divinas. Porque si no se salva la armonía de los ánimos ni se guardan los principios, no hay que esperar que de los muchos estudios particulares nazcan progresos en esta disciplina.

ENCH. BIBL. NÚMEROS 130 Y 136.

6. DOCUMENTO DE LA PONTIFICIA COMISION BIBLICA SOBRE LA EXPLICACION DE LA SAGRADA ESCRITURA

(del 20 de Agosto de 1941)

El 20 de Agosto de 1941 la Comisión Pontificia para los Estudios Bíblicos en una carta firmada por S. Emcia. el Cardenal Tisserant y dirigida a los Arzobispos y Obispos de Italia condenó un opúsculo anónimo italiano, intitulado: *“Un gravísimo peligro para la Iglesia y para las almas. El sistema crítico-científico en el estudio y en la interpretación de la Sagrada Escritura, sus devastaciones funestas y aberraciones”*.

El opúsculo combate la exégesis literal de los textos sagrados y defiende cierta exégesis de meditación.

Dice, entre otras cosas, el documento de la Comisión Bíblica:

El anónimo... pretende imponer las elucubraciones de su fantasía como sentido de la Biblia, como “verdaderas comuniones espirituales de la sabiduría del Señor” (pág. 45), y desconociendo la capital importancia del sentido literal, calumnia a los exégetas católicos de considerar “*solamente* el sentido literal” y de considerarlo “a modo humano, tomándolo *tan sólo* materialmente, por lo que

suenan las palabras” (pág. 11); aun más: “de estar obsesionados por el sentido literal de la Escritura” (pág. 46). Rechaza de tal modo la regla de oro de los Doctores de la Iglesia, tan claramente formulada por el Aquinate: “*Omnes sensus fundantur super unum, scilicet litteralem, ex quo solo potest trahi argumentum*” (1^a, q. 1, 10 ad lum.): regla que los Sumos Pontífices sancionaron y consagraron al prescribir que ante todo se busque cuidadosamente el sentido literal. Así, por ejemplo, León XIII en la Encíclica *Providentissimus Deus*: “Propterea cum studio perpendendi quid ipsa verba valeant, quid consecutio rerum velit, quid locorum similitudo aut talia cetera, externa quoque appositae eruditionis illustratio societur” (Enchirid. Bibl., n. 92), y más adelante: “praeceptioni illi ab Augustino sapienter propositae, religiose obsequatur (exégeta), videlicet a litterali et veluti obvio sensu minime discedendum, nisi qua eum vel ratio tenere prohibeat, vel necessitas cogat dimittere” (Enchir. Bibl., n. 97). Del mismo modo Benedicto XV en la Encíclica “*Spiritus Paraclitus*”: “Ipsa Scripturae verba per diligentem consideremus, ut certo constet quidnam sacer scriptor dixerit”. (Enchir. Bibl., n. 498); en donde, ilustrando el ejemplo y los principios exegé-

ticos del “*Doctor maximus in exponendis S. Scripturis*”, S. Jerónimo, quien “*litterali seu historica significationes in tuto collocata, interiores altioresque rimatur sensus, ut exquisitiore epulo spiritum pascat*” (ib. número 499), recomienda que los exégetas “*modeste temperateque e litterali sententia ad altiora exsurgant*” (ib. n. 499). Ambos Pontífices finalmente, León XIII y Benedicto XV, insisten con las mismas palabras de S. Jerónimo en la obligación del exégeta: “*commentatoris officium esse, non quid ipse velit, sed quid sentiat ille, quem interpretatur, exponere*” (ib., n. 91 et 500).

Del uso de la Vulgata. Más palpable aún es el error del anónimo acerca del sentido y la extensión del derecho Tridentino sobre el uso de la Vulgata latina. El Concilio Tridentino, contra la confusión ocasionada por las nuevas traducciones en latín y en lenguas vernáculas por entonces propagadas, quiso sancionar el uso público en la Iglesia occidental, de la versión latina, como justificándolo por el uso secular hecho en la misma Iglesia; pero no pensó en modo alguno en disminuir la autoridad de las versiones antiguas usadas en la Iglesia oriental, particularmente de los Setenta, empleada por los mismos Apóstoles, y menos aun la autoridad

de los textos originales, y resistió a una parte de los Padres que querían el uso exclusivo de la Vulgata como única autorizada. Ahora bien, el anónimo sentencia que en virtud del decreto Tridentino poseemos en la versión latina un texto declarado superior a todos los demás, y reprocha a los exégetas el querer interpretar la Vulgata con la ayuda de los originales y de las otras versiones antiguas.

Para él el decreto da la “certeza del Sagrado Texto”, de modo que la Iglesia no necesita “buscar aún la letra auténtica de Dios” (pág. 7), y esto no solamente *in rebus fidei et morum*, sino bajo todos los respectos (incluso literarios, geográficos, cronológicos, etc.). La Iglesia con dicho decreto nos ha dado “el Texto auténtico y oficial, del que no es lícito apartarse” (pág. 6); y hacer la crítica textual es un “mutilar la Sagrada Escritura” (pág. 8), es un “sustituirse presuntuosamente a su autoridad (de la Iglesia), que sola puede ofrecernos un texto auténtico, y sola nos lo ofrece de hecho con el citado decreto del Concilio Tridentino” (pág. 28). Toda operación crítica acerca del texto bíblico, tal como se nos presenta en la Vulgata, es “el libre examen, más aún, el delirante examen personal sustituido a la autoridad de la Iglesia” (pág. 9).

Pues bien, la pretensión no solamente va contra el sentido común, que no aceptará jamás que una versión pueda ser superior al texto original, sino que asimismo va contra la mente de los Padres del Concilio, tal como aparece por las Actas; antes bien, el Concilio reconocía la necesidad de una revisión y corrección de la misma Vulgata, y remitió su ejecución a los Sumos Pontífices, quienes la hicieron, del mismo modo que hicieron, según la mente de los más autorizados entre los colaboradores del Concilio mismo, una edición corregida de los Setenta (bajo Sixto V), y luego ordenaron la del A. Testamento hebreo y del N. Testamento griego, encargándolas a comisiones creadas ex profeso. Y va, ciertamente, contra el precepto de la Encíclica *Providentissimus*: “Neque tamen non sua habenda erit ratio reliquarum versionum; quas christiana laudavit usurpavitque antiquitas, maxime codicum primigeniorum” (Ench. Bibl., n. 91).

En fin, el Concilio Tridentino declaró “auténtica” la Vulgata en sentido jurídico, o sea respecto a la “*vis probativa in rebus fidei et morum*”; pero no excluyó en modo alguno posibles divergencias del texto original y de las antiguas versiones, según expone claramente todo buen manual de Introducción Bí-

blica en conformidad con las Actas del mismo Concilio.

De la crítica textual. Con la idea arriba señalada del valor casi único de la Vulgata y mínimo o casi nulo de los textos originales y de las otras traducciones antiguas, nada extraño que el anónimo niegue la necesidad y utilidad de la crítica textual, no obstante que los recientes descubrimientos de textos preciosísimos hayan confirmado lo contrario. Puesto que “es la Iglesia la que nos presenta y garantiza el Texto Sagrado” (pág. 10), hacer crítica textual es “tratar el Libro divino como un libro humano” (pág. 23), y el único uso que se puede hacer del texto original y de las antiguas traducciones es *consultarlos* “en alguna dificultad que se quiera aclarar” (pág. 6); el texto griego no puede “dar fe” contra otro texto y “contra el mismo texto oficial de la Iglesia” (pág. 8), y “no se pueden de ninguna manera *entresacar*... del Texto, no sólo de la Iglesia (Vulgata), sino del original trozos o versículos enteros” (pág. 7), por tanto, ni aun cuando hubiesen faltado en la primitiva *traducción* y hayan sido intercalados más tarde; intentar fijar el Sagrado Texto por medios críticos es como “acabar” con la Biblia (pág. 9). De donde unas cuantas páginas del opúsculo llenas de invectivas

contra el “criticismo científico”, “naturalismo”, “modernismo”.

Que la ciencia bíblica católica, desde los tiempos de Orígenes y San Jerónimo hasta la “Comisión para la revisión y enmienda de la Vulgata”, instituída precisamente por el Papa de la Encíclica *Pascendi*, se haya preocupado por establecer la forma más pura posible del texto original y de las versiones, incluída (para no decir sobre todo) la Vulgata; que León XIII recomiende fuertemente: “*Artis criticae disciplinam, quippe percipiendae penitus hagiographorum sententiae perutilem, Nobis vehementer probantibus, nostri excolant. Hanc ipsam facultatem, adhibita loco ope heterodoxorum, Nobis non repugnantibus, iidem exacuant*” (Lit. Apost. *Vigilantiae, Ench. Bibl.*, n. 135); que la Pontificia Comisión Bíblica haya respondido que, en el Pentateuco (y “*servatis servandis*” también en otros libros bíblicos: cf. el decreto *De Psalmis Ench. Bibl.*, n. 345) se pueda admitir “*tam longo saeculorum decursu nonnullas... modificationes obvenisse, uti: additamenta post Moysi mortem vel ab auctore inspirato apposita, vel glossas et explicationes textui interiectas; vocabula quaedam et formas e sermone antiquato in sermonem recentiore translatas; mendosas demum lectiones vitio*

ammanuensium adscribendas, de quibus fas sit ad normas artis criticae disquirere et iudicare” (Decr. *De mosaica authentia Pentateuchi* d. d. 27 iunii 1906, *Ench. Bibl.*, n. 177); que el Santo Oficio haya permitido y permita a los exégetas católicos discutir la cuestión del *Comma Joanneum* y “argumentis hic inde accurate perpensis, cum ea, quam rei gravitas requirit, moderatione et temperantia, in sententiam genuinitati contrariam inclinare” (Declaratio S. Officii, d. d. 2 iunii 1927. *Ench. Bibl.*, n. 121): todo esto lo olvida o disimula el autor del opúsculo para hacer objeto de horror la obra de los exégetas católicos, quienes, fieles a las tradiciones católicas y a las normas inculcadas por la suprema autoridad eclesiástica, prueban por el mismo hecho de sus austeros y penosos trabajos de crítica textual, en cuánta veneración tienen el Texto Sagrado.

Al opúsculo ha añadido el autor cuatro páginas con el título “Pruebas sacadas de la Encíclica *Pascendi*” como para poner la malhadada empresa bajo los auspicios del Santo Pontífice Pío X. Ocurrencia infeliz, porque si la enseñanza de la Sagrada Escritura tuvo su Carta Magna en la Encíclica *Providentissimus Deus* de León XIII, que quiso llamar sobre este punto la atención de toda la Igle-

sia, fué Pío X quien dió, por propia personal iniciativa, remate definitivo a tal enseñanza especialmente en Roma y en Italia, habiendo él observado de cerca, en su experiencia de Obispo, tanto la deficiencia de la enseñanza bíblica como los desastrosos efectos que de ella resultaban.

Empezó en efecto por instituir, sólo pocos meses después de su elección el 23 de febrero de 1904, los grados de licencia y doctorado en Sagrada Escritura, sabiendo muy bien que la creación de títulos especiales era medio eficaz de alcanzar que los estudiantes se dedicaran de modo particular al estudio de la misma. Y no pudiendo por falta de medios fundar de inmediato el Instituto de altos estudios bíblicos que pensaba, Pío X estimuló en 1906 la enseñanza de la Sagrada Escritura en el Pontificio Seminario Romano; aprobó en 1908 y 1909 la creación de una enseñanza Superior de Sagrada Escritura en la Gregoriana y el Angelicum y finalmente, el mismo año de 1909, creó el Pontificio Instituto Bíblico, cuya obra no ha cesado de desenvolverse a la vista de los Sumos Pontífices en una continuidad de directivas tan evidente que no necesita demostración. Cuánto ha contribuído el Instituto Bíblico a promover el progreso del estudio de la Sagrada

Escritura especialmente en Italia, lo demuestra el número de alumnos y auditores de nacionalidad italiana, y el de los inscriptos a las Semanas Bíblicas, cada año convocadas con asistencia y fruto siempre crecientes. Fué también Pío X quien fijó las normas para el estudio de la Sagrada Escritura en los Seminarios, cuando publicó las letras apostólicas *Quoniam in re biblica* del 27 de marzo de 1906, *Ench. Bibl.*, nn. 155-173), y proveyó a su aplicación en los Seminarios de Italia con el programa especial de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, fecha 10 de mayo de 1907.

No hace falta insistir más: sea lo que fuere del autor del opúsculo y de sus miras, el estudio de la Sagrada Escritura debe continuar, aún en los Seminarios de Italia, según las directivas dadas por los últimos Sumos Pontífices, porque hoy no menos que ayer, importa que los sacerdotes y ministros de la Palabra de Dios, estén bien preparados y sean capaces de dar respuestas satisfactorias, no sólo sobre cuestiones de dogma y de moral católicas, sino también a las dificultades propuestas contra la verdad histórica y la doctrina religiosa de la Biblia, particularmente del Antiguo Testamento. Por tanto, plácenos terminar con las mismas palabras

con que Benedicto XV de s. m., concluía la Encíclica *Spiritus Paraclitus*: “Exegetae Sanctissimi (S. Hieronymi) documenta, Venerabiles Fratres, studiose efficite, ut animis clericorum et Sacerdotum vestrorum altius insideant; nam vestrum imprimis est diligenter revocare eos ad considerandum, quid ab ipsis divini muneris, quo aucti sunt, ratio postulet, si eo non indignos se praestare velint: “Labia enim sacerdotis custodient scientiam, et legem requirent ex ore eius, quia Angelus Domini exercituum est” (Mal., 2, 7). Sciant igitur, sibi nec studium Scripturarum esse negligendum nec illud alia via aggrediendum ac Leo XIII Encyclicis Litteris *Providentissimus Deus* data opera praescripsit” (*Ench. Bibl.*, n. 494).

El Padre Santo, a quien ha sido sometida toda la cuestión en la audiencia concedida por Su Santidad misma el 16 de agosto de 1941 al Rvdo. Secretario de la Pontificia Comisión para los Estudios Bíblicos, se ha dignado aprobar las deliberaciones de los Emms. componentes de dicha Comisión, y ordenar la expedición de la presente carta.

E. CARD. TISSERANT,
Presidente.

FR. G. M. VOSTÉ, O. P.,
Secretario.

7. DECRETO DE LA SAGRADA CONGREGACION DE ESTUDIOS SOBRE EL ESTUDIO DE LOS SALMOS

DEL 20 DE AGOSTO DE 1941 (EXTRACTO)

El Sumo Pontífice Pío XII quiere "*que se ponga un especial empeño en entender los Salmos*", y a tal fin la S. Congregación Romana respectiva dispone que en todos los Seminarios de Italia —y así se hará sin duda con el tiempo, en los de todo el mundo— se establezca, para estudiar los Salmos, fuera de los cursos ordinarios de Escritura Sagrada, *un curso especial de dos años*, con el fin de preparar a los sacerdotes para la recta inteligencia, exegética y espiritual, del Salterio, que forma la base del Breviario cotidiano.

Nadie encontrará exagerada la preocupación del Papa, si se considera que en los Salmos se contiene, revelada por el mismo Dios, la más perfecta y alta oración a que puede aspirar el hombre, que es como decir la espiritualidad más santa y la alabanza más agradable a Dios: "Confitebor tibi in vasis Psalmi"...

El divino Libro de los Salmos, bien explicado, constituye un tratado de vida espiritual, que es como decirlo todo: doctrina y conocimiento de Dios; predicación evangélica; oración, meditación, contemplación; ejercicio espiritual, y cultivo permanente del jardín de nuestra alma a la luz de la fe, la esperanza y la caridad cuyos frutos son el gozo y la santidad en la unión con Dios por la gracia de su amor.

He aquí el *Documento de la Sagrada Congregación*, del cual publicamos los párrafos siguientes:

La Santidad de nuestro Señor el Papa Pío XII, felizmente reinante, en su vigilante solicitud por todo aquello que se refiere a la vida interior y piedad del clero, desea que se ponga un especial empeño en entender los Salmos, para que el rezo del oficio divino, que constituye para el sacerdote la oración de toda la vida y de todas las obras, se realice con mayor atención y devoción.

En obsequio al augusto deseo del Santo Padre, esta Sagrada Congregación manda que, a partir del próximo año escolar 1941-1942, en el programa de estudios teológicos de los Pontificios Seminarios Regionales, se introduzca *un curso práctico sobre el Salterio* en conformidad con las siguientes normas:

1. El *curso es bienal* para los alumnos de 3º y 4º año de teología unidos con una clase semanal.

La hora necesaria para este fin se tomará del curso de liturgia, que se limitará por lo tanto al primer bienio, permaneciendo, sin embargo, la obligación de enseñar las ceremonias a todos los alumnos de teología en horario extraescolar.

2. El curso correrá *a cargo del profesor de Sagrada Escritura*, el cual, de aquí en adelante, tendrá comprensivamente diez lecciones semanales como los demás profesores de teología.

3. El curso tiene *un fin eminentemente práctico* y debe comprender la explicación de todo el Salterio.

4. Para que sea posible dar a los clérigos, con unas cincuenta lecciones, número que puede tenerse durante el bienio, *una comprensión bastante exacta de los 150 Salmos*, es conveniente:

a) Anteponer una *introducción* al Salterio, con todas las cuestiones inherentes, sentidos bíblicos, poesía hebrea, es decir paralelismo y ritmo, etc., en el primer año de teología;

b) *Agrupar los Salmos en series* según el argumento: así es más fácil evitar inútiles repeticiones y conseguir mayor claridad en la exposición.

c) *Explicar los Salmos mesiánicos* y algún otro de los más importantes en la clase ordinaria de exégesis, con la amplitud que merecen;

d) El profesor se preocupe que los alumnos *comprendan* bien el sentido del Texto Vulgato, que es el del Breviario; para mayor

soltura y facilidad puede usar la lengua italiana.

El Revmo. Prefecto de estudios de cada Seminario Regional al fin del próximo año escolar hará una amplia relación sobre los resultados del Curso al Comisario de los estudios, el cual, a su vez, informará a esta Congregación que se aprovechará de estos informes para mejorar eventualmente el mismo curso.

No dudamos que la susodicha iniciativa, bendecida de modo particular por el Vicario de Jesucristo, producirá los efectos deseados.

Invocando con este fin las más selectas bendiciones celestiales sobre cuantos prestan su laudable obra para que los alumnos del Santuario lleguen a ser verdaderos hombres de Dios, animados de espíritu de oración, con sentimientos de particular obsequio y con los más cordiales augurios en el Señor, me profeso de Vuestra Excelencia Revma. Dvmo. en J. C. — Fdo.:

G. CARD. PIZZARDO

Prefecto

ERNESTO RUFFINI

Secretario

8. RESPUESTA. DE LA PONTIFICIA COMISION BIBLICA ACERCA DE LAS VERSIONES DE LA SAGRADA ESCRITURA EN LAS LEN- GUAS PROPIAS DE CADA PAIS

(Acta Apostolicæ Sedis, Agosto 1943)

La Comisión Pontificia “De Re Biblica” a fin de solucionar la cuestión que se le ha propuesto acerca del uso y autoridad de las versiones bíblicas en las lenguas propias de cada país, principalmente de textos primitivos, y, a fin de aclarar aun más todavía su decreto, del 30 de abril de 1934, acerca del uso de las versiones de la Sagrada Escritura en las iglesias consideró oportuno dar y recomendar las normas siguientes:

Puesto que fué recomendado por el Pontífice Máximo León XIII en las cartas encíclicas “Providentissimus Deus” (Acta de León XIII, vol. 13 pág. 342; “Enchiridion Biblicum”, n. 91) que para un más profundo conocimiento y una más fecunda declaración de la divina palabra se apliquen los textos primitivos de la Biblia y por aquella reco-

mendación hecha ciertamente no sólo para utilidad de los exégetas y teólogos pareció y parece ya casi aconsejado que los mismos textos sean traducidos en las lenguas comúnmente conocidas o sea en las lenguas propias de cada país, pero bajo la vigilante custodia de la competente autoridad eclesiástica, según las leyes aprobadas de la ciencia sagrada y profana.

Además, puesto que de la Vulgata han sido tomadas por regla general las perícopas bíblicas que se han de leer públicamente en los libros litúrgicos de la Iglesia Latina referentes al sacrosanto Sacrificio de la Misa y al Oficio divino de la Vulgata, a la cual el Sínodo ecuménico Tridentino declaró única y sola auténtica entre las versiones latinas que circulaban en aquel tiempo (Conc. Trid. Sesión IV decr. acerca de la edición y uso de los Sdos. Libros; Ench. Bibl., n. 46); observatis observandis:

1) Las versiones de la Sagrada Escritura en las lenguas propias de cada país tomadas ya sea de la Vulgata ya sea de los textos primitivos, mientras sean editadas con licencia de la competente autoridad eclesiástica, según la norma del canon 1391, pueden ser rectamente aplicadas y leídas por los fieles

en provecho de la piedad de los mismos y también si, con diligente examen ya del texto ya de las anotaciones, hecho por hombres eminentes en ciencia teológica y bíblica se encontrase una versión más apta y fiel, entonces los Obispos, ya sea cada uno, o congregados en asambleas de su provincia o nación pueden recomendar esta versión de un modo especial a los fieles confiados a su custodia siempre que esto fuese del agrado de dichos pastores.

2) La versión de las perícopes bíblicas en la lengua propia de cada país en la cual tal vez los sacerdotes que celebran la Santa Misa, según costumbre u oportunidad, después de leído el mismo texto litúrgico, han de leer al pueblo según la respuesta de la Comisión Pontificia "De Re Biblica" (Acta Ap. Sedis, 1934, pág. 315), conviene que sea conforme al texto latino, es decir, litúrgico, quedando íntegra la facultad, siempre que esto sea provechoso, de ilustrar competentemente aquella misma versión con la ayuda del texto original o de otra versión más perspicua.

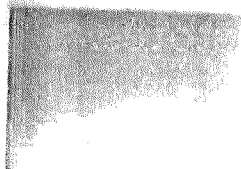
A la cual respuesta el Smo. Señor Nuestro Pío Papa XII en audiencia del día 22 de agosto del año 1943, benignamente concedida al infrascripto Rvmo. Consultor de Actos, ra-

180 RESPUESTA DE LA PONTIF. COM. BÍBLICA

tificó y mandó que se hiciese de derecho público.

Roma, 22 de agosto de 1943.

JACOBO M. VOSTE
Consultor de Actos



9. NORMAS DEL CODIGO CANONICO PARA LA LECTURA Y PUBLICACION DE LA SAGRADA ESCRITURA

Considerando las fervorosas exhortaciones de los Sumos Pontífices a leer y meditar la Sagrada Escritura, se plantean lógicamente algunas cuestiones de índole práctica, sobre todo la pregunta: *¿Cuáles son las ediciones que se ajustan a los requisitos que la Iglesia considera indispensables para hacer fecunda la lectura de la Biblia?*

La legislación de la Iglesia trata en cinco cánones del *Código* sobre la lectura del Libro sagrado.

Canon 1385, 1: No se publiquen, ni siquiera por los seglares, sin previa censura eclesiástica, los libros de la Sagrada Escritura ni comentarios a los mismos.

Canon 1391: Las versiones de las Sagradas Escrituras en lengua vulgar no pueden imprimirse si no son aprobadas por la Santa Sede o si no son publicadas bajo la vigilancia de los Obispos y con anotaciones

sacadas principalmente de los Santos Padres de la Iglesia y de doctos y católicos escritores.

Canon 1399, 1: Están prohibidas “ipso jure” las ediciones del texto original y de las antiguas versiones católicas de la Sagrada Escritura, incluso las de la Iglesia Oriental, publicadas por cualesquiera no-católicos, así como las versiones de la Sagrada Escritura en cualquier lengua, hechas o publicadas por los mismos.

Canon 1400: El uso de los libros a que se refiere el canon 1399,1 y de los libros publicados contra lo prescrito en el canon 1391 está permitido solamente a los que de alguna manera se dedican a los estudios teológicos o bíblicos, con tal que tales libros estén fiel e integralmente editados y no se combatan en ellos, en los prolegómenos o en las notas los dogmas de la fe católica.

Canon 2318, 2: Los autores y editores que sin la debida licencia hacen editar los libros de la Sagrada Escritura o notas o comentarios a la misma, incurren ipso facto en la excomunión no reservada.

No cuesta mucho esfuerzo comprender los saludables motivos en que se inspiran los cá-

nones citados. Su objeto no sólo es salvaguardar el texto sagrado sino también preservar a los fieles de los abusos que tan frecuentemente hacen de él aquellos mismos que pretenden tomarlo por la única base de la fe.

En los primeros cánones se requiere la *previa aprobación* para todas las ediciones y comentarios efectuados por *católicos*. Ninguno puede imprimirlos sin la licencia por parte de la *Santa Sede*. Los mismos efectos produce la *aprobación episcopal* con tal que la edición sea acompañada de anotaciones sacadas principalmente de los Padres, Doctores y escritores católicos.

El tercer canon se ocupa de las ediciones hechas por *no católicos*, prohibiendo su lectura a los fieles y extendiendo la prohibición al texto original así como a las versiones en lengua vulgar.

El cuarto canon establece una *excepción* en favor de los que “de alguna manera” se dedican *a los estudios teológicos o bíblicos*, siéndoles concedido el uso de todas aquellas ediciones que reproduzcan fielmente el texto, y no impugnen los dogmas de la fe católica.

El quinto canon fija las *sanciones* para los autores y editores que sin la debida licencia publiquen los libros sagrados.

Pasando a la *aplicación* de los cánones citados podemos formular las normas siguientes:

- 1º *Los que quieren leer sólo o meditar la divina palabra*, para alimentar su alma, han de atenerse a las ediciones aprobadas por la autoridad eclesiástica.
- 2º *Los que de alguna manera se consagran a estudios teológicos y bíblicos*, sean sacerdotes, sean laicos, gozan del privilegio de usar las ediciones protestantes y por ende no aprobadas, con las precauciones indicadas, es decir, si son fieles reproducciones del texto sagrado y se abstienen de atacar la fe católica. Los Seminarios v. gr., pueden servirse del texto griego del Nuevo Testamento de Nestle, ofrecidas por las sociedades protestantes. Se entiende por sí mismo que han de dar preferencia a ediciones católicas si las hay. Respecto de las pretendidas falsificaciones de la Biblia por los protestantes, tópico muy usado en la polémica, hay que observar que los protestantes no usan traducciones de la Vulgata sino exclusivamente versiones hechas de los textos originales (el hebreo y el griego respectivamente) y sólo de los libros protocanónicos, por lo cual resultan numerosas diferencias que

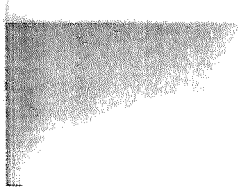
a veces por los que no conocen los textos originales ni las dificultades de la traducción, son consideradas como falsificaciones del texto sagrado.

- 3º Están prohibidas —para los que no hagan estudios bíblicos— todas las ediciones de las *sociedades bíblicas protestantes*, aunque ellas ofrezcan traducciones de autores católicos. La Sociedad Bíblica Británica y Extranjera p. ej., ofrece la versión católica de Felipe Scio y la Sociedad Bíblica Americana hace lo mismo.

Como se ve, la Iglesia no quiere prohibir la lectura de la Sagrada Escritura, y menos los estudios bíblicos, concediendo para ellos hasta el uso de Biblias protestantes. Lo que nuestra santa Madre intenta es únicamente *salvaguardar la primitiva y legítima autoridad de la Biblia* sin dar lugar a interpretaciones subjetivas y heréticas. Es pues falso decir que la Iglesia tenga alejados a los fieles de los manantiales sobrenaturales que brotan de los santos libros. Al contrario: *Todos los católicos tienen hoy día el derecho de leer la Sagrada Escritura*, con tal que se atengan a las disposiciones que ha establecido para ellos la prudencia maternal de la Iglesia.

Pero no olvidemos que los derechos implican *deberes*. Para nosotros que buscamos en la Biblia un alimento espiritual, la lectura de las Escrituras es más que un derecho. *Es un medio y remedio*. Un medio para acercarnos a Dios, un remedio contra las enfermedades del alma; porque “*la Palabra de Dios es viva y eficaz y más acerada que una espada de dos filos, tan penetrante, que llega hasta separar el alma y el espíritu, las coyunturas y la médula, porque discierne las intenciones y los pensamientos del corazón*” (Hebr. 4, 12).

APENDICES



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1. CIEN TESTIGOS

que dan testimonio del valor espiritual y ascético de la lectura, meditación y estudio de la Sagrada Escritura

ADVERTENCIA

Los testimonios que siguen a continuación, necesitan una palabra de aclaración:

1). Citamos solamente cien. Podríamos publicar doscientos y más testimonios. Pero ¿para qué este desperdicio? Aquellos que no creen a cien testigos, tampoco darán crédito a doscientos.

2). Las citas son tan *exactas* como le es posible a uno que ha dejado su colección de citas en Europa y tiene que arreglarse con los recursos que le prestan las pocas e insuficientes bibliotecas que ahora están a su alcance. Los escrituristas encontrarán algún error y lo perdonarán y rectificarán, porque saben de experiencia qué labor tan ardua es hacer una cadena de testigos desde Clemente Romano hasta Pío XII.

3). Conforme al fin de este trabajo han sido elegidos solamente aquellos testigos que recomiendan la Sagrada Escritura como *instrumento y medio de la piedad cristiana*. Hay también quienes señalan los peligros de una lectura indiscreta de los Libros Sagrados, y se entiende por sí mismo que en aquella época, en que a raíz del Protestantismo la lectura de la Biblia en lengua vulgar

estaba prohibida a los que no tenían permiso especial (1564-1757, en España hasta 1781), el número de Testigos sea relativamente escaso.

4). Registrando los nombres, notamos dos épocas de *apogeo* en la valorización del Libro divino para la piedad cristiana: la era patrística y el siglo XX. ¿Es acaso porque el tiempo moderno tiene tanta semejanza con los primeros siglos del Cristianismo, en cuanto a la decadencia de las costumbres y falta de espiritualidad? El hecho es que desde León XIII la voz de la Iglesia Docente y de los hombres de espiritualidad recomiendan cada vez más el Libro de los libros como remedio contra los males que han invadido un mundo que todo lo posee menos la espiritualidad del Evangelio.

5). Los cien testigos representan *toda la Iglesia* de todos los siglos, de Occidente y Oriente, del Antiguo y Nuevo Mundo, y todos los estados eclesiásticos: Papas, Cardenales, Arzobispos, Obispos, Sacerdotes, Religiosos, laicos, hombres y mujeres. Encontramos entre ellos 16 Sumos Pontífices, 18 Doctores de la Iglesia, 42 Cardenales, Arzobispos y Obispos, 24 escritores católicos. Entre todos éstos 34 han llegado al honor de los altares.

A). ERA PATRISTICA

SAN CLEMENTE ROMANO, PAPA (92-102)

Vosotros, amados, sabéis bien las Sagradas Escrituras; tenéis un profundo conocimiento de las palabras de Dios. Guardadlas para acordaros de ellas.

Epíst. I a los cristianos de Corinto, cap. 53.

SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, OBISPO Y MÁRTIR
(† 107)

Acurro al Evangelio como a la Carne de Cristo, y a los Apóstoles como al presbiterio de la Iglesia.

Pero amemos también a los Profetas, porque ellos han anunciado el Evangelio.

Epist. a los Romanos.

No celebremos más el sábado, según costumbre judía, con ociosidad, sino que cada uno de nosotros lo celebre para salud del alma, no (sólo) con recreo y descanso corporal, sino con el deleite de la meditación de las Sagradas Escrituras.

Epíst. a los Magnesios.

SAN POLICARPO DE ESMIRNA, OBISPO Y MÁRTIR
(† 156)

Tengo la confianza de que estáis bien versados en las Sagradas Escrituras.

Pablo estando ausente os ha escrito cartas que os edificarán si las leyereis reflexivamente.

Epíst. a los cristianos de Filipos.

SAN JUSTINO, MÁRTIR († 165)

Siempre nos acompaña nuestro caudillo, la Palabra de Dios... La Divina Palabra compenetra nuestra alma con su vigor... A los

mortales nos convierte en inmortales y nos conduce de este mundo al otro.

Orat. ad Græcos, cap. 5.

SAN IRENEO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA
(130-200)

Leed con el mayor empeño el Evangelio que nos ha sido transmitido por los Apóstoles; leed los Profetas, y encontraréis anunciados la historia, las enseñanzas y la Pasión de Nuestro Señor.

Adv. Hæreses lib. 4, cap. 66.

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA (150-215)

Así como el mar está abierto para todos y el uno lo aprovecha para nadar, el otro para hacer comercio, el tercero para pescar, y así como la tierra es común de todos y el uno sobre ella camina, el otro se desvía, el tercero hace un edificio, así sucede en la lectura de las Escrituras Sagradas: el uno por el conocimiento de las Sagradas Escrituras se fortalece en la fe, el otro en las costumbres, el tercero renuncia a la superstición.

Apud Damasc. lib. 2, Paral. c. 49.

ORÍGENES († 254)

Ojalá que todos cumpliéramos lo que está escrito: Escudriñad las Escrituras.

Hom. 2 in Is., c. 7.

Necios y ciegos son todos los que no comprenden que la lectura de la Sagrada Escritura suscita conceptos grandes y dignos.

In Matth. tract. 25, c. 23.

ACTA MARTYRUM

En las persecuciones muchos cristianos murieron mártires por guardar en su casa los Libros Sagrados, p. ej. Saturnius, Esperatus, los mártires escilitanos, Sta. Irene, Marcellius, Catulinus, Euplius. Este último confiesa ante el juez: Soy cristiano; no me es lícito entregarlos; prefiero morir. Estos libros me aseguran la vida eterna; quien los entrega, la pierde. Ofrezco mi vida para no perder la vida eterna.

SAN CIPRIANO DE CARTAGO, OBISPO Y MÁRTIR
(† 256)

Hállese en vuestras manos la Sagrada Escritura, y la memoria del Señor en vuestros corazones.

Sermo de zelo et livore.

El cristiano que tiene fe se dedica a la lectura de las Sagradas Escrituras.

De Spectaculis.

SAN ANTONIO MAGNO, ABAD († 356)

Empéñate en leer las Sagradas Escrituras, porque ellas te darán amparo.

Orat. ad Monach.

SAN HILARIO, OBISPO DE POITIERS († 366)

Dios habla para nosotros, y no para Sí, y en la redacción de sus Escrituras ha querido usar de nuestras palabras y maneras de decir y se ha amoldado a los usos y costumbres de nuestra locución.

Explan. in Psal. 126, n. 6.

SAN ATANASIO DE ALEJANDRÍA,
OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA († 373)

No se aleje de tu boca la Palabra de Dios, ni de día ni de noche. En todo tiempo consista tu obra en la meditación de las Sagradas Escrituras. Has de tener el Salterio y has de aprender de memoria los Salmos.

De virgin. 12.

Como la Sagrada Escritura sobrepuja a todos los libros, aconsejo que la lean con frecuencia quienes desean saber más de ella.

Epíst. a los Obispos de Egipto y Libia, c. 4.

Estos (los libros del Antiguo y Nuevo Testamento) son los manantiales de la salud, de

los cuales todos los sedientos pueden sacar la Palabra de Dios. *Epíst. festal. 39.*

SAN EFRÉN, DOCTOR DE LA IGLESIA († 373)

Cuida de leer frecuentemente los Libros Sagrados... Si por ventura no sabes leer, recurre a otra persona de la cual puedas oírlos con aprovechamiento. *Sermo 60.*

SAN BASILIO DE CESAREA, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA († 379)

Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil, escrita únicamente con la asistencia del Espíritu Santo, a fin de que toda alma que busca la salud pueda elegir en ella como en un común depósito de medicamentos, los remedios saludables y apropiados a su debilidad. *Hom. in Psalm. I.*

Obedezcamos el mandato del Señor: Escudriñad las Escrituras. *De Bapt. cap. 4.*

Una cosa enseñan los profetas, otra los historiadores, otra la Ley, y otra los libros espirituales (del Antiguo Testamento). Pero los Salmos recogen lo provechoso de todos los demás. Predicen lo futuro, recuerdan las historias, dan leyes para el bien vivir, nos declaran nuestras obligaciones, en una pala-

bra: son un tesoro universal de preciosas enseñanzas.

SAN CIRILO DE JERUSALÉN, OBISPO Y DOCTOR
DE LA IGLESIA († 386)

¡Recrea tu alma con la lectura de los Santos Libros, ante todo en este tiempo de Cuaresma!

Catech. I.

Los Salmos ahuyentan a los demonios, llaman en socorro a los Angeles, suministran armas contra los temores nocturnos. En ellos consiste el descanso después de las labores cotidianas, la seguridad de los niños, el adorno de los jóvenes, el consuelo de los ancianos, la gala más conveniente de las mujeres. Ellos dan vida a la soledad, sabiduría al foro. A los principiantes son principio; a los adelantados incremento; firmeza a los perfectos. Son la voz de la Iglesia, llenan de alegría los días festivos, crean aquella tristeza que es de Dios.

Ench. Ascet. 246.

SAN GREGORIO NAZIANCENO,
OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA († 389)

Con tu mente y tu lengua ocúpate siempre de las Letras Divinas.

Carm. Lib. I, n. 1, carm. 12.

Adquiere los grandes tesoros de ambos Testamentos de los cuales uno se llama el antiguo, el otro el nuevo... Emplea toda aplicación y celo en leerlos; porque en ellos podrás aprender cómo formarte en las mejores costumbres y servir al único y verdadero Dios con ánimo devoto.

SAN AMBROSIO DE MILÁN, OBISPO Y DOCTOR
DE LA IGLESIA († 397)

No deje nuestra alma de dedicarse a la lectura de las Letras Sagradas, a la meditación y a la oración, para que la Palabra de Aquel que está presente, sea siempre eficaz en nosotros. *De Abraham lib. 2, c. 5.*

Si eres tentado por la concupiscencia y los apetitos, lee el Evangelio; dígate Jesucristo: No se perturbe tu corazón. Si te agobia algún temor, dígate Cristo: No se perturbe tu corazón ni se amedrente. Si el perseguidor te inflige tormentos, lee el Evangelio; dígate Jesús: No se perturbe tu corazón ni se amedrente. Lee al Apóstol que dice: Los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con la gloria venidera. Si navegas y contra ti se levantan grandes oleadas y se desencadena una oscura tormenta, dígate Jesús: Soy Yo, no temas. Y si te sobreviene

una grande y grave prueba, dí antes: Resuelto esto, y nada me arredra, a cumplir tus preceptos. *Ench. Ascet. núm. 417.*

Cuanto se enseña en la Ley, cuanto leemos en la Historia, cuanto anuncian los Profetas, y cuantas instrucciones, avisos y correcciones se hallan en la moral, otro tanto se encuentra en los Salmos. Por esta razón, cuando los leo, registro en ellos todos los misterios de nuestra sagrada Religión, y todo lo que vaticinaron los Profetas; veo y reconozco la gracia de las revelaciones, los testimonios de la resurrección de Jesucristo, los premios y castigos de la otra vida; aprendo a confundirme y avergonzarme de mis pecados, y a detestarlos y evitarlos enteramente. El ejemplo de un Rey y Profeta tan grande me sirve de modelo para que procure arrepentirme muy de corazón de todos ellos, llorarlos con amargas lágrimas, y precaverme en adelante para no volver a cometerlos. *Præf. in Psalm.*

SAN JUAN CRISÓSTOMO, PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA Y DOCTOR DE LA IGLESIA († 407)

Sea cual fuera la desgracia que pese sobre el ser humano, en la Escritura encontrará el antídoto adecuado, que ahuyenta todo pesar. Así, pues, es necesario no sólo oír las lectu-

ras en la iglesia, sino leerla también en casa y hacer que la lectura sea provechosa.

Hom. 29 in cap. 9 Genes.

No os contentéis con mirar esas palabras adorables. Es menester alimentarse de ellas, asimilarlas: la verdadera causa de nuestros males es la ignorancia de la palabra de Dios.

Hom. 9, in cap. 2 ad Col.

La Santa Escritura es semejante a un tesoro precioso. Porque si es verdad que puede adquirirse una riqueza considerable con sólo una pequeña parte de un tesoro, ello puede decirse con mayor razón de las Escrituras Santas. Una sola de las sentencias, por breve que sea, encierra plenitud de pensamiento y una riqueza inefable. Es también la Escritura divina semejante a una fuente de abundante e inagotable caudal. Nuestros antepasados bebieron de sus aguas, según sus fuerzas; los venideros beberán también, sin que agoten la fuente, antes al contrario, manará más copiosa y serán más abundantes sus aguas.

In Gen., Hom. 3.

Es absolutamente necesario que nos armemos continuamente con las Escrituras y saquemos de ellas los remedios eficaces para tantos males.

Homilía sobre Lázaro.

La lectura de las Sagradas Escrituras refresca y alivia y consuela el corazón afligido y atormentado por angustias mortales, atenuando la intensidad y el aguijón del dolor y ofreciendo un sosiego más dulce y apacible que el de la sombra de aquella enramada.

Hom. 4 de pœnit. et orat.

Un prado es agradable, y es agradable un jardín; pero es más agradable todavía el estudio de la Sagrada Escritura. Porque sus flores se marchitan, pero las palabras de la Escritura tienen un vigor de vida perdurable. El céfiro sopla allí, pero aquí la inspiración del Espíritu Santo... Un jardín está sujeto al cambio de las estaciones; mas la Sagrada Escritura, aun en invierno, está cubierta de hojas, y en todo tiempo de frutos.

Hom. de capt. Eutrop. 1.

Aunque no entendáis los secretos de la Escritura, con todo, la simple lectura de ella causa en nosotros una cierta santidad; porque no puede ser que dejéis de entender algo de lo que leáis. Porque, a la verdad, por esto dispuso la gracia del Espíritu Santo que estas Escrituras fuesen compuestas por publicanos, pescadores, artífices de tiendas de campaña, pastores, cabreros, torpes e ignorantes para

que ningún iletrado pueda alegar por excusa la dificultad de comprenderlas, y a fin de que todos entiendan fácilmente lo que en ellas se contiene.

Hom. 3 de Lázaro.

SAN JERÓNIMO, EL DOCTOR MÁXIMO († 420)

No hay más que un río que mana debajo del trono de Dios, y es la gracia del Espíritu Santo, y esta gracia del Espíritu Santo está encerrada en las Sagradas Escrituras, es decir, en ese río de las Escrituras. Y corre este río entre dos riberas, que son el Antiguo y el Nuevo Testamento, y en cada orilla se encuentra plantado un árbol, que es Cristo.

Explicación del Salmo 1.

Sé muy asidua en la lectura y estudia lo más posible. Que el sueño te encuentre con el Libro en la mano, y que sobre la página sagrada caiga tu cabeza agobiada por el cansancio.

Carta a Santa Eustoquia: Ep. 22, 17.

Libremos nuestro cuerpo del pecado y se abrirá nuestra alma a la sabiduría; cultivemos nuestra inteligencia mediante la lectura de los Libros Santos: que nuestra alma encuentre allí su alimento de cada día.

In Tit. 3, 9.

¿Cómo podríamos vivir sin la ciencia de las Escrituras, a través de las cuales se aprende a conocer a Cristo que es la vida de los fieles?

In Is. Prol.

Ignorar las Escrituras es ignorar al mismo Cristo.

In Is. Prol.

Debemos, pues, con el mayor ardor leer las Escrituras y meditar día y noche la ley del Señor; así podremos distinguir, como ejercitados cambistas, las monedas buenas de las falsas.

In Eph. 4, 31.

A la matrona romana Leta le da sobre la educación de su hija, entre otros consejos el siguiente: "Cercioraos de que estudie cada día algún pasaje de la Escritura... que en vez de las alhajas y sederías se aficione a los Libros divinos... Tendrá que aprender antes el Salterio, distraerse con sus cantos, y extraer de los Proverbios de Salomón una regla de vida. El Eclesiastés le enseñará a hollar los bienes del mundo; Job le brindará un modelo de fortaleza y de paciencia. Pasará en seguida a los Evangelios, que deberá tener siempre entre las manos. Asimilará ávidamente los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas. Después de haber recogido esos tesoros

en el místico cofre de su alma, estudiará a los profetas, el Heptateuco, los libros de los Reyes y de los Paralipómenos, para terminar comprendiendo el Cantar de los Cantares”.

Ep. 107, 9, 12.

Mientras estés en tu patria, haz de tu celda un paraíso, come los frutos variados de las Escrituras; pon tus delicias en estos Santos Libros y goza de su intimidad... Ten siempre la Biblia en tus manos y bajo tus ojos; aprende palabra por palabra ~~del~~ el Salterio, que tu oración sea incesante, tu corazón vigile constantemente y permanezca cerrado a los pensamientos vanos.

Ad Rusticum. Ep. 125, 7, 3; 11, 1.

Una vez que conozcas bien las Divinas Escrituras, y te hayas armado con sus leyes y testimonios, que son los vínculos de la verdad, marcharás sobre tus enemigos, los enlazarás, los encadenarás y los traerás cautivos; y luego de estos adversarios y cautivos de ayer harás hijos libres de Dios.

Ad Fabiolam. Ep. 78, 30.

Relee con frecuencia las Divinas Escrituras, más aún, que el Santo Libro no se aparte jamás de tus manos. Aprende allí lo que luego has de enseñar. Permanece firmemente

adherido a la doctrina tradicional que te ha sido enseñada, a fin de estar en condiciones de exhortar según la santa doctrina y de refutar a aquellos que la contradicen.

Ad Nepot. Ep. 52, 7, 1.

Si hay alguna cosa, oh Paula y Eustoquia, que pueda sujetarnos aquí abajo a la sabiduría y que en medio de las tribulaciones y torbellinos del mundo conserve el equilibrio de nuestra alma, yo creo que es ante todo la meditación y la ciencia de las Escrituras.

In Eph. Prol.

Nos alimentemos con la Carne de Cristo y bebemos su Sangre no solamente en el Misterio (de la Misa), sino también leyendo las Escrituras.

SAN AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA Y DOCTOR
DE LA IGLESIA († 430)

La Escritura habla de tal manera que su sublimidad confunde a los soberbios, su profundidad amedrenta a los atentos, su verdad apacienta a los grandes y su afabilidad nutre a los párvulos.

De Gen. ad Lit. I, 5, c. 3, n. 6.

Si toda ciencia, hasta la más profana y la más fácil, reclama para ser adquirida la ayuda

de un hombre docto y de un maestro, ¿puede haber algo más orgullosamente temerario que pretender conocer los Libros que contienen los secretos divinos sin el auxilio de quienes son sus propios intérpretes?

Ad Honorat. De utilit. cred. XX, 17.

Se nos ofreció la dulzura de las santas Escrituras, para que pudiéramos mantenernos en el desierto de la vida humana... Acércate a la mesa del Señor, al banquete de las Escrituras; pero cuida de llevar vestidura nupcial, es decir, amor de Dios y del prójimo.

Sermo 90, n. 9.

Cuanto es más pobre el hombre de su propio fondo, más debe enriquecerse en estas fuentes sagradas. Pequeños como somos para expresar las grandes cosas de la fe, hemos de crecer mediante la autoridad de las Escrituras.

De Doctr. Christ. 4, 5.

Leed la Escritura, leedla, para que no seáis ciegos y guías de ciegos. Leed la Sagrada Escritura, porque en ella encontraréis normas sobre lo que habéis de hacer y lo que habéis de evitar. Leedla, porque es más dulce que la miel y más nutritiva que cualquier otro alimento.

Sermo 48.

Dadme, Señor, que publique y confiese en vuestra presencia todo cuanto yo hallare y entendiere en vuestros Sagrados Libros; que oiga aquellas voces de alabanza vuestra; que sacie mi sed, bebiendo allí vuestro espíritu y que considere las maravillas que nos refiere vuestra santa Ley, comenzando desde el principio en que creasteis el cielo y la tierra, hasta el perfecto establecimiento de aquel reino, que ha de durar con Vos eternamente en vuestra santa ciudad y celestial Jerusalén.

Confes. XI, 2.

Quien no se aplica a oír en su interior la Palabra de Dios, será hallado vacío en su predicación externa.

Sermo 179.

El verdadero Cristo se halla (entre nosotros) tanto en la Palabra como en la Carne.

In Ev. Joh. tract. 26, 12.

Para todas las enfermedades del alma proporciona la Sagrada Escritura un remedio.

Todas las divinas Escrituras son saludables a los que las entienden bien; pero son peligrosas a los que quieren torcerlas para acomodarlas a la depravación de sus costumbres.

Sermo 1 in Psalm. 48.

Ama las Sagradas Escrituras y te amará la Sabiduría.

SAN BENEDICTO DE NURSIA, FUNDADOR DE LA
ORDEN BENEDICTINA († 543)

¿Qué página o qué sentencias hay en el Antiguo y Nuevo Testamento, que no sean una perfectísima norma de la vida humana?

Regla, cap. 73.

SAN GREGORIO MAGNO, PAPA Y DOCTOR
DE LA IGLESIA † 604)

¿Qué otra cosa es la Sagrada Escritura sino una carta que el Señor todopoderoso ha querido por su bondad dirigir a su creatura? Por cierto, en cualquier lugar o situación que te hallares, oh Teodoro, si recibieras una carta del emperador, al punto y sin la menor dilación la leerías: ni tendrías reposo alguno ni dormirías, sin querer saber primero lo que la majestad imperial te ordenaba. Pues habiéndote enviado el Emperador del cielo y el Señor de las hombres y de los Angeles sus cartas en las que se trata de tu propia vida; ¿cómo te descuidas en leerlas, y no manifestas ardor y prontitud en saber lo que en ellas se contiene? Por lo cual, te encargo estrechamente, que te apliques a este estudio con la mayor afición, y que medites cada día

las palabras de tu Creador. Aprende por la Palabra de Dios, cuál es para contigo el corazón de Dios. *Ad Theod. Med. Ep. 31.*

La Palabra Divina, la cual está llena de misterios para ejercitar los entendimientos más elevados, contiene también verdades muy claras, propias para nutrir a los sencillos y menos ilustrados. Es semejante a un río, cuyo cauce (ensanchándose) fuese en algunas partes tan poco profundo que pudiese pasarlo un corderito; y tan hondo en otras, que pudiese nadar un elefante.

Carta a S. Leandro, Obispo de Sevilla.

SAN ISIDORO DE SEVILLA, OBISPO Y DOCTOR
DE LA IGLESIA († 636)

El camino que conduce a Cristo es la Sagrada Escritura, mediante la cual los justos se acercan a Dios y le reconocen tal cual es. Las santas y sublimes Escrituras son semejantes a montes que nos proporcionan alimento; todo hombre piadoso que los sube, tiene el pleno goce de encontrar alimento eterno.

De Summo Bono, lib. I, c. 13.

EL AREOPAGITA

Leer la Biblia es rezar, meditarla es hacer oración, reverenciarla es adorar la incom-

prensibilidad divina, familiarizarse con la Biblia es entrar en conversación frecuente con Dios y empezar a gozar de El.

B). EDAD MEDIA

SAN BEDA EL VENERABLE, DOCTOR DE LA IGLESIA († 735)

Te ruego encarecidamente que te dediques en primer lugar a la lectura de los Libros Sagrados, en los cuales creemos encontrar la vida eterna. *De arte metr. ad Wigbert.*

SANTA LIOBA, ABADESA Y COLABORADORA DE S. BONIFACIO († 782)

Narra el monje Rodolfo de Fulda que escribió la Vida de la Santa, que ésta fortalecía siempre su espíritu por la lección continua de las Letras Sagradas. Cuando trabajaba, no dejaba de reflexionar sobre alguna palabra de la Escritura; y cuando no estaba trabajando, se hallaba en su mano el libro sagrado. Y en tanto grado sabía de memoria la Biblia que, vieja ya, se despertaba en seguida cuando la lectora que estaba junto a su cama, se equivocaba en la pronunciación de una palabra.

RABANUS MAURUS († 856)

Ella (la Biblia) es la luz imperecedera que ilumina todo el mundo. Si existe alguna ciencia que para sí pueda pretender el atributo de “sabiduría”, nace de esta fuente.

NICOLÁS I, PAPA (858-867)

Exhorta a los fieles al descanso dominical, para que el cristiano pueda dedicarse a la oración y ocuparse de la Sagrada Escritura.

Responsum ad consulta Bulg.

JUAN VIII, PAPA (872-882)

¡Qué sabiduría más oculta bajo el velo de palabras pasajeras, pero qué verdad más perdurable y qué descanso para el corazón puro que disfruta de la lectura (de la Sagrada Escritura)! Quien al leer la Sagrada Escritura no experimenta esta alegría se queda en la superficie y no obtiene frutos interiores. Así como un poco de vino no solamente sirve para la salud del cuerpo sino que también produce mucho deleite en el espíritu, de la misma manera la Palabra Divina ha de alegrar tanto a los oyentes como a los lectores... La Sagrada Escritura si bien es sencilla y deleitable al que la lee, sin embargo más

gusto y placer nace de la esperanza de la vida prometida en ella.

Altercatio Synagogæ, cap. 7.

SAN PEDRO DAMIÁN, CARDENAL Y DOCTOR
DE LA IGLESIA († 1072)

Siempre dedícate a la lectura de la Sagrada Escritura. A esto entrégate enteramente, persevera y vive en ella. *Epist. 29 ad Steph.*

La Sagrada Escritura no por otro motivo ha sido copiada tantas veces sino para aprovechamiento de los hombres; porque todo lo que ella manda o prohíbe, es sin duda útil para la salud de nuestra alma.

Epist. 12 ad quendam thesaur.

SAN ANSELMO DE CANTORBERY, ARZOBISPO
Y DOCTOR DE LA IGLESIA († 1109)

Nuestro sermón resulta sin provecho para la salud de las almas, si no tiene su fuente y su orientación en la Sagrada Escritura.

SAN BRUNO DE ASTI, OBISPO DE SEGNI
(† 1123)

Así como las hierbas aromáticas despiden más intensa fragancia cuando se trituran, así

es más vivo el sabor de la Escritura cuando con detención se la rumia.

Véase Gomá, La Biblia y la Predicación, pág. 235.

SAN BERNARDO, DOCTOR DE LA IGLESIA
(† 1153)

Tenemos necesidad de leer la Sagrada Escritura, puesto que por ella aprendemos lo que debemos hacer, lo que hay que dejar y lo que es de apetecer. Por lo cual dice el Salmo 118): Tu palabra es antorcha para mis pies y luz para mis sendas. Mediante la lectura de la Sagrada Escritura se forman los conceptos y se ejercita el entendimiento. La lectura nos enseña a orar y trabajar... Sé tú, pues, constante en la lectura y meditación de la Sagrada Escritura; camina siempre en la ley de Dios; muestra celo por leer la Escritura, y nunca has de dejar de hacerlo.

De modo bene vivendi, cap. 50.

La Sagrada Escritura es amabilísima, sobremanera atrayente y tan aleccionadora su lectura, que resulta un gozo investigar lo que tiene de oscuro al par que su dulce contenido evita todas las dificultades del cansancio.

Serm. 1 super Cant.

Todos los sexos y todos los estados, cuando se empeñan en buscar, pueden encontrar en la Sagrada Escritura lo que necesitan para la salvación.

De Epist. S. Pauli.

Aunque estés muerto en el pecado, si oyes la voz del Hijo de Dios, vivirás; porque la palabra que pronuncia, es vida y espíritu. Si tu corazón está endurecido, enviará su palabra, y lo derretirá... Si estás tibio, te inflamará; porque su habla es muy ardiente. Si lloras por hallarte en tinieblas, la Palabra del Señor será antorcha para tus pies, y lumbré para tus sendas... Si te combaten ejércitos enemigos, toma la espada del espíritu, que es la Palabra de Dios y con ella fácilmente alcanzarás la victoria. *Serm. XXIV.*

La Palabra de Dios es viva y eficaz, así que entra en el alma, la saca de su marasmo, mueve, ablanda y hiere el corazón, ese corazón endurecido, ese corazón de piedra y siempre enfermo. Empieza también a arrancar y a destruir, a edificar y a plantar, a regar lo que era árido, a iluminar lo que estaba en las tinieblas, a abrir lo cerrado, a abrasar lo helado, a enderezar lo torcido, y a allanar los caminos tortuosos; de tal manera que enton-

ces el alma bendice al Señor, y todas sus facultades alaban su santo nombre.

Serm. LXXIV.

HUGO DE SAN VICTOR († 1141)

La Sagrada Escritura es como un maestro público que siempre ha de estar en medio del pueblo, no sólo por la autoridad de que disfruta sino también por el buen ejemplo que da a los otros.

Miscellan. lib. 1.

En algunos pasajes la Sagrada Escritura es semejante al pan duro que se digiere con dificultad, en otros, empero, se toma tan fácilmente como el vino, mas en todos puede ella dar al lector saludable medicina para su alma.

Misc. lib. 1.

(La Biblia) es el libro de vida, que tiene su origen en la esencia eterna y espiritual; es escritura indeleble y digna de ser deseada; doctrina fácil, dulce y suave, profundidad inagotable, reunión de todas las verdades cuyo conjunto forma una sola verdad.

RICARDO DE S. VICTOR († 1173)

La lectura, y más aún la lectura atenta de los Libros Sagrados, fortalece el alma, debilita al enemigo y le quita las fuerzas. Quien

la guarda bien en su memoria y la toma por regla del obrar, es más capaz de vencer al enemigo; pues el conocimiento de la Escritura instruye; y el vivir según ella es luz.

In Cant.

INOCENCIO III, PAPA († 1198-1216)

Acudamos a la Sagrada Escritura cada vez que tengamos que luchar con graves tentaciones; en ella encontramos cosas que nos causan maravilla, y ejemplos que imitar.

Serm. 3 in Dominic. I Quadrages.

GREGORIO IX, PAPA (1227-1241)

Siendo probado, como lo es, que la ignorancia de la Escritura ha originado muchos errores, todos tienen que leer o escuchar las Sagradas Escrituras; porque la divina Inspiración, que ha dispuesto estas enseñanzas para la posteridad, quiso también que fuesen aprovechadas por todos los contemporáneos, para su propio convencimiento.

Epist. 6 ad Germanum Patriarch.

Todas las ciencias han de servir a la Sagrada Escritura.

*Véase Denifle-Châtelain, Chartul.
Univ. París. I, 87, p. 143.*

ALEJANDRO DE HALES, LLAMADO “DOCTOR
IRREFRAGABILIS” († 1245)

El fin de toda especulación teológica consiste en penetrar plenamente en el conocimiento de la Sagrada Escritura.

S. T. p. I, q. I, membr. 4, art. 3, 4, 5.

ALEJANDRO IV, PAPA (1254-1261)

De allí brota el profundo pozo de las Escrituras, del cual el mundo bebe copas de profunda inteligencia.

*Véase Denifle-Châtelain, Chartul.
Univ. París. I, 296, p. 343.*

HUGO DE SAN CARO, CARDENAL († 1264)

La Sagrada Escritura contiene el alimento y la bebida espiritual, con la cual las almas piadosas pueden recrearse y saciarse espiritualmente.

Prolog. super lib. Jud.

Leed con ánimo piadoso la Sagrada Escritura, por la cual se llega al conocimiento de Dios, y entendedla bien. La lee con ánimo piadoso aquel que la ama íntimamente y no reprende lo que no entiende, sino que lo estudia con mayor empeño.

Super Psalm. 57.

SANTO TOMÁS DE AQUINO, DOCTOR
DE LA IGLESIA († 1274)

Es también propio de la Sagrada Escritura, la cual por regla común se propone a todos (según lo que dice S. Pablo a los Rom. 1: "Deudor soy igualmente a los sabios y a los ignorantes"), que las cosas espirituales sean expuestas bajo la imagen de las corporales, a fin de que por lo menos de esta manera la comprendan los indoctos, que por su propia inteligencia no son capaces de entenderla.

S. T. q. I, art. 9.

SAN BUENAVENTURA, CARDENAL Y DOCTOR
DE LA IGLESIA († 1274)

Todas estas ciencias han sido ordenadas al conocimiento de la Sagrada Escritura, en la cual aquéllas se encierran y se perfeccionan, y mediante la cual son elevadas a la sabiduría eterna. Por lo cual todo nuestro saber debe tener su fundamento (statum) en el conocimiento de la Sagrada Escritura.

De reductione artium ad Theologiam.

Por la lectura de la Sagrada Escritura se mantiene firme nuestra alma.

Sicut Verbum incarnatum, ita verbum inspiratum: La palabra inspirada (de la Biblia) es lo mismo que el Verbo encarnado.

SANTA MECTILDIS († 1283)

Lo más loable a Dios que puedan hacer los ojos es prodigarse en dulces lágrimas de amor, y la lección asidua de las Sagradas Escrituras; y los oídos escuchar de buen grado la palabra de Dios y estar siempre alerta y dispuestos a obedecer.

El Libro de la Gracia especial III, cap. 48.

SANTA BRÍGIDA († 1373)

La Escritura que llamáis santa vosotros los que vivís, dice que ninguna obra buena quedará sin premio. Esta es la Escritura llamada por vosotros Biblia, pero nosotros los bienaventurados la llamamos sol más resplandeciente que el oro, que fructifica como la semilla que da ciento por uno. Porque como el oro aventaja a los demás metales, así la Escritura que vosotros llamáis santa, y nosotros en el cielo la llamamos de oro, excede a todas las demás escrituras; porque en ella se honra y predica el verdadero Dios, se recuerdan las obras de los Patriarcas y se explican los vaticinios de los Profetas.

Revelaciones, lib. IV, 1.

TOMÁS DE KEMPIS († 1471)

Así que me diste, (oh Señor), como a enfermo tu sagrado Cuerpo para recreación del

ánima y del cuerpo, y pusiste para guiar mis pasos una candela, que es tu palabra. Sin estas dos cosas ya no podría yo vivir bien, porque la Palabra de tu boca luz es del alma, y tu Sacramento es pan de vida. También éstas se pueden decir dos mesas puestas en el sagrario de la santa Iglesia, de una parte y de otra. La una mesa es el santo altar, donde está el pan santo, que es el cuerpo preciosísimo de Cristo; la otra es de la ley divina, que contiene la santa doctrina, y enseña la recta fe, y nos lleva firmemente hasta lo secreto del velo, donde está el Santo de los Santos. *Imit. de Cristo, IV, cap. 11.*

En las Santas Escrituras se ha de buscar la verdad, no la elocuencia.

La Sagrada Escritura se ha de leer con el mismo espíritu con que se hizo.

En la Sagrada Escritura debemos buscar más bien el provecho que la sutileza de las palabras.

Hemos de leer con tanto gusto los libros devotos y sencillos como los sublimes y profundos. *Imit. de Cristo, I, cap. 5.*

Debiéramos tomar las divinas Escrituras con la reverencia con que el anciano Simeón tomó a Jesús en sus brazos.

Opusc. 11, De Doctr. Juv., c. 5.

C). EDAD MODERNA

ADRIANO VI, PAPA (1522-1523)

Todo hombre peca... si estima más las ciencias profanas que las divinas, y lee más los libros mundanos que los sagrados. Más aún: no comprendo cómo éstos pueden amar sobre todas las cosas a Dios que inspiró tan saludables libros. Aunque no quiero obligar a nadie a leerlos, tampoco puede eximir a todos de la lectura de la Sagrada Escritura, siendo cierto que todos deben saber tanto de la Escritura cuanto es necesario para cumplir, sin faltar gravemente a sus deberes según las circunstancias de su persona, estado y vida. En cuanto a los párrocos, a los que ha llamado Dios a ser modelos para los otros, no entiendo cómo ellos, sin culpa gravísima, descuidan el estudio de la Sagrada Escritura.

Bibliotheca Critica, pág. 123.

LUIS DE GRANADA

Porque cuando el profeta quiso provocar a penitencia al pueblo que fuera llevado a Babilonia, de este mismo medio se aprovechó, juntando en un lugar todos los cautivos, y leyéndoles un pedazo de esta doctrina (de la Sagrada Escritura). La cual lección dice

la Escritura divina que les hizo llorar y ayunar y hacer penitencia de sus pecados.

Guía de pecadores, § 1.

LUIS DE LEÓN

Notoria cosa es que las Escrituras que llaman Sagradas, las inspiró Dios a los profetas, que las escribieron para que nos fuesen en los trabajos de esta vida consuelo y en las tinieblas y errores de ella clara y fiel luz; y para que en las llagas que hacen en nuestras almas la pasión y el pecado, allí, como en oficina general, tuviésemos para cada una propio y saludable remedio. Y porque las escribió para este fin, que es universal, también es manifiesto que pretendió que el uso de ellas fuese común a todos.

Introducción a los Nombres de Dios.

SAN JUAN DE LA CRUZ, DOCTOR DE LA IGLESIA

No me fiaré, ni de experiencia ni de ciencia, porque lo uno y lo otro puede faltar y engañar; mas no dejándome de ayudar en lo que pudiese de estas dos cosas, aprovecharme he para todo lo que con el favor divino hubiera de decir, al menos para lo más importante y oscuro de entender, de la Divina Escritura, por la cual guiándome no podre-

mos errar, pues el que en ella habla, es el Espíritu Santo.

SANTA TERESA DE JESÚS

¡Oh Señor mío, que de todos los bienes que nos hicisteis, nos aprovechamos mal! Vuestra Majestad buscando modos y manera e invenciones para mostrar el amor que nos tenéis; nosotros, como mal experimentados en amaros a Vos, tenemoslo en tan poco, que de mal ejercitados en esto, vanse los pensamientos adonde están siempre, y dejan de pensar los grandes misterios, que este lenguaje encierra en sí, dicho por el Espíritu Santo.

Conceptos del Amor de Dios, cap. 1.

Llegados a verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos. De devociones a bobas nos libre Dios.

*Su vida escrita por ella misma.
XIII, 142.*

Sabía de mí que en cosa de la fe contra la menor ceremonia de la Iglesia, que alguien viese yo iba por ella o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura, me pondría yo a morir mil muertes.

*Su vida escrita por ella misma.
XXXIII, 439.*

SAN FRANCISCO DE SALES

De la misma manera que el apetito es una de las mejores pruebas de salud corporal, el gustar de la Palabra de Dios, que es un apetito espiritual, es también señal bastante segura de la salud espiritual del alma. Gustan los Santos de las cosas santas y de razonamientos espirituales. Dice San Bernardo que el amor a la Palabra de Dios, es una de las señales de predestinación y quizás es también parte de aquella hambre y sed de justicia, que el Divino Salvador predicó como una de las ocho bienaventuranzas. De consiguiente, no se podrá ser celoso de la propia perfección, si no se gusta de oír a los que enseñan los medios de alcanzarla, lo cual hacen los predicadores de la Palabra divina.

P. LUIS DE LA PUENTE, S. J.

La materia de la oración mental, en que las tres potencias del ánima, especialmente el entendimiento, ha de ejercitar sus actos, es todo lo que Dios ha revelado en la divina Escritura, especialmente los misterios principales de nuestra fe que en ella están más expresados y encomendados.

Introd. a las Meditaciones.

J. J. OLIER, FUNDADOR DE LA CONGREGACIÓN
DE S. SULPICIO

(quien solía leer la Biblia de rodillas)

La Sagrada Escritura alimenta espiritualmente nuestra alma; ella es un copón, en el cual Dios ha querido esconderse para entregarse a nosotros y para comunicarnos su gracia.

PASCAL

En la Escritura, en efecto, hay bastante luz para iluminar a los que buscan a Dios, pero hay también obscuridades que vienen a ser piedras de escándalo para los que no tienen buena voluntad. Ahora bien, se puede creer que este resultado es permitido por el Espíritu Santo. Los que tienen espíritu falso no convendrán en ello, en verdad; pero los que tienen caridad están en disposición de verlo.

*Pensamientos sobre la Verdad
de la Rel. Crist.*

J. B. BOSSUET, OBISPO DE MEAUX

El cuerpo de Cristo en el adorable Sacramento no es más real que la verdad de Jesucristo en la predicación del Evangelio. En el misterio de la Eucaristía las formas visibles son signos; pero lo que en ellas se oculta,

es el mismo Cuerpo de Cristo. En la predicción son signos las palabras que estáis oyendo; pero el pensamiento que las engendra y el que nace de ellas es la doctrina del mismo Hijo de Dios.

Os envío, hijas mías, estas “Meditaciones sobre el Evangelio”, porque espero que han de producir en vosotras frutos abundantísimos. Empecé a escribirlas para el uso de algunas de vosotras, pero como las habéis recibido todas con tanto regocijo y alegría, me ha parecido que serán muy propias para el aprovechamiento y utilidad de todas. Recibidlas, pues, como un testimonio del santo afecto que os profeso, porque sois humildes y verdaderas hijas de San Francisco de Sales, que ha dado tanta honra al Episcopado y luz a nuestro siglo.

Carta a las Religiosas de la Visitación.

Dios, en fin, por quien reinan los reyes, nada olvida para enseñarles a bien gobernar. Los ministros de los príncipes y sus colaboradores en el gobierno y en la administración de la justicia, hallarán en su Palabra lecciones que sólo Dios pudo dictar.

*Politique tirée des propres paroles
de l'Ecriture sainte, prólogo.*

PÍO VI, PAPA (1775-1799)

Es muy loable tu prudencia, con la que, en medio de tanta confusión de libros que osan impugnar la Religión católica, y con tanto daño de las almas circulan por las manos de los ignorantes, has querido excitar en gran manera a los fieles a la lectura de las Santas Escrituras, por ser ellas fuentes que deben estar abiertas para todos, a fin de que puedan sacar de allí la santidad de las costumbres y de doctrina, desterrados los errores que en estos calamitosos y desarreglados tiempos tan ampliamente se derraman. Lo que sabiamente has practicado, dando a luz los Libros Sagrados, puestos en idioma vulgar, acomodándolos a la común inteligencia de los fieles, habiendo añadido aquellas notas de los Santos Padres que has tenido por convenientes para precaver cualquier abuso.

*Carta al Arzobispo Antonio Martini,
de Florencia (1778).*

FELIPE SCIO DE SAN MIGUEL, OBISPO DE SEGOVIA Y TRADUCTOR DE LA BIBLIA AL CASTELLANO

Para remedio de tan espantosos males, ¿qué medicina más segura que poner a la vista los severos castigos con que Dios ha quebrantado el orgullo de los impíos, que repetir la lec-

tura de los oráculos del Espíritu Santo, como lo practicaron entre otros los sabios reyes Josafat y Josías para la reformatión de su pueblo? Y Esdras para purificar a los israelitas de los enormes excesos que habían cometido por el comercio con los babilonios, y fundar como de nuevo la Religión, que estaba casi tan arruinada como su templo, mandó juntar todo el pueblo en una grande plaza, y leyó siete días consecutivos el libro de la Ley y de las Santas Escrituras; y con este ejercicio se movieron a penitencia y reformaron las costumbres.

Disert. Prelim. sobre la Traslación de los Libros Sagrados a la Lengua Castellana.

PÍO VII, PAPA (1800-1823)

Dirigiéndose a los Obispos ingleses, les exhorta a que alienten al pueblo a leer la Sagrada Escritura: “pues nada puede ser más provechoso, más consolador y más confortante, porque ella es apropiada para fortalecer la fe, para sembrar la esperanza y para inflamar la caridad del verdadero cristiano”.

Carta a los Obispos ingleses del año 1820.

GREGORIO XVI, PAPA (1831-1846)

Son muchos los testimonios de la más absoluta claridad que demuestran el singular

empeño que los Romanos Pontífices, y, por mandato suyo, los demás Obispos de la Cristiandad, han puesto en los últimos tiempos, para que los católicos de todos los países traten de posesionarse con afán de la palabra divina, tal como aparece en la Sagrada Escritura y en la Tradición.

Encíclica "Inter Præcipuos"
del 6 de Mayo de 1844.

FÉLIX TORRES AMAT, OBISPO DE ASTORGA
Y TRADUCTOR DE LA BIBLIA AL CASTELLANO

La Iglesia siempre ha deseado y procurado que los fieles lean y mediten las Santas Escrituras; y que si durante algún tiempo no ha permitido a todos indistintamente su lectura en lengua vulgar, sino que ha dispuesto que fuese necesario el permiso del superior eclesiástico, es porque así lo exigían justas y gravísimas causas.

*Discurso preliminar sobre
las Santas Escrituras.*

FEDERICO OZANAM, FUNDADOR
DE LAS CONFERENCIAS VICENTINAS

Solía entregarse cada mañana, desde que se despertaba, a una media hora de lectura de los Libros Sagrados, señalando enseguida los pasajes que le habían llamado la atención. A esto él lo llamaba su "pan cotidiano".

JUAN DONOSO CORTÉS,
MARQUÉS DE VALDEGAMAS

¿Quién enseñó al maestro Fr. Luis de León a ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba a Rioja aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad, y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos y sobre los mustios collados, y sobre las ruinas de los Imperios, como un paño de luto? ¿En cuál escuela aprendió Calderón a remontarse a las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor, con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, o la habréis despojado al

menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.

E. LACORDAIRE

Dice a un joven corresponsal: "Su vida espiritual me inspira un temor, y es que Ud. no lea nunca, o lea sin provecho los sagrados Códigos".

Lettre a un jeune homme, pág. 146.

La Escritura es como una alta montaña que constituye el faro del mundo.

Culte de Jésus-Christ dans les Ecritures.

La Biblia es a un tiempo el drama de nuestros destinos, la historia primitiva del género humano, la filosofía de los santos, la legislación de un pueblo elegido y gobernado por Dios. Es ella, dentro de una providencia de cuatro mil años, la preparación y el germen de todo el porvenir de la humanidad. Ella es el depósito de las verdades que le son necesarias, la carta magna de sus derechos, el tesoro de sus esperanzas, el abismo de sus consolaciones, la boca de Dios que se ha abierto sobre su corazón. Ella es el Cristo de Dios que la ha salvado.

Lettres a un jeune homme,

CARDENAL GIBBONS Y EL TERCER CONCILIO
PLENARIO DE BALTIMORE (1884)

No será necesario recordaros que la Sagrada Escritura debe ser el más precioso tesoro en la biblioteca de cada hogar y el que ha de usarse con más frecuencia y cariño... Para los feligreses laicos la Sagrada Escritura es un tesoro en que si bien no buscan la fe, la cual les es enseñada por la Iglesia Infalible, ni la regeneración de sus almas, pero sí la firmeza en la fe, el afianzamiento en la esperanza y el incremento de la caridad.

EL ARZOBISPO DE CARACAS (1889)

El ejemplar de la Sagrada Biblia, edición de Filadelfia, impreso bajo la dirección del Ilustrísimo Señor Arzobispo Santiago F. Wood no sólo me parece católico sino también muy estimable y desearía que todos mis diocesanos pudieran comprarla y tenerla en sus casas para su instrucción.

*Biblia de Torres Amat, editada por el
Arzobispo de Filadelfia.*

LEÓN XIII, PAPA (1878-1903)

Concedió indulgencias a los que piadosamente leyeren los Evangelios. Quien lea cada día, durante un cuarto de hora por lo menos,

el santo Evangelio, gana cada vez 300 días de indulgencia; quien lo lea durante todo un mes, gana indulgencia plenaria.

La Escritura es el alma de la teología, y no puede tratarse la teología con dignidad y acierto sino estudiando asiduamente los Libros sagrados.

Encíclica "Providentissimus Deus".

Que el ejemplo de Cristo Nuestro Señor y de los Apóstoles haga entender a todos, principalmente a los soldados nuevos de la milicia sagrada, cuánto han de estimar las Divinas Letras, con qué afición, con qué culto se han de acercar a este, llamémoslo así, arsenal de armas. En efecto, los que deben defender la verdad católica, sea entre los doctos, o entre los ignorantes, no encontrarán en ninguna parte enseñanzas tan amplias y tan copiosas acerca de Dios, sumo y perfectísimo bien, y acerca de sus obras que manifiestan su gloria y su amor. Y en cuanto al Salvador del género humano, nada existe sobre El tan fecundo y tan expresivo como los textos que uno encuentra en toda la Biblia, y S. Jerónimo tuvo razón de afirmar "que ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo".

Encíclica "Providentissimus Deus".

Finalmente, exhortamos con amor paterno a todos los alumnos y ministros de la Iglesia que recurran a las Sagradas Letras siempre con sumo afecto de reverencia y piedad. Porque nadie podrá alcanzar como es necesario, de un modo saludable, su inteligencia, si no ha depuesto la arrogancia de la ciencia terrena, y ha excitado santamente en sí mismo el deseo de la sabiduría que viene de lo alto (Jac. 3, 15-17). Una vez que la mente se ha llenado de esta ciencia de la divina palabra, podrá con suma facilidad conocer y evitar lo que haya de fraude en la ciencia humana, percibirá también sus frutos legítimos, y los referirá a las cosas eternas. Con ella principalmente enardecido el ánimo, tenderá con nueva fuerza a los premios de la virtud y del amor divino: Felices los que investigan sus palabras, y lo buscan de todo corazón (Ps. 18, 2). *Encíclica "Providentissimus Deus".*

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS

Si hubiese yo sido sacerdote, hubiera aprendido el hebreo para poder leer la palabra de Dios tal como El se dignó expresarla en el lenguaje humano. *Consejos y Recuerdos.*

A veces cuando leo ciertos tratados en los que el camino de la perfección se presenta

sembrado de mil obstáculos, mi pobre pequeñito espíritu se fatiga muy pronto; cierro el libro que me rompe la cabeza y me seca el corazón y tomo la Sagrada Escritura. Entonces todo me parece luminoso; una sola palabra descubre a mi alma horizontes infinitos, la perfección me parece fácil; veo que basta reconocer su nada y abandonarse como un niño en los brazos de Dios.

Carta VI a los Misioneros.

Si abro un libro, aunque sea el más hermoso y conmovedor, se me oprime el corazón al momento, y leo sin comprender, o si comprendo, se detiene mi espíritu sin poder meditar. En esta impotencia acuden en mi socorro la Sagrada Escritura y la Imitación de Cristo: en ellas encuentro un maná escondido, sólido y puro. Pero el Santo Evangelio, más que ningún otro libro, mantiene mi oración: en él bebe a su sabor mi pobrecita alma. Cada vez descubro nuevas luces, ocultos y misteriosos significados.

Autobiografía, cap. 8.

En cuanto a mí, ya no encuentro nada en los libros, si no es en el Evangelio. Ese Libro me basta.

Novissima Verba, 15 de Mayo de 1897.

MONS. J. F. WOOD, ARZOBISPO DE FILADELFIA

La Santa Biblia Católica en idioma castellano, publicada por los Señores Juan E. Potter y Compañía de Filadelfia, ha recibido mi sanción y aprobación más cordiales, y el libro puede aceptarse y usarse sin temor ni escrúpulo por los fieles.

Pío X, PAPA (1903-1914)

Queriendo renovarlo todo en Jesucristo, nada deseamos más que el acostumbrarse nuestros hijos a tener la Sagrada Escritura para la lección cotidiana. Por ella se puede conocer mejor el modo de renovar todas las cosas en Jesucristo.

Carta al Cardenal Cassetta (1987).

Hay en los Salmos una fuerza maravillosa para disponer las almas a toda suerte de virtudes. El libro de los Salmos contiene, como el paraíso contenía, todos los frutos, los cantares de todos los Libros Sagrados, y sobre éstos añade los suyos propios.

"Divino Afflatu".

Menester es que los alumnos suplan por su cuenta lo que falta en las prelecciones escolares, para obtener el dominio de esta disciplina. No pudiendo el profesor, por falta

de tiempo, interpretar detalladamente toda la Escritura, ellos continuarán privadamente la lectura del Antiguo y Nuevo Testamento, en un espacio de tiempo determinado para cada día. En lo cual bueno será añadir un breve comentario que esclarezca oportunamente los lugares oscuros y explique los difíciles.

MONS. ENRIQUE, OBISPO DE PALENCIA

Multiplíquense los libros de devoción, ya con nuevas producciones, ya repitiendo las ediciones de los antiguos, y en forma que les hace accesibles a toda clase de fortunas. Nunca se alabará bastantemente este empeño de las asociaciones y librerías religiosas en divulgar tal género de escritos contrarrestando los perniciosos efectos de las malas lecturas; pero el uso de los libros de devoción no excluye, antes supone el uso frecuente de los Divinos Libros, de quienes primaria y fundamentalmente se derivan la autoridad, el mérito y la estima que a aquéllos justamente se concede. *Prólogo del Nuevo Testamento* (ed. Herder).

ARZOBISPO DE SANTIAGO DE CHILE
(en el año 1903)

La impresión del Nuevo Testamento en español viene a llenar una verdadera necesidad,

llevando a todos los corazones los consuelos de la Palabra de Dios... Haré cuanto pueda para activar la circulación de tan importante libro.

Nuevo Testamento, ed. Herder, pág. V.

CARDENAL ARCOVERDE, DE RÍO DE JANEIRO

¡Propagar los Evangelios! ¡Todas las almas piadosas tomen a su cargo esta santa misión: propagar la lectura de los SS. Evangelios en todas las clases sociales!

MONS. M. LANDRIEUX, OBISPO DE DIJÓN

El catecismo es siempre una lección. El Evangelio es una historia. ¿Por qué querer enseñar como una lección lo que se puede enseñar como una historia? El niño "aguantá" lo que es lección; pero no se cansa nunca de las historias.

El niño no escucha una historia como lo hacemos nosotros, con una curiosidad distante que nos deja extraños a la acción: el niño entra, se mete todo entero, con su imaginación, su sensibilidad; todo toma forma, todo se anima para él, y entonces, si se le habla de Nuestro Señor, si se le cuenta su vida, donde se mezclan los relatos ingenuos y floridos de las parábolas, en el cuadro palestiniiano, el elemento maravilloso de los

milagros, a través del cual resplandece Su Divinidad, el niño ve a Jesús, lo oye, lo escucha, lo sigue, y bien pronto se pone a amarlo; y si se tiene cuidado de orientar su fe, su corazón, su piedad hacia el tabernáculo para recordarle sin cesar que el Jesús del Evangelio, el mismo, está ahí escondido, vivo en el Sacramento, con nosotros, para nosotros, el trabajo de formación, de educación religiosa se hace sin esfuerzo.

¿Puede concebirse un católico práctico que no haya leído nunca el Evangelio? Pues tal es el caso de la enorme mayoría. Se podría ser perfectamente instruido en religión con solo conocer el Evangelio, porque en él está toda la substancia del catecismo; pero la recíproca no es verdadera, porque en el catecismo no está todo el Evangelio.

Carta pastoral.

F. VIGOUROUX, EDITOR DE UNA POLIGLOTA DE
LA BIBLIA Y CÉLEBRE ESCRITURISTA

El P. Olier, fundador del Seminario y de la Congregación de S. Sulpicio, lleno de devoción a la Sagrada Escritura, nos ha enseñado a amar con el mismo amor y venerar por el mismo culto Vuestra Santa Humanidad y Vuestra Sagrada Palabra: Par cultus et amor utrique. ¡Haced, oh Señor, que el amor

a Vuestros Santos Libros florezca siempre en medio de nosotros!... ¡Ojalá que todos los cristianos reconocieran el valor del don que Vos les habéis concedido en las Letras Sagradas!

Les Livres Saints et la Critique rationaliste, pág. XII.

BENEDICTO XV, PAPA (1914-1922)

Los más preciosos servicios se prestan a la causa católica por aquellos que, en diversos países, han puesto y ponen aún lo mejor de su celo, en editar, en formato cómodo y atractante, y difundir todos los Libros del Nuevo Testamento y los que han podido del Antiguo Testamento. Este apostolado ha sido por cierto singularmente fecundo para la Iglesia de Dios, puesto que así, un gran número de almas se acercan desde entonces a “esta mesa de la doctrina celestial que Nuestro Señor ha hecho poner para el universo cristiano, por medio de sus profetas, apóstoles y doctores”.

Encíclica “Spiritus Paraclitus”.

Lo que se ha de buscar ante todo en la Escritura es el alimento que sustentará nuestra vida espiritual y la hará adelantar en la vida de la perfección.

Encíclica “Spiritus Paraclitus”.

Jamás cesaremos de exhortar a todos los cristianos a que hagan su lectura cotidiana de la Biblia, principalmente en los Santísimos Evangelios de Nuestro Señor, así como en los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas esforzándose en hacerlos savia de su espíritu y sangre de sus venas.

Encíclica "Spiritus Paraclitus".

No se puede separar a la Cabeza de su Cuerpo Místico; por eso el amor a la Iglesia viene necesariamente del amor a Cristo, que debe ser mirado como el fruto principal, y dulce entre todos, de las ciencias de las Escrituras.

Encíclica "Spiritus Paraclitus".

Formulamos el voto de que todos los hijos de la Iglesia se dejen penetrar y fortalecer por la dulzura de las Sagradas Letras, con el fin de llegar a un conocimiento perfecto de Jesucristo.

Encíclica "Spiritus Paraclitus".

L. CL. FILLION, TRADUCTOR DE LA BIBLIA
AL FRANCÉS

Los sacerdotes no se dan suficientemente cuenta del bien que puede producir a muchos laicos la lectura de los Evangelios, del Nuevo

Testamento, del Antiguo Testamento, hecha con buenas disposiciones.

L'Etude de la Bible, pág. 107.

MONS. PABLO G. VON KEPPLER, OBISPO
DE ROTTENBURGO

La Sagrada Escritura es el libro de consolación, regalado a nosotros por nuestro Señor Jesucristo y Dios y Padre nuestro, el cual nos amó y nos dió el consuelo eterno y la buena esperanza por la gracia (II Tes. 2, 15). "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en toda nuestra tribulación" (II Cor. 1, 3 y sig.). *Escuela del Dolor, núm. 180.*

CARDENAL L. E. DUBOIS, DE PARÍS

Demasiado tiempo se ha descuidado el uso diario de la lectura de nuestros Libros Santos como alimento habitual. La Iglesia desea que el pueblo cristiano se familiarice cada vez más con los textos sagrados; todos aquellos que le ayudan a realizar ese deseo son, a sus ojos, buenos obreros a quienes alienta y bendice.

Carta-prefacio a la nueva edición de la Biblia por Crampon.

CARDENAL D. J. MERCIER

El mejor medio para habituarse al culto y a la inteligencia del Misterio cristiano es la práctica constante de la lectura, con espíritu de fe, de los Libros del Nuevo Testamento, especialmente de los escritos de San Pablo y de San Juan, y, en particular, las cartas a los Efesios, a los Colosenses y a los Hebreos; el sermón de Nuestro Señor después de la Cena y el Apocalipsis; del Antiguo Testamento, los Libros sapienciales y los Salmos.

Vida interior, pág. 470.

PÍO XI, PAPA

Solamente la ceguera y la terquedad pueden cerrar los ojos ante los tesoros de saludables enseñanzas escondidas en el Antiguo Testamento. Por tanto el que pretende que se expulsen de la Iglesia y de la escuela la historia bíblica y las sabias enseñanzas del Antiguo Testamento, blasfema de la Palabra de Dios, blasfema del plan de salvación del Omnipotente y erige en juez de los planes divinos un estrecho y restringido pensamiento humano. *Encíclica "Mit Brennender Sorge".*

Pío XI, hablando a estudiantes universitarios, les recomienda la lectura del Evangelio,

“no sólo porque narra lo que Jesucristo ha dicho y ha hecho, sino porque contiene lo que El quiso que fuese legado a nosotros como necesario para nuestra instrucción y santificación”. *Discurso a la Fed. Univ. Cat. Ital.* (6 de Enero de 1927).

Fuera del santo Evangelio no hay otro libro que pueda hablar al alma con tanta luz de verdad, con tanta fuerza de ejemplos y con tanta cordialidad.

LOS OBISPOS DE SUIZA

El Evangelio es el más hermoso libro que más que los demás conforta el corazón de los fieles y lo eleva. Apoyándonos en el ejemplo de la Iglesia, os exhortamos a leer muy a menudo el Evangelio; si es posible, todos los días. *Carta pastoral del año 1922.*

MACH - FERRERES

Lo primero que hace un embajador que quiere ser admitido en la corte de un soberano, es presentar sus credenciales. Pues, siendo también nosotros embajadores de Jesucristo, pro Christi ergo legatione fungimur (II Cor. 5, 20), presentemos nuestro título, que es la Sagrada Escritura. Sus pruebas

tienen grande eficacia, no sólo por la autoridad y unción divina del Espíritu Santo que las acompaña, sino también por la irresistible fuerza de los argumentos que en ella se aducen, sobre todo en los libros morales. Debe, pues, el predicador estudiar y hacerse familiar esta ciencia sagrada, si quiere hacer fruto y como divinizar el discurso; pues sin esta autoridad no sólo sería árida y estéril su palabra, sino que sus reflexiones parecerían puramente humanas.

Tesoro del Sacerdote, tom. II, núm. 687.

MONS. MARIO BESSON, OBISPO DE FRIBURGO
(Suiza)

La Iglesia ha cuidado siempre de una sólida instrucción religiosa mediante las Sagradas Escrituras, poniendo, sin embargo, un celo especial y justificado en evitar que los fieles, por una forma inadecuada de instruirse, perjudiquen la solidez de su fe.

L'Eglise Catholique et la Bible.

CARDENAL ISIDRO GOMÁ Y TOMÁS, DE TOLEDO

Para ayudar a la penosísima obra de reconstrucción no habrá mejor guía y consejero que el Santo Evangelio. Porque si nos ha ocurrido la gran catástrofe ha sido por haber perdido, o no haber seguido, la clarísima luz

del Evangelio que estas páginas contienen. Fuera del Evangelio no hay salvación, porque no la hay fuera de Jesús que lo predicó. Ni hay "Buena Nueva" para las generaciones humanas más que la que nos trajo el Evangelio, que es la Buena Nueva por antonomasia.

*Reprólogo de la segunda edición
de los Santos Evangelios.*

La composición de una homilía, sea exegética o temática, supone un estudio directo del texto bíblico sobre que se predica. Ya no es en este caso la Escritura un elemento de aportación, más o menos homogéneo con el pensamiento que intentamos desarrollar, sino que el mismo texto suministra la materia y es como el "motivo" o tema general de la predicación, que no puede desentenderse del sagrado texto sino para las inmediatas aplicaciones que de él derivan.

La Biblia y la Predicación, p. 280.

El primer deber del predicador será estudiar las Sagradas Escrituras. Este estudio no es el de una asignatura; debe ser de toda la vida sacerdotal, porque es estudio fundamental para la vida del espíritu y para el ejercicio del ministerio en el púlpito y fuera de él; tanto y hasta cierto punto más que el

mismo estudio de los textos de la teología y de la moral.

La Biblia y la Predicación, p. 299.

CARDENAL MIGUEL FAULHABER, DE MUNICH

“En la abundancia del tiempo nos habló a través de su Hijo”. ¡Observemos y santifiquemos, pues, lo que nos dijera el Hijo, releyéndolo constantemente en los Evangelios! Encontraremos tiempo para ello si lo queremos sinceramente y si economizamos tiempo en otras cosas. El Evangelio es más que cualquier libro de hombres, y por eso ningún libro de hombres puede reemplazarlo perfectamente. ¡Obsequiad más libros de valor educativo con motivo de la Navidad! Pero la preferencia sobre todos los libros corresponde al Libro de los libros, sobre todo al Evangelio y las demás Escrituras del Nuevo Testamento. La Navidad es el día de la fiesta de los tres Evangelios con la triple bendición: “La lectura del Evangelio sirvanos de gracia y protección”, “Que se remitan nuestros pecados por el Verbo del Evangelio”, “Cristo, Hijo de Dios, enséñanos la palabra de tu Evangelio”. Una tempestad ruge a través de nuestro país, y ella quisiera arrojar las Sagradas Escrituras del suelo alemán porque las considera como libros judíos. Estoy

seguro de que esta tempestad más pronto avivará en todas las religiones sagradas el *fuego de un nuevo entusiasmo por las Sagradas Escrituras*. Nuestros hermanos separados no se arrodillan junto a nosotros en el banco de la comunión. Pero el creyente estudio del Sagrado Evangelio es la comunión espiritual con nuestro Señor y Salvador. En el mes de mayo del año 1928 se celebró en Turín una gran asamblea pro divulgación de las Sagradas Escrituras bajo el lema: "*Conocer, vivir y difundir el Evangelio*". En aquella oportunidad, el Santo Padre Pío XI escribió a aquella asamblea: "Ningún libro puede hablar al alma con tanta fuerza de ejemplo y con tanta cordialidad como el Santo Evangelio". *Judaismo, Cristianismo, Germanismo*, pág. 82 y 83.

El Evangelio es el mejor libro de devoción y meditación.

P. CORDOVANI, MAESTRO DE LOS SAGRADOS PALACIOS

El libro que debe hallarse en el primer puesto de la biblioteca de un sacerdote es la Sagrada Biblia en una buena traducción en la lengua patria, hecho libro de meditación

y de estudio, inseparable del Breviario, el cual también tiene tanta parte de la Biblia.

CARDENAL NASALLI ROCCA DI CORNELIANO,
ARZOBISPO DE BOLONIA

(al bendecir una sociedad bíblica)

Es un consuelo para Nos, ver en Bolonia, los primeros albores de una asociación de hombres cultos, que se llaman "Siervos de la Eterna Sabiduría", porque, con humildad, se acercan a aquellas fuentes, donde el intelecto tiene que aprender riquezas estupendas. Con humildad; la que falta a nuestros contemporáneas, los cuales no quieren inclinar la cabeza delante de Dios, hecho humilde maestro de los hombres, desde la cuna de Belén hasta la ignominia del Calvario; pero bajan, sí, la cabeza delante de verdaderos desequilibrados de la ciencia.

¡Oh! bendecimos de corazón la oportuna, nobilísima forma de apostolado, que, sobre todo en las grandes ciudades, puede ser centro irradiador de un sano calor de vida, en una atmósfera glacial de prejuicios e ignorancia, que se respira en las más altas esferas sociales.

MONS. LUIS CIVARDI

Se impone por ende un retorno a los orígenes. Es necesario reabrir el libro de los

Evangelios, volver a ponerlo entre las manos de los fieles, hacerlo entrar, como honorable huésped, en todos los hogares cristianos.

Este retorno a la lectura del Evangelio ha sido auspiciado por todos los últimos Pontífices.

Y no bastará para esto que se lo lea una sola vez (el Evangelio). Al contrario, deberá ser el compañero de toda nuestra vida, el libro base de nuestra ascesis; el pan de todos los días, que se convierte en sangre del espíritu; que a nuestra alma debilitada por el pecado Jesucristo ha dejado estos dos alimentos: la Eucaristía y el Evangelio.

Directivas a la Acción Católica Italiana.

P. A. TANQUEREY

El libro de los Salmos es el libro de oración por excelencia en el que hallamos expresos, en un lenguaje lleno de vida y de actualidad, los más sentidos afectos de admiración, de adoración, de temor filial, de agradecimiento y de amor, juntos con las más ardientes súplicas en las más varias circunstancias y más angustiosas; las invocaciones del justo perseguido a la justicia divina; los ayes de dolor del pecador contrito y humillado; la esperanza del perdón y de la misericordia,

y la promesa de una vida mejor. Leerlos una y otra vez, meditar en ellos, y con ellos acompañar nuestros afectos, es cosa que mucho santifica.

*Compendio de Teología ascética
y mística, N° 575 c.*

MONS. AUDINO RODRIGUEZ Y OLMOS,
ARZOBISPO DE SAN JUAN

La Revista Bíblica... constituye un síntoma revelador. Ello significa que estamos volviendo de lleno a las fuentes de espiritualidad que habíamos descuidado, y retornamos al camino que ha de conducirnos a la vida, con renovada comprensión y perfecta conciencia.

*Carta al Director de la Revista
Bíblica (12 de Oct. de 1939).*

PAUL CLAUDEL

Creo que todo el mundo estará de acuerdo conmigo para otorgar a la Biblia el título del más grande Libro de la Humanidad. Es el libro por excelencia; en él toda nuestra civilización cristiana ha aprendido a leer; de él nosotros, pueblos del Occidente, hemos extraído todas nuestras ideas morales, artísticas y literarias; de él desbordó, como de un río gigantesco de aguas fecundas, un tesoro inagotable de santidad y de genio, desde las

catedrales románicas hasta el “Mesías” de Haendel, pasando por la Capilla Sixtina.

El gran beneficio que nuestros hijos obtendrían de un conocimiento siquiera fuese superficial de la Sagrada Escritura, siempre tan viviente y tan actual, reside en que ella establece entre el mundo físico en que vivimos y el mundo interior de donde extraemos nuestras razones de vivir, una relación sustancial llena de hallazgos e inestimables satisfacciones para espíritus ingenuos y sanos. Y al par que nos interesa y nos deleita, alimenta a nuestra alma.

Ese libro prodigioso ha quedado a nuestra disposición, y resulta muy triste comprobar que hoy sea objeto de olvido, incomprensión y desconocimiento tan generales.

MONS. CARMELO BALLESTER NIETO,
OBISPO DE LEÓN

A las Sagradas Escrituras, más particularmente al Nuevo Testamento, y más especialmente aún a los Santos Evangelios, debe recurrir el Sacerdote para ser un ministro verdadero del Señor.

En el Evangelio debe formar su corazón, su mente; en él debe mirarse como en un espejo para saber cómo debe vivir; en él debe leer para aprender lo que tiene que

enseñar al pueblo; en él debe meditar el contraste de consuelo y de horror que ofrece a todo ministro de Dios la conducta santa de Sacerdotes y de personajes como Zacarías, el Precursor, el Príncipe de los Apóstoles, el Discípulo predilecto, y la conducta tan triste de los Sumos Sacerdotes Anás, Caifás, Ananías y del Apóstol traidor, Judas.

El Sacerdote en el Evangelio encuentra también a Jesús, el Sacerdote por excelencia. ¡Qué encantadora resulta para todo Sacerdote la Persona de Jesús! ¡Cuán fácilmente se le ve modelo de vida interior, siempre unido a su Padre, a su santísima voluntad, recurriendo con frecuencia a la oración! ¡Cuán fácilmente se le ve también modelo de esa vida apostólica serena, pura de intención, y siempre activa, que debe ser la vida de todo sacerdote!

Prólogo del Nuevo Testamento.

MONS. ANTONIO M. BARBIERI, ARZOBISPO
DE MONTEVIDEO

Su obra, por todos estos motivos, es altamente meritoria, y contribuirá sin duda a una mayor inteligencia del texto sagrado cuyo estudio se hace cada día más necesario. Le felicito, pues, de corazón por su trabajo, esperando que pueda completarlo con los volú-

menes que han de seguir a este primero, y asegurando una larga difusión a esta edición.

*Carta al Director de la Revista
Bíblica (25 de Marzo de 1943).*

CARDENAL SANTIAGO LUIS COPELLO,
DE BUENOS AIRES

En esas sagradas páginas el cristiano encuentra siempre el alimento espiritual que su alma necesita. Ahí el cristiano humilde temple su fe, aumenta su caridad y fortalece su esperanza, asegurando su eterna salvación con todas y cada una de las acciones de su vida realizadas conforme a esas hermosas enseñanzas evangélicas.

*Prefacio de la edición argentina de los
Santos Evangelios del Cardenal Gomá.*

La mayor desgracia de la humanidad ha sido y es, el haberse apartado de la lectura y la práctica de la Doctrina predicada por Jesús Nuestro Señor, y contenida en los Santos Evangelios.

Volver a la lectura y a la meditación constante del Santo Evangelio, para luego, por medio de las obras, poner en práctica esa Doctrina, será el único remedio para tantos males que afligen a la humanidad.

Volvamos al Evangelio, para que el Evangelio vuelva a la Sociedad, a las familias, a las conciencias, y sea estudiado, comprendido, vivido y difundido.

Bendecimos la formación de los Grupos del Santo Evangelio que proyecta esa Federación (de Maestros Católicos) con todas las garantías establecidas por la Santa Iglesia y concedemos doscientos días de indulgencia a cuantos asistan a sus reuniones.

*Santiago Luis Card. Copello,
Arzobispo de Bs. Aires.*

MONS. JUAN P. CHIMENTO, ARZOBISPO
DE LA PLATA

Sin desconocer los méritos de las obras ascéticas, cuyos quilates están definitivamente consagrados por los más prestigiosos maestros de la vida sobrenatural, es evidente que nunca pueden ser puestas en parangón con el mensaje celestial que hallamos en las Sagradas Escrituras. Entre éste y aquéllas media la distancia infinita que va de la palabra humana a la palabra divina.

*Carta-prólogo al Nuevo Testamento,
ed. Guadalupe.*

RESOLUCIONES DEL PRIMER CONGRESO
ARGENTINO DEL EVANGELIO
(10-13 de Oct. de 1942)

Entre otras: El primer Congreso del Santo Evangelio resuelve: Hacer revivir especialmente las recomendaciones de S. S. León XIII en su Encíclica del 18 de Noviembre 1893.

El Soberano Pontífice recomienda cuatro medios para restituir el Evangelio a su debido lugar en el mundo:

- 1º Que todas las familias cristianas posean el libro del Santo Evangelio; que se lea un pasaje a lo menos a la noche después de la oración hecha en común. Que esta lectura se haga algo más prolongadamente en las largas noches de invierno.
- 2º Que se lo lea y se lo estudie en todas las escuelas católicas, primarias, secundarias y superiores. Es necesario, en la enseñanza católica, dar ante todo el primer puesto al Santo Evangelio. Es necesario estudiarlo más que la Aritmética y la Gramática.
- 3º Que en las Parroquias se haga una corta lectura del Santo Evangelio en todas las reuniones de fieles, asociaciones, cofradías, etc., además del Evangelio dominical.

4º Que en cada parroquia o asociación católica haya un pequeño grupo de hombres o de fieles, de distintas categorías, más profundamente instruídos en el Evangelio. Podrán reunirse todas las semanas o a lo menos todos los meses, para estudiar el Evangelio con un sacerdote. Serán para las parroquias y las asociaciones lo que los Apóstoles de N. S. J. después de haber sido evangelizados por El, han sido para el mundo entero.

GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA (HUGO WAST)

Ignorar las Escrituras, ha dicho San Jerónimo, es ignorar a Cristo. Los Santos Padres recomiendan no pasar ni siquiera un día sin estudiar la Biblia. Ayer habremos leído un capítulo; hoy puede no ser más que un Salmo; mañana, tal vez un solo versículo. Lo importante es mantener encendido el amor por esta lectura que encierra el Cosmos desde el primer día de la creación hasta el último Dies iræ.

La Eucaristía que es el Cuerpo real de Cristo, y la Biblia, que es la verdadera palabra de Dios, son los alimentos por excelencia del alma católica.

No hay lectura ni más substancial ni más adecuada para los tiempos que corren; siem-

pre que sea hecha con reverencia y atención al sentido que le da la Iglesia, su exégeta infalible, o que le dan los santos Padres, en los muchos puntos en que no hay interpretación fijada por ésta.

Rev. Bíblica, núm. 6, pág. 15.

P. B. PUJOL, SUPERIOR GENERAL
DE LOS OPERARIOS DIOCESANOS

Los autores de tales libros nos estimulan a que estudiemos también nosotros directamente bajo tal aspecto la Sagrada Escritura. Quien así la estudie, hasta sin nombrarla, será capaz de darla constantemente a conocer y de hacerla amar intensamente; y ese estudio e interés del educador le convertirán, por decirlo así, en un compendio del Evangelio. Si escribió Tertuliano esta bella frase: "Christianus, compendium Evangelii", ¿cuánto más aplicable deberá ser a todo formador del clero? Dios, en su infinita bondad, dé a la Santa Iglesia en el mundo entero abundancia —legión— de tan cabales educadores.

Revista Bíblica 1942, pág. 139.

MONS. EDWIN V. O'HARA, OBISPO
DE KANSAS CITY

Que la Iglesia vea en la Biblia un libro popular se sigue del hecho de que ella antes

de la invención de la imprenta pintara todas las escenas y lecciones bíblicas en las paredes y vidrieras de sus catedrales, y que ella, después de llegada la imprenta, haya multiplicado con infinita solicitud las ediciones del sagrado texto en todas las lenguas, concediendo de su tesoro espiritual indulgencias a todos los que procuren leerla con espíritu de piedad y docilidad.

Véase Plassmann: "The Book called Holy", Prefacio.

Pío XII, PAPA (*siendo aún Cardenal*)

El Evangelio es principio, fuerza y fin de todo Apostolado. *Carta al Cardenal Gomá (3 de Mayo de 1936).*

Pío XII, PAPA

No permitáis, pues, se debilite vuestra constancia y virtud; sacad de las inagotables fuentes de los Sagrados Libros, diariamente, en cuanto posible sea, el espíritu de Jesucristo y de los Apóstoles, el cual resplandezca siempre en vuestras almas, palabras y obras.

Alocución a los Seminaristas (24 de Junio de 1939).

En sus profundos estudios, el hombre tiene dos libros: el del Universo, donde la razón

humana estudia, buscando la verdad de las cosas buenas hechas por Dios; y el de la Biblia y del Evangelio, donde la inteligencia estudia al lado de la voluntad en busca de una verdad superior a la razón, sublime como el misterio de Dios, conocido por El solamente.

*Discurso de inauguración del 4º Año
Académico de la Acad. Pontificia
de Ciencias (3 de Dic. de 1939).*

Vosotros debéis siempre llevar adelante vuestra campaña para propagar el Evangelio con discreción y hacer que las gentes comprendan la aplicación de los principios eternos a las necesidades y condiciones de los tiempos actuales.

*Alocución a los Jóvenes
(10 de Nov. de 1940).**

(*) Más citas de S. S. Pío XII acerca de la lectura y el estudio de la Sagrada Escritura se hallan en la nueva Encíclica "Divino Afflante Spiritu", que publicamos en la primera parte de este libro.

2. ORACIONES ANTES Y DESPUES DE LA LECTURA DE LA SAGRADA ESCRITURA

a) *Oración de San Agustín*

(Cap. 2º del libro XI de las Confesiones)

Señor Dios mío, atended a mi súplica, y oiga Vuestra Misericordia el deseo de mi corazón; pues el ardor que le abrasa, no mira mi interés particular exclusivamente sino también el de los otros, a quienes la caridad fraternal le hace desear el ser útil...

Haced por Vuestra Bondad que halle yo gracia en Vuestra presencia, para que se me descubran los secretos de Vuestra Santa Ley cuando procure entenderlos. Os lo ruego por Aquel que está sentado a Vuestra diestra, que es el que pide continuamente por nosotros, y en quien están escondidos todos los tesoros de la Sabiduría y de la Ciencia. El es a quien busco en vuestras Santas Escrituras...

Vuestra divina Palabra es toda mi alegría, y me es más agradable que todos los placeres de la tierra. Dadme, pues, lo que amo; porque es cierto que amo, y este amor es obra vuestra... Reconozca yo ¡oh Dios mío! que

os debo todos los descubrimientos que pueda hacer en vuestros Libros...

Sea yo fiel en rendiros un homenaje perfecto de los pensamientos y palabras que me inspiréis. Dadme lo que queréis que yo os ofrezca; pues yo soy pobre y miserable, y Vos derramáis vuestras riquezas sobre todos los que os invocan. Preservad mi entendimiento y mi lengua de todo error, y de toda mentira. Sean siempre vuestras Santas Escrituras mis castas e inocentes delicias, y no me engañe en ellas, ni engañe a los otros por medio de ellas. Así sea.

b) *Oraciones aprobadas por S. S. Benedicto XV para la lectura del Santo Evangelio*

ANTES DE LA LECTURA

Se reza un Padrenuestro, y a continuación, la siguiente

ORACION

“Oh Jesús, luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, nosotros sabemos que Tú has venido de Dios para ser nuestro Maestro y que enseñas los caminos de la Verdad. Las palabras que oímos de Ti son vida y espíritu: pero ¿quién es digno de abrir el libro y romper el sello? Tú solo, Tú que diste tu vida por nosotros

y que nos compraste para Dios con tu Sangre. Concédenos, pues, poder conocer los misterios del reino de Dios e incomprensibles riquezas de tu Corazón. Muéstranos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios que en Ti se ocultan. Haz que tu palabra penetre en nuestras almas, guíe cual luz nuestros pasos e ilumine nuestra senda hasta que aparezca el día y se disipen las tinieblas, Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Así sea”.

Oh Jesús Maestro, Camino, Verdad y Vida, ten piedad de nosotros.

(Indulgencia de 100 días).

DESPUÉS DE LA LECTURA

Se repite el Padrenuestro, y luego se concluye con la siguiente

ORACION

“Oh Dios, Salvador nuestro, que te apareciste a los hombres para enseñarnos que, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos sobria, justa y piadosamente, concédenos la gracia de reformarnos interiormente siguiendo a Ti que por tu bondad y amor te hiciste semejante en lo exterior a nosotros. Así sea”.

Oh Jesús Maestro, Camino, Verdad y Vida, ten piedad de nosotros.

(Indulgencia de 100 días).

c) *Oraciones de Mons. Carmelo Ballester,
Obispo de León*

Poneos de rodillas, si no es que tenéis cualquier impedimento, recogeos, alejando de vuestra alma cualquier otra preocupación, purificad el corazón, excitándoos a sentimientos de dolor por vuestros pecados, y, hecho esto rezad la siguiente oración:

“¡Oh Dios mío! Creo y adoro las verdades que voy a leer. Penetradme de los sentimientos con que fueron pronunciadas. Propongo con el auxilio de vuestra gracia practicar los preceptos y consejos que contienen e imitar los ejemplos de virtud que encuentro en ellas”.

“Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha. Dadme inteligencia para que pueda entender vuestra Ley y guardarla en mi corazón”.

Y sin apoyaros, si tenéis buena salud, attente ac devote (con atención y devoción), empezad la lectura, teniendo en cuenta las observaciones hechas por el autor de la Imitación de Cristo.

Concluída la lectura, besad los Santos Evangelios con amor, respeto y gratitud, y rezad la oración siguiente:

“Dios mío, de nuevo creo y adoro las verdades que acabo de leer. Hacedme la gracia de que me penetre bien de los sentimientos con que fueron pronunciadas e imite los ejemplos de virtud y los preceptos que ellas contienen”.

“Dadme, Señor, vuestra gracia para que, conociendo vuestra Ley, la cumpla fielmente. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén’.

d) *Oraciones de los Padres del Verbo Divino*

ANTES DE LEER LA SAGRADA ESCRITURA

Oh Dios: Espíritu Santo: Tú nos has dado en la Escritura Sagrada Tu revelación divina.

Ilumina mi entendimiento y llena mi corazón para comprender Tu verdad eterna y amarte con más fervor y servirte con mayor fidelidad. Amén.

DESPUÉS DE LA LECTURA

Señor: Te doy gracias por Tu palabra divina. Haz que sea siempre luz y guía para marchar hacia Ti en todos los senderos de mi vida.

Dadme la gracia de conservarla con corazón sincero y dar fruto en la práctica constante de Tus mandamientos: por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

e) *Oraciones del Apostolado Litúrgico
Popular de Klosterneuburg*

ANTES

Oh Señor que dijiste: “No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale

de la boca de Dios", te ruego humildemente me alimentes con el pan divino de tu Palabra para que tenga yo la vida eterna. Amén.

DESPUÉS

Oh Dios, te doy gracias porque Tú sembraste en mi alma la semilla de tu divina Palabra. Ruego que la hagas crecer y producir frutos abundantes para la vida eterna. Amén.

3. REGLAS PARA LEER CON FRUTO LA SAGRADA ESCRITURA

(según el P. SEVERIANO DEL PÁRAMO)

1. Tomemos en nuestras manos la Biblia con amor, conforme escribe San Jerónimo en una de sus cartas: *Ama las Santas Escrituras y te amará la Sabiduría* (Ef. 130 PL. 22, 1124). Además, ya que según San Pablo, *toda la Escritura, inspirada por Dios, es útil para enseñar, convencer, corregir e instruir en la santidad* (2 Tim. 3, 16-17), debemos leerla no para satisfacer nuestra curiosidad, sino para encontrar en ella el provecho de nuestra alma.

2. Antes de comenzar su lectura debemos dirigirnos a Dios por medio de una corta y fervorosa oración a Jesucristo el cual es el *único digno de abrirnos el divino libro y romper los sellos* que le tienen como cerrado (Apoc. 5, 5 y 9).

3. Es necesario leer la Escritura con grande *humildad* y con entera sumisión a la Iglesia, la cual es la que recibió de Jesucristo este sagrado depósito, y la única que puede darnos la verdadera inteligencia de una manera

infalible, como enseña el Concilio de Trento, siguiendo la tradición.

4. *Jesucristo* es el grande objeto que siempre hemos de tener presente en la lectura de la Santa Biblia, si queremos alcanzar su recto sentido, como dice San Agustín (In Ps. 96).

5. No siempre se guarda en la Escritura el orden de los tiempos; los Evangelistas y otros autores sagrados anticipan o posponen a veces la narración de un suceso, o hacen de él una recapitulación.

6. Cuando Jesucristo, o los autores de los libros sagrados, *citan* algún otro lugar de la Escritura, especialmente de los Profetas, sucede algunas veces que se halla la cita conforme a la sustancia o sentido de las palabras, mas no con lo material de éstas; y a veces se cita un solo profeta, aunque las palabras sean tomadas de varios.

7. Debe tenerse presente que Dios no nos ha dado las Santas Escrituras para hacernos físicos o matemáticos, etc.; sino para hacernos *buenos cristianos*. Por eso, algunas expresiones sobre el mundo físico que nos rodea, como sobre el movimiento del sol, no hay que entenderlas en riguroso sentido científico; expresan con ellas las apariencias externas de las cosas, como la significamos también nosotros al decir que el sol sale y se pone.

Esta norma no ha de aplicarse a las narraciones históricas, en las cuales ha de creerse que el autor sagrado quiere contarnos la verdad, de no probarse por el contexto o por la tradición, que su propósito no fué contar historia verdadera, sino bajo su forma proponer una parábola o una alegoría, o darnos alguna enseñanza. Atendamos siempre en esta materia a lo que la Iglesia nos diga.

8. Finalmente, hay en el Antiguo Testamento ciertos pasajes, cuya lectura sorprende a muchas almas cristianas: tales son, sobre todo, aquellos en que se nos cuentan *pecados gravísimos* o *enormes castigos* que Dios enviaba a su mismo pueblo. Para entender estos pasajes hay que advertir, en primer lugar, que la Escritura nunca alaba las acciones pecaminosas; y si las cuenta lo hace para que conozcamos la miseria y debilidad humanas; la misericordia de Dios, dispuesta a perdonar los más atroces crímenes, o su justicia castigándolos; y a veces también, como en el caso de David, para proponernos un ejemplo de penitencia. Los terribles castigos, que Dios descargaba a veces sobre su pueblo, estaban bien merecidos por su infidelidad y dureza verdaderamente inconcebibles.

9. Téngase sobre todo en cuenta, que nosotros, gracias a Jesucristo, que nos redimió,

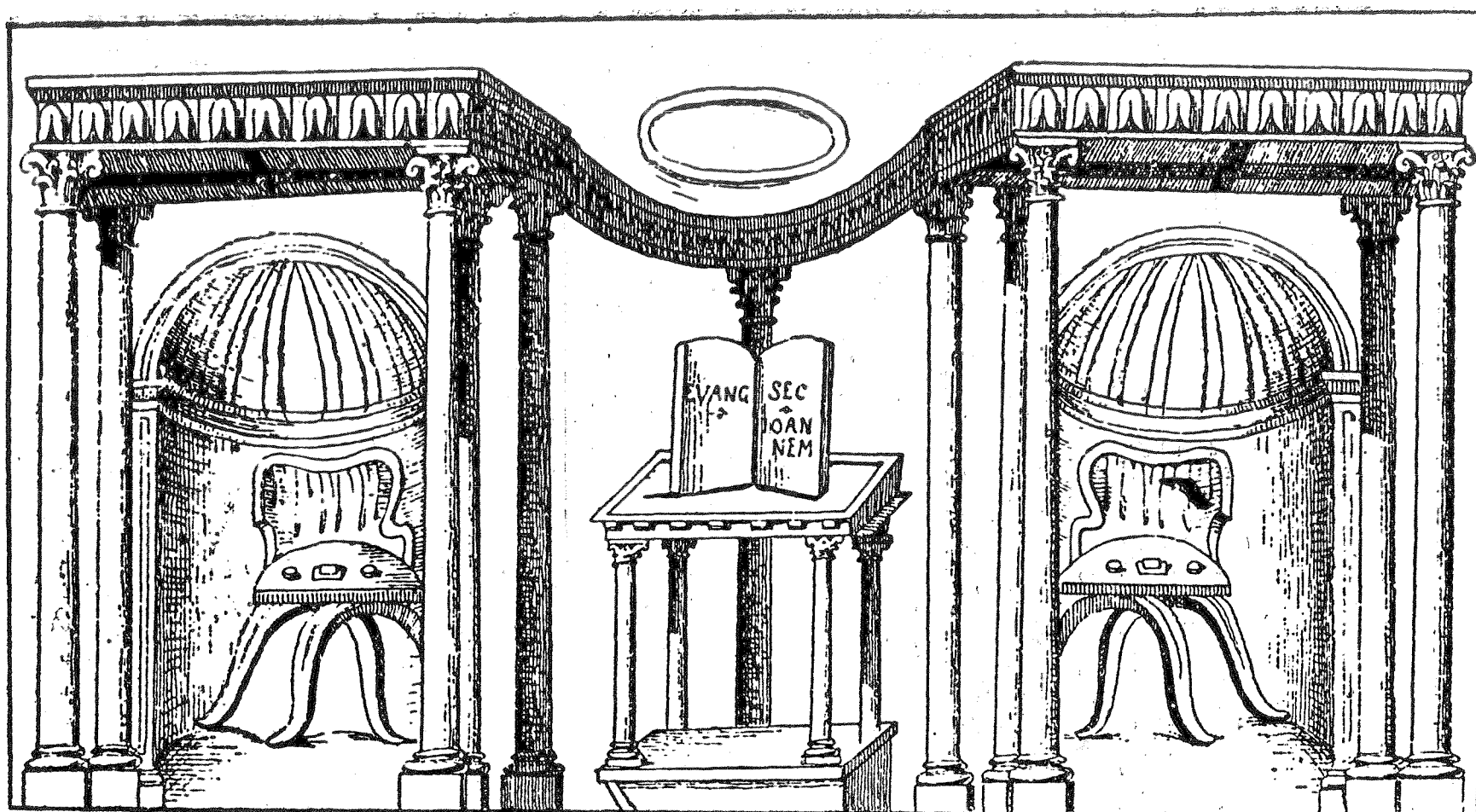
vivimos en un estado de mucha mayor perfección que aquel en que vivieron los más santos Patriarcas y Profetas, y que sobre las costumbres y moral del pueblo judío hubieron de influir a veces los pueblos idólatras de que se veía rodeado; y así, páginas que ahora impresionan más o menos al pudor cristiano no producían el mismo efecto a aquellos para quienes fueron inmediatamente escritas. La rudeza y aspereza de costumbres de los pueblos primitivos explica, en parte, estas escenas que contrastan con la suavidad y dulzura de la Ley evangélica. Su lectura puede, por lo tanto, servirnos para apreciar y agradecer los bienes inmensos que Jesucristo trajo al mundo con su doctrina.

4. APENDICE DE LAMINAS

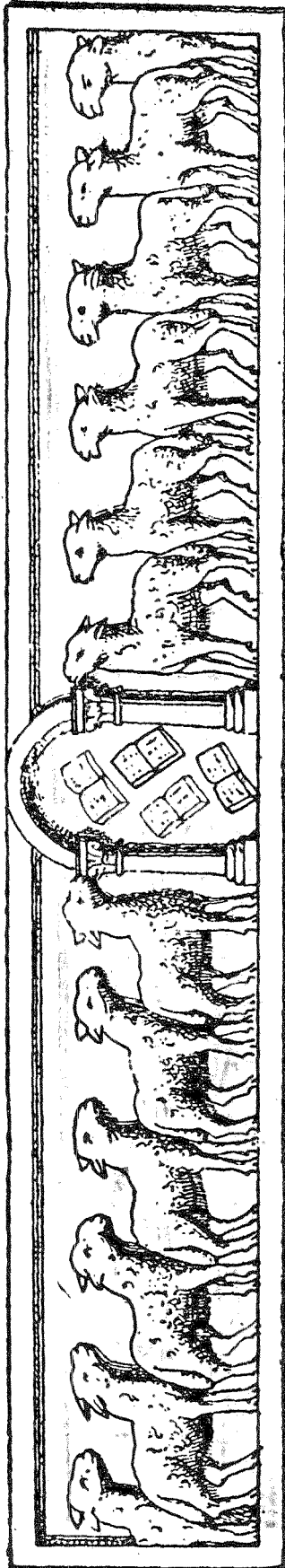
1) Mosaico en el Bautisterio de la Iglesia de San Juan "in Fonte" de Ravena

La palabra es como la prolongación de la persona. Por consiguiente, sien-

do los Santos Evangelios la palabra de Cristo, se debe venerar en ellos a la persona de Cristo mismo. Es El, la Verdad y la Vida, quien nos habla cuando leemos, meditamos, estudiamos, o escuchamos los Santos Evangelios. De ahí que desde muy antiguo se les ha tributado un homenaje muy especial. En los Concilios ecuménicos el Libro de los Evangelios ocupaba el lugar de honor en medio de la asamblea. Así lo refiere San Cirilo de Jerusalén del Concilio de Efe-so (431). En un mosaico que data de mediados del siglo V y se encuentra en el Bautisterio de la iglesia de San Juan "in Fonte" de Ravena, tenemos una representación que recuerda esta costumbre. En el medio se ve una especie de trono sostenido por cuatro columnas, que son los cuatro Evangelistas, y el libro abierto con el principio del evangelio de San Juan. A ambos lados están colocadas dos cátedras episcopales que representan la asamblea de los obispos.

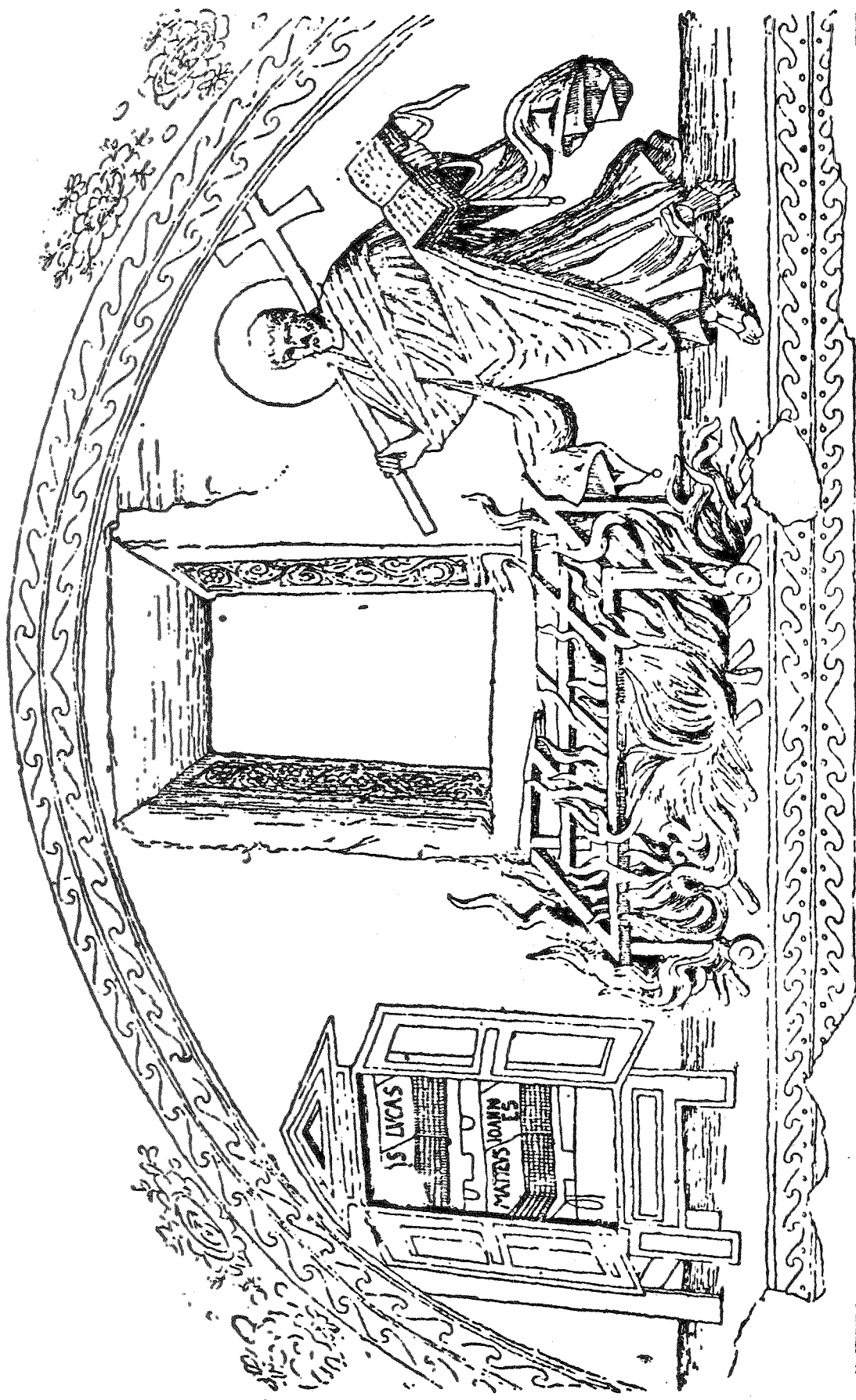


Mosaico en San Juan "In Fonte" en Ravenna
(véase la explicación en la página anterior)



2) Fresco en un sarcófago de la Abadía de San Víctor en Marsella

El hombre vive no sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. El cristiano vive no sólo del Pan Eucarístico, sino también de la palabra divina, que es la Sagrada Escritura. Jesús, el buen Pastor, no sólo que en la Eucaristía alimenta con su propio Cuerpo y propia Sangre el alma del cristiano, sino que también por la Sagrada Escritura, la alimenta con su palabra que ilumina, consuela, fortalece y rige. Muy bien lo entendió el autor de este fresco que se encuentra en un sarcófago de la Abadía de San Víctor en Marsella. En el medio vemos colocados en un nicho los volúmenes de los cuatro Evangelios. De todas partes acuden a ellos como a exuberantes pastos las ovejas de Cristo.

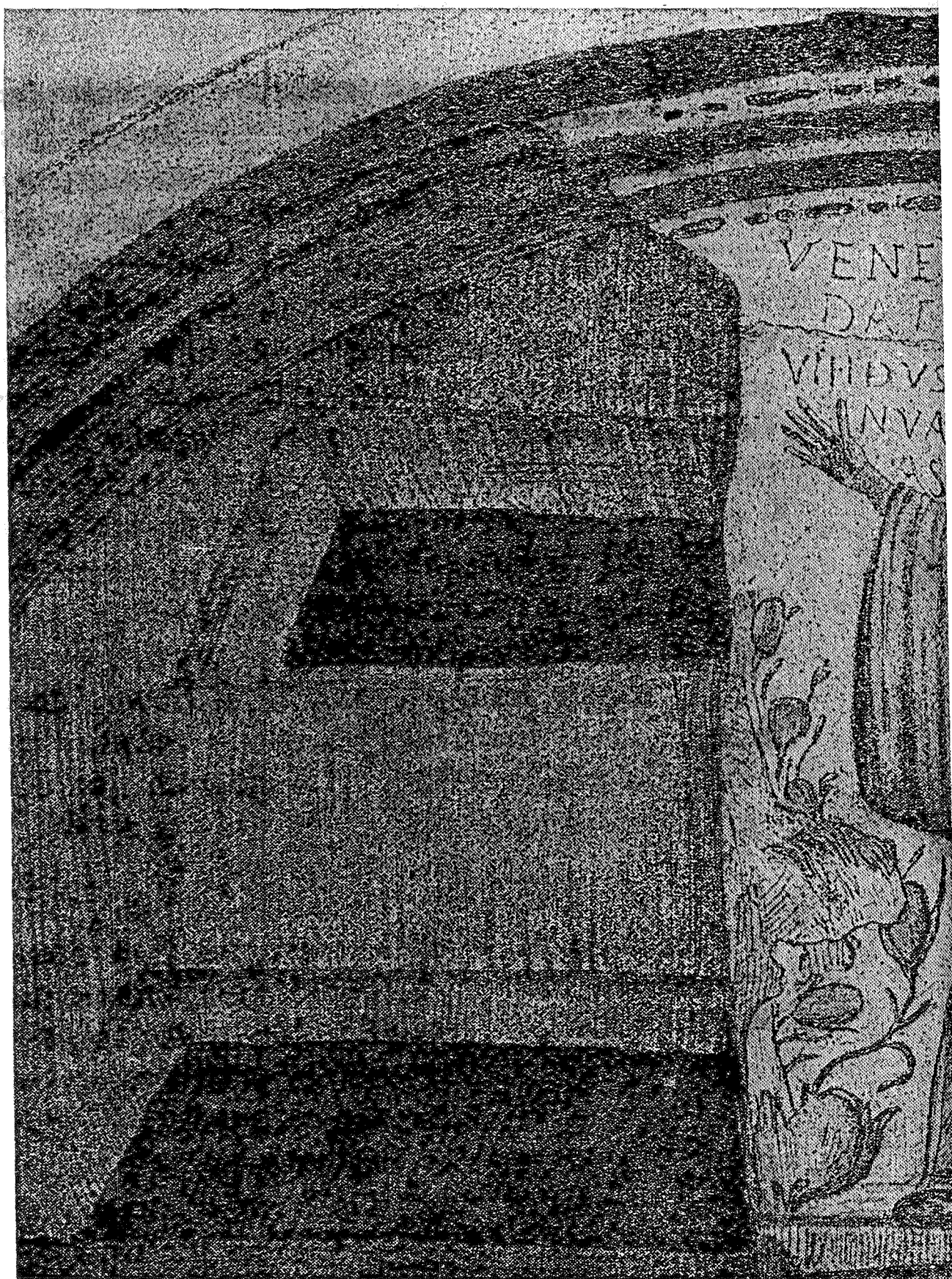


Martirio de San Lorenzo

3) **Martirio de San Lorenzo** Este mosaico se halla en la iglesia de la Santa Cruz de Ravena construída en 449. San Lorenzo, el ilustre mártir de la iglesia romana sufrió su martirio en 258, por haberse negado a entregar los bienes de la iglesia al Prefecto de Roma. Enfurecido, el tirano lo hizo echar sobre parrillas y quemar a fuego lento. San Lorenzo levanta la cruz y la Sagrada Escritura para enseñarnos que sólo el Crucificado y el Santo Evangelio le dieron la fuerza para morir con invencible valor en la hoguera. Para destacar más aún esta idea, vemos a la izquierda un armario con los cuatro Evangelios, según San Marcos, San Lucas, San Mateo y San Juan. No se puede tributar un homenaje más excelente al Evangelio que derramar su sangre por él.

4) **Fresco en la catacumba de Santa Domitila**
(siglo IV)

Según atestigua San Juan Crisóstomo, los cristianos por devoción a los Santos Evangelios, solían llevarlos colgados del cuello. El diácono Euplio llevaba así consigo el Santo Evangelio al ser martirizado. Lo mismo se refiere de Santa Cecilia. En las pinturas de las catacumbas se ve a veces a los pies de ciertos orantes, pequeños cofres que contie-



Fresco en la catacumba d



anta Domitila (siglo IV)

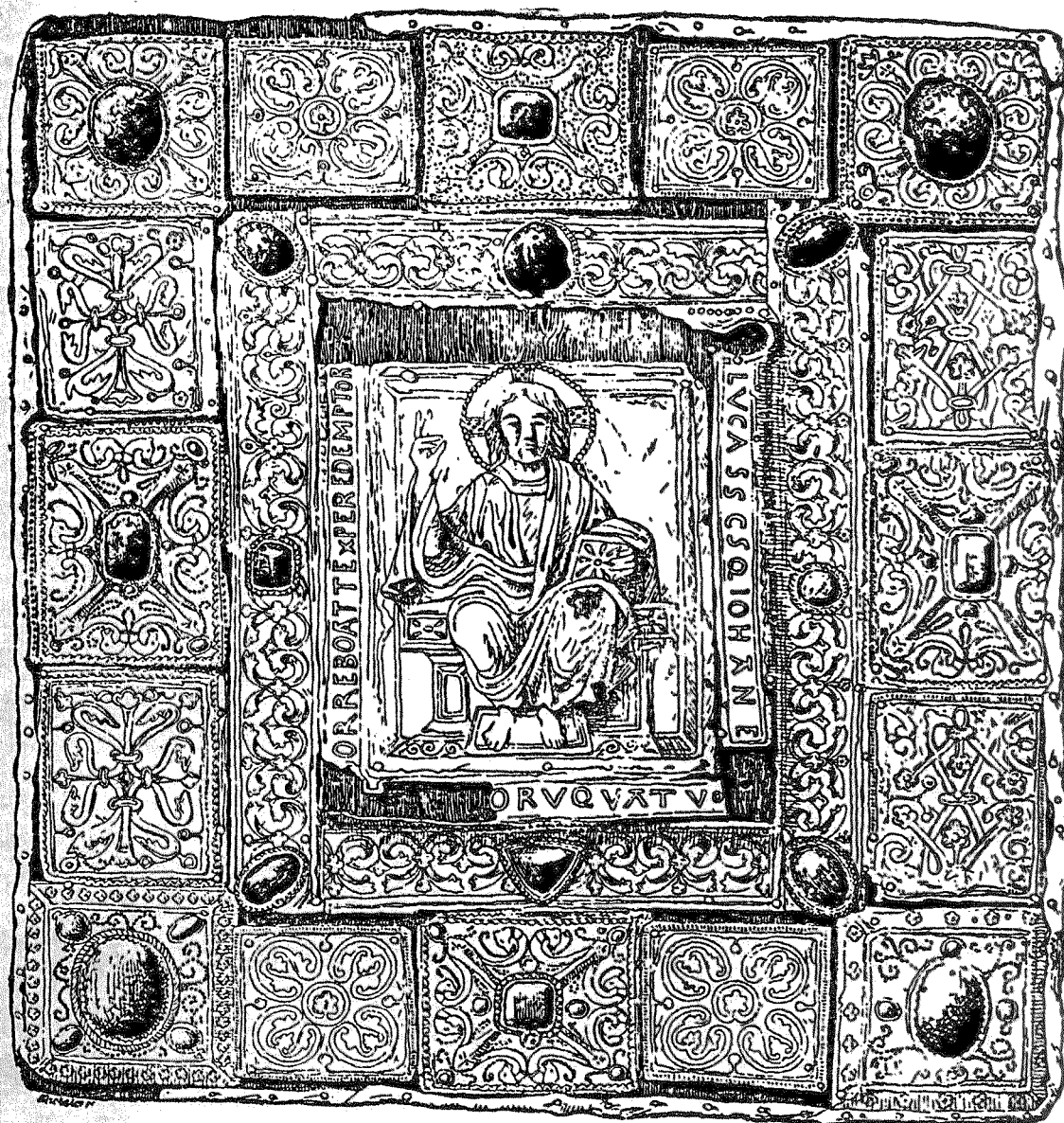
(véase la explicación en la página anterior)

(viene de la pág. 275)

nen rollos de la Sagrada Escritura, provistos de cordeles para ser llevados del cuello como reliquiarios. Así este fresco que data del siglo IV presenta a la mártir Petronila al lado de una matrona que la exhorta a tener fe en el Santo Evangelio, enseñando un cajón (scrinium) que contiene los libros sagrados. Uno de éstos tiene atado un cordel para ser llevado del cuello. Semejantes cuadros se encuentran también en otras catacumbas.

**5) Cubierta del
Evangelionario de
Carlomagno**

Sobre una placa de oro fino se ve a nuestro Señor sentado en una cátedra; la mano izquierda ostenta los Santos Evangelios, la derecha está levantada con un gesto de soberana y divina enseñanza. La inscripción alrededor del cuadro (con letras opacas y de color blanco, sobre un fondo de esmalte azul), dice: "Mateo y Marcos, Lucas y San Juan, la voz de estos cuatro, te celebra, Cristo Redentor". ¿Podrían expresar mejor los artífices de la Edad Media su devoción y respeto a la Palabra Divina, que adornando de esta manera suntuosísima los Libros Sagrados con oro, plata y toda clase de perlas preciosas?



Cubierta del Evangelario
de Carlomagno

ESTE LIBRO SE
TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL 28 DE SETIEMBRE
DEL AÑO DE GRACIA DEL
SEÑOR DE 1944, EN
LOS TALLERES DE LA
EDITORIAL GUADALUPE,
VILLA CALZADA, F.C.S.